Adolescencia y juventud

Consideraciones desde el psicoanálisis

José Barrionuevo

eudeba

psicología

Adolescencia y juventud

Consideraciones desde el psicoanálisis

José Barrionuevo

Prólogo de Marta Piccini Vega

eudeba

Barrionuevo, José

Adolescencia y juventud : Consideraciones desde el psicoanálisis . - 1a ed. - Buenos Aires : Eudeba, 2011.

176 p. ; 21x14 cm. - (Psicología)

ISBN 978-950-23-1774-8

1. Psicología. 2. Adolescencia. I. Título.

CDD 155.5

Eudeba
Universidad de Buenos Aires

1ª edición: 2011

© 2011
Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel: 383-8025 / Fax: 383-2202

Diseño de tapa: *Troopers*
Corrección y composición general: Eudeba

Impreso en Argentina.
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Agradecimientos

A los docentes de la Cátedra 1 de Psicología "Adolescencia" de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires quienes, con sus interrogantes y propuestas, contribuyeran a que este libro no sea un producto meramente individual sino el resultado de un trabajo compartido.

Y a los alumnos que pasaron por teóricos y prácticos durante varias cursadas, colaborando con sus participaciones al esfuerzo por lograr claridad y precisión conceptual en lo relativo a la temática abordada en la materia.

Índice

Prólogo 9
Marta Piccini Vega

Parte 1
El sujeto en tiempos del capitalismo tardío 11

Parte 2
Adolescencia. Semblante de las metamorfosis de la pubertad 35

Parte 3
Juventud. Concepto articulador psicoanálisis - perspectiva sociológica 121

Bibliografía 165

Prólogo

Muchos interrogantes ligados entre sí recorren este libro y entre ellos es necesario destacar la relacion entre génesis, estructura, adolescencia y contexto sociocultural actual.

El autor nos ubica en la perspectiva psicoanalítica desde la cual especifica el presente estudio sobre Adolescencia y Juventud, articulando y fundamentando el Sujeto del Psicoanálisis con la Ética psicoanalítica que, afirma, es ética del deseo.

Fundamenta que adhiere a la afirmación que señala al sujeto del psicoanálisis como sujeto del inconsciente, o sujeto escindido marcado por la ruptura consciente-inconsciente que sólo puede ser captado al ser puesto en palabras. Es desde esta perspectiva que José Barrionuevo define a la adolescencia en torno a un eje central: fálico-castrado, y afirma que la adolescencia habla de un reposicionamiento del sujeto en relación a falo-castración en tiempo de contundente "*conmoción estructural*".

Tras discrepar con, y diferenciarse de, las concepciones evolutivas clásicas que la definen desde un punto de vista meramente cronológico, sostiene los conceptos freudianos de temporalidad,

regresión y resignificación a posteriori para la comprensión de la adolescencia. Reserva el concepto de pubertad sólo para las transformaciones biológicas, que al decir del autor, van a desplegar un reposicionamiento del sujeto en relación a la estructura opositiva fálico-castrado y cerca el concepto de juventud al tiempo psíquico de la salida exogámica propiamente dicha cuando el sujeto enfrenta la construcción de un proyecto propio.

Esta ubicuidad en la teoría que implica una integración del Psicoanálisis en su origen freudiano articulado a lo largo de todo el presente estudio con conceptos lacanianos, sin embargo no deja de lado cuestiones sociales que se hacen urgentes cuando tratamos de orientarnos en la cura psicoanalítica con adolescentes.

Luego de describir y definir el tiempo del capitalismo tardío, y rastrear las conceptualizaciones de la escuela francesa sobre el mismo, el autor se pregunta acerca de cuáles pueden ser las influencias sobre la constitución de la subjetividad de las peculiares condiciones de vida que plantea la actual modernidad, en tanto considera que el sujeto del psicoanálisis, sujeto del inconsciente, está atravesado por lo ideológico en tanto inserto en un contexto socio-político-económico-cultural determinado. En relación a esta cuestión, José Barrionuevo se pregunta sobre un tipo particular y habitual de presentación clínica en los adolescentes actuales: las patologías del acto, y tras realizar un abordaje teórico minucioso de las mismas afirma que es posible considerarlas como configuraciones clínicas que se acoplan a los cuadros psicopatológicos clásicos descriptos por Freud. Sin embargo define también la existencia, en aparente oposición, de presentaciones como la inhibición psicológica, la sobreadaptación y la depresión en la adolescencia que, aunque silenciosas, al decir del autor, plantean interrogantes en teoría y clínica psicoanalíticas.

En síntesis, se trata de un texto complejo no sólo por el tema que aborda, la Adolescencia y la Juventud, sino por la integración de conceptos fundamentales de las obras de Freud y de Lacan.

Prof. Marta Piccini Vega
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Junio de 2010

Parte 1
El sujeto en tiempos del capitalismo tardío

Abordar la temática de la adolescencia y de la juventud desde una perspectiva psicoanalítica supone especificar con claridad la óptica de la concepción teórica desde la cual se plantea la presente lectura. Esto implica aclarar cuál es la noción psicoanalítica de sujeto, específica y exclusiva, o inconfundible, y la ética propia de dicha concepción.

No es la misma ética ni el mismo sujeto para el psicoanálisis que para el cognitivismo, para la gestalt, o para la visión de la psiquiatría... y las diferencias no sólo se plantean en la perspectiva de lo teórico sino que se expresan también en el quehacer clínico, entre otros, como lógica consecuencia.

Así pues, antes de adentrarnos en los territorios de la adolescencia y de la juventud, para definir peculiaridades o especificidades y enlaces entre los mismos, consideremos cuál es el sujeto, y por ende el adolescente, al que nos referimos desde la perspectiva del psicoanálisis que supone una ética que le es propia. La propuesta es de esta forma abordar un interrogante fundante que se puede enunciar de la siguiente manera: *¿cuál es el adolescente del psicoanálisis?* En cuanto al

mismo se procurarán respuestas en próximos apartados referidos a la adolescencia y a la juventud.

Sujeto y ética del psicoanálisis

Con la construcción del edificio conceptual del psicoanálisis, como consecuencia de su definición de lo *inconsciente* en su interrelación con una nueva consideración respecto de la sexualidad humana, se produce una fundamental transformación en la noción tradicional de sujeto.

El concepto de inconsciente freudiano plantea, desde lo tópico y lo dinámico, una nueva definición del psiquismo que desde la psicología era equivalente a conciencia. El psicoanálisis limita la dimensión de la conciencia que anteriormente era lo único valedero y confiable y la subordina a lo inconsciente, que posee contenidos, mecanismos y pensamientos propios, y que se expresa en el yo, en el ello y en el superyó como instancias desde cuya interrelación derivaría la producción sintomática que lleva emparentada la noción de conflicto. En consecuencia, el sujeto del psicoanálisis no remite más a sustancia, a logos, ni a ser de conocimiento; opuesto al sujeto cartesiano el del psicoanálisis es claramente *sujeto del inconsciente*.

Para circunscribir la dimensión de lo inconsciente describe Freud cómo por medio del mecanismo de la represión se trata de "impedir que devenga consciente" una representación representante de la pulsión[1] quedando desplazada de tal forma la misma a lo inconsciente, cuyas características y leyes define oportunamente.[2]

Sostiene:

> "La representación consciente engloba la representación de la cosa más la representación de la palabra correspondiente,

1. Freud, S. (1915b): "Lo inconsciente". *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1998, p. 161.
2. Freud, S. (1915b): "Lo inconsciente". *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1998.

> mientras que la representación inconsciente es la representación de la cosa sola".

Luego Freud denominará a los contenidos del inconsciente "agencias representantes de la pulsión", aclarando que la pulsión sólo se halla presente en lo inconsciente por medio de sus representantes.

Como otro orden, lo inconsciente condiciona y define nueva posición para el sujeto. De tal forma el sujeto no es el centro de todo, sino que, por lo contrario, está sujetado o determinado por lo inconsciente, y lejos de ser síntesis o unidad está marcado por la ruptura o escisión consciente-inconsciente.

Por su parte Lacan aporta al planteo freudiano:

> "Lo inconsciente es ese capítulo de mi historia que está ocupado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte."[3]

Luego formulará su tesis por la cual se lo identifica: "El *inconsciente* está estructurado 'como' un *lenguaje*", afirmando Lacan que con esta definición realiza un retorno a la concepción de inconsciente propuesta por Freud, constituyendo la relación inconsciente-lenguaje-Otro un aporte fundamental al psicoanálisis, si bien no la desarrollaremos en este espacio.

Lacan hace referencia a la "revolución copernicana" realizada por Freud al definir al sujeto como escindido, como sujeto del inconsciente, y afirma que dicha revolución se consolida al postular su subordinación a una estructura que lo determina. Destaca que con Freud surge una nueva perspectiva que revoluciona el estudio de la subjetividad y muestra, justamente, que "sujeto" no se confunde con "individuo", remarcando entonces dos cuestiones fundamentales:

3. Lacan, J. (1953a): "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". *Escritos I*. Siglo Veintiuno. México, 1978, p. 80.

a. su escisión o división que supone lo inconsciente.
b. subordinación a una estructura que lo determina.

Desde la propuesta de Lacan, el orden simbólico opera como determinante, como legalidad, en cuanto al lugar del sujeto en su relación al Otro, que está regulada o mediada por un código o sistema de reglas y convenciones del orden simbólico que permite estructurar el intercambio a partir del lenguaje. Lacan aclara que el inconsciente freudiano no es un reservorio instintual, sino que primordialmente es lingüístico, proponiendo que el inconsciente estaría estructurado como el lenguaje, en tanto sólo puede ser captado al ser puesto en palabras. El inconsciente está estructurado como el lenguaje, sostuvo Lacan, pero no solamente como un lenguaje, diría él más adelante, sino como un lenguaje y un saber, que es saber inconsciente.

Así definido, es claro que el concepto de sujeto, sostenido o soportado por estructuras pre-existentes y a su vez soportadas por aquel, se opone a la concepción de "individuo", que marca como indiviso una entidad homogénea y compacta, con la que se manejan distintas corrientes psicológicas.

En cuanto a lo referido a la *ética*, ésta es dimensión esencial de teoría y clínica psicoanalíticas en su relación con la noción de sujeto en que se sostiene, y no es sin ella. Toda concepción del hombre, aclaremos, está fundamentada en una ética aunque ésta no se especifique o enuncie. En psicoanálisis la noción de deseo es concepto teórico básico: en la concepción dinámica como polo del conflicto, en el modelo del sueño, en la formación sintomática o en la relación con el otro significativo, siendo definitorio para localizar al sujeto en la estructura y en el terreno de la psicopatología. La ética psicoanalítica es *ética del deseo*, en tanto la noción de sujeto del psicoanálisis supone la relación "deseo - inconsciente" propuesta por Freud. No propicia desde su clínica lograr el bienestar como "objetivo" que sí buscan algunas terapias psicológicas en un tiempo en el cual los objetos y los bienes producen la felicidad al hombre si puede lograrlos. El psicoanálisis no sostiene una ética del bienestar o del placer. Las éticas hedonistas son un conjunto muy heterogéneo que colocan a los bienes como algo supremo que regiría la

conducta y se subordina todo a poseerlos.[4] La ética del psicoanálisis claramente no es ética hedonista, manteniendo dirección contraria a las propuestas de la sociedad de consumo. Es más, desde la segunda tópica con la conceptualización de la pulsión de muerte, la teoría freudiana tiene en cuenta la noción de malestar y propone ocuparse en estudiar las consecuencias del malestar que provoca la cultura en el psiquismo, que sería ineliminable pues aunque, por momentos, se puede alcanzar la felicidad la misma es algo que siempre se esfuma, sosteniendo Freud que el ser humano "se vuelve" neurótico:

> "...porque no puede soportar la medida de frustración que la sociedad le impone en aras de sus ideales culturales".[5]

Tampoco la ética del psicoanálisis es utilitarista, y opone a la ética del utilitarismo su máxima que se ubica como imperativo kantiano y que Lacan expresa como pregunta:

> "¿Has actuado conforme al deseo que te habita?".

La ética del psicoanálisis es pues, decíamos: *ética del deseo*.

La noción de deseo es puesta en primer plano de la teoría psicoanalítica por Freud y luego por Lacan, definido ciertamente como deseo inconsciente, concepto en el cual se enlazan inconsciente y sexualidad en tanto las temáticas y las representaciones inconcientes están exclusivamente referidas al deseo sexual.

La dirección de la cura psicoanalítica sostiene la importancia de que el analizante descubra su deseo. Es en la dirección de reconocer y hacerse dueño del propio deseo, hacia el descubrimiento de la verdad de su deseo, a lo que tiende la cura psicoanalítica desprendiéndose del deseo alienante del Otro.

4. Mazzuca, R.: *Psicoanálisis y psiquiatría: encuentros y desencuentros*. Berggasse 19. Buenos Aires, 2006.
5. Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura. Obras completas*. Amorrortu. Vol. XXI. Buenos Aires, 1986, p. 86.

Lacan lleva la apuesta freudiana a un punto de máxima posición al sostener que el deseo surge originariamente en el campo del Otro, en lo inconsciente, remarcando el lazo "deseo - inconsciente" en tanto el deseo surge en el campo del Otro y en relación al deseo del Otro.

Así pues, la *ética* que sostiene la teoría psicoanalítica, y que se expresa en su quehacer, *supone reconocimiento, fortalecimiento o rectificación de la posición del sujeto respecto de su deseo*. Apunta a descubrir la dimensión oculta del deseo en el enigma del síntoma neurótico, y en la falta de nitidez de la construcción fantasmática, para que el sujeto pueda llegar a actuar conforme a su propio deseo.

Paradigma de la complejidad y pensamiento complejo

El psicoanálisis hace su aparición en el universo científico de fines del siglo XIX y despliega su conceptualización durante el siglo XX. Ahora bien: ¿qué sucede con el pensamiento científico durante el siglo pasado y comienzos del siglo en el cual vivimos y con el cual el psicoanálisis conviviera y convive?

El conocimiento científico fue concebido durante mucho tiempo, y aún es así a menudo o en ciertos espacios, como teniendo por misión disipar la aparente complejidad de los fenómenos a fin de revelar el orden simple al que obedecen. El problema es que los intentos simplificadores del conocimiento mutilaron, redujeron o empobrecieron las realidades o fenómenos definidos para su estudio, produciendo más desconocimiento o ceguera que elucidación, en un reduccionismo científico con el que se pretende anular la angustia ante el desconocimiento.

Pero entonces surge como pregunta:

¿cómo encarar la complejidad de un modo no-simplificador?

Con el pasaje de la modernidad a la posmodernidad y luego al tiempo del capitalismo tardío, se produce un cambio de paradigma.

Thomas Kuhn considera a los paradigmas "como realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante ciento tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad

científica".[6] Un paradigma es una cosmovisión particular de ver el mundo que cuestiona el orden establecido, lo somete a una contínua crítica y determina grandes transformaciones.

A fines del siglo XIX y principios del XX se produce un cambio de paradigma al ser conmovido el paradigma cartesiano de la modernidad, fuerte y aparentemente irrefutable, por la formulación desde el "paradigma de la complejidad" del "principio de incertidumbre" de Heisemberg y la demostración de "la existencia de singularidades" en las trayectorias de ciertos sistemas. El "principio de incertidumbre", introducido a partir de las formulaciones de la mecánica y de la física cuántica, muestra la imposibilidad de obtener conocimiento totalmente objetivo cuando se hacen mediciones de ciertos fenómenos en tanto el sujeto, como observador, perturba al objeto observado de tal forma que en estos casos siempre se introduce una incertidumbre imposible de eliminar. En cuanto a la afirmación de la existencia de singularidades en ciertas trayectorias fue postulada por el matemático francés Jules Henri Poincaré, a fines del siglo pasado, al demostrar que ciertos sistemas, regidos por leyes deterministas, presentaban trayectorias de evolución que llegaban a puntos de indeterminación en los cuales el sistema podría llegar a optar por varias posibilidades, en un lugar definido como punto de bifurcación.

Así pues, para dar cuenta del pensamiento de nuestro tiempo, a nivel de lo científico, es imposible dejar de considerar el "paradigma de la complejidad". Edgar Morin, filósofo francés, en su libro *Introducción al pensamiento complejo*, es quien propone este concepto: "paradigma de la complejidad",[7] e incluye la incertidumbre como variable en nuestro pensamiento. Sostiene que lo simple no existe, sino que sólo existe lo simplificado, y que la complejidad se presenta como lo inextricable, lo enredado, lo ambiguo, la incertidumbre, no pudiendo resumirse en una palabra maestra o en una ley. Es un tejido de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados en una paradójica relación de lo uno y lo múltiple, una mezcla íntima de

6. Kuhn, T.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica. México, 1971.
7. Morin, E.: *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa. Barcelona, 1997.

orden y desorden. El siglo XX representó, según Morin, una era de antagonismos que dejó una mundialización unificadora y global pero conflictiva y desigual. El presente siglo enfrenta importantes retos, dando cuenta de las nuevas incertidumbres en la ciencia para demostrar las debilidades del paradigma de la simplicidad.

Pero creer que la complejidad conduce a la eliminación de la simplicidad es una equivocación. La complejidad integra en sí misma todo aquello que pone orden, claridad, distinción, precisión en el conocimiento, a diferencia de lo que sucede con el pensamiento simplificador que desintegra la complejidad de la realidad. Es correcto pensar que el pensamiento complejo integra lo más posible los modos simplificadores de pensar, pero rechazando los reduccionismos y las mutilaciones o los recortes que simplifican, considerando por lo contrario que el estudio de cualquier aspecto de la experiencia humana ha de ser, por necesidad, multifacético e implica el reconocimiento de un principio de incompletud y de incertidumbre.

Ilya Prigogine vaticina que con el pensamiento complejo la humanidad llegará al fin de las certidumbres[8] que empobrecen el acceso al conocimiento. Premio Nobel de Química 1977 por su contribución al estudio de la termodinámica y a su teoría sobre las estructuras disipativas, Prigogine, de origen ruso, resalta la importancia de la incertidumbre que mueve a buscar las bases constructivas del futuro y entiende que el tiempo de la certidumbre y la racionalidad pertenece a una cosmovisión y a paradigmas superados. A partir de la incertidumbre sería posible la creatividad constructiva, sosteniendo que no hay una dirección única en la construcción de la realidad, jerarquizando la importancia del desorden creador para el arte y para la ciencia. Prigogine es uno de los teóricos de la teoría del caos y del orden subsiguiente al caos, de las estructuras disipativas que afloran en los procesos de autoorganización. Considera este autor que el caos está en el origen de la vida y de la inteligencia, siendo de tal forma la inestabilidad y el caos la base constructiva del orden.

La modernidad estuvo signada por el "paradigma de la simplificación", formulado por Descartes, principio rector del saber occidental

8. Prigogine, I.: *El fin de las certidumbres*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1996.

desde el siglo XVII. Este paradigma, regido por los principios de disyunción, reducción y abstracción, desarticula al sujeto pensante, *ego cogitans*, y la cosa extensa, *res extensa*, es decir filosofía y ciencia, y proponía la reducción de lo complejo a lo simple. La historia del pensamiento moderno estuvo definida por el esfuerzo de entender la naturaleza de las cosas y los sucesos simplificando permanentemente los fenómenos para su mejor comprensión. Y fue, precisamente, bajo el manto de este pensamiento mecanicista que se produjo la reducción de lo complejo a lo simple y a la hiperespecialización, fragmentando profundamente el entramado complejo de la realidad.

El pensamiento complejo no se opone a que puedan existir la claridad, el orden, el determinismo, pero los sabe insuficientes en tanto no es posible programar el descubrimiento, el conocimiento, ni inclusive, y por añadidura, la acción. Recuerda permanentemente que la realidad es cambiante, que lo nuevo puede producirse en cualquier momento porque con seguridad va a surgir. La teoría del pensamiento complejo, ideada por Morin, sostiene que la realidad se comprende y se explica desde todas las perspectivas posibles. Entiende que un fenómeno específico puede ser analizado en las más diversas áreas del conocimiento, desde una perspectiva multidisciplinaria, y que tanto la realidad como el pensamiento y el conocimiento son complejos y por ello es preciso usar la complejidad para entender el mundo.

En este panorama del pensamiento científico presenta el psicoanálisis sus propuestas, definiendo al sujeto como sujeto del inconsciente, como sujeto escindido, y produciendo una conmoción que Lacan equipara a la revolución copernicana al descentrar al sujeto de la posición que la psicología de la conciencia le otorgara. Desde la misma definición de inconsciente con sus leyes que se diferencian de la legalidad de la conciencia, no respondiendo a lo lineal que la psicología positivista propone y con movimientos entre el desorden y un orden diferente a la relación unidireccional causa-efecto, lo inconsciente, estudiado en su complejidad, en sus distintos niveles de inscripción y funcionamiento, se evidencia como el motor del psiquismo que el psicoanálisis entiende con la noción estructural de

conflicto entre sistemas, instancias, lógicas del yo... afirmando la existencia de una realidad psíquica que no coincide con la realidad concreta, expresándose el conflicto entre ambas dimensiones en la riqueza de la producción sintomática, y evidenciándose en estos conceptos enunciados las relaciones del psicoanálisis con el paradigma de la complejidad como panorama que marcara el pensamiento científico del siglo pasado y comienzos del actual.

El sujeto de la sociedad de consumo

Es importante considerar que la ideología y las condiciones imperantes de cada momento histórico-socio-cultural impregnan al sujeto que se encuentra viviendo en su seno. Y sería ilusorio pensar que por cuestionar u oponerse a la ideología predominante de la época ésta deja de imprimir su sello. Es necesario tener en cuenta cómo el pasaje de la Modernidad a lo que se da en llamar Posmodernidad o Modernidad tardía, y luego Capitalismo tardío o Sociedad de consumo, va influyendo en, y transformando, los modos de regulación de goce y también, como consecuencia, las instituciones en las que se encuentra inserto el sujeto que producen subjetividad a través de su accionar. Por eso, es imprescindible considerar la forma en que la lógica del mercado modifica los dispositivos institucionales e imprime su marca propia a los sujetos que forman parte de los mismos.

No podemos menos que interrogarnos acerca de cuáles podrían ser las influencias de la ideología imperante sobre los hombres, y durante la adolescencia en especial, y considerar las peculiaridades de las condiciones de vida que plantea el tiempo en que vivimos que es definido, entre otras formas, como tiempo del *capitalismo tardío*, o de la *sociedad de consumo*, derivación del posmodernismo o de la sobremodernidad, tomando expresiones de Baudrillard, Lyotard, Lipovetsky y Augé, entre otros, con las que se intentaran definir las condiciones sociales y culturales de una globalización económica denigrante que transforma a los hombres en objetos.

Los cambios respecto de las condiciones de vida del sujeto se inician y se pueden ubicar en un contexto que Jean Baudrillard[9] denomina "posmodernismo", definido por la caída en la "liquidación de la metáfora" y la desvalorización de la palabra, caracterizado por el predominio de la imagen y por la imposibilidad de proyección del sujeto en el objeto, en tanto el sujeto "es" el objeto, con neto predominio del tener por sobre el ser y de la cultura de lo hiperreal. Dice este autor:

> "Estamos sumergidos en un sistema donde todo está confundido, ya no existe la posibilidad de jugar con las apariencias..."

Por su parte Jean-François Lyotard[10] enlaza a la "posmodernidad" con las transformaciones que produce el capitalismo a niveles socioeconómicos, especialmente en lo relativo al lugar que ocupa el saber que adquiere valor de mercancía en dicho panorama, relacionando este fenómeno a los nuevos modos de circulación de capitales. En cuanto a la expresión "condición posmoderna" por él utilizada, designaría:

> "...el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX",

cuestión que Lyotard propone situar en relación a las "crisis de los relatos".

Nicolás Casullo,[11] refiriéndose al debate modernidad-posmodernidad, dice en cuanto al lugar del sujeto:

> "Hoy aparece la duda, cada vez más agudizada, de si todavía existe esa narración subjetiva. Si no somos básica, absoluta y

9. Baudrillard, J. y otros: *La posmodernidad*. Kairós. Barcelona, 1985.
10. Lyotard, J-F.: *La condición postmoderna*. R.E.I. Argentina. Buenos Aires, 1991.
11. Casullo, N. y otros: *Itinerarios de la modernidad*. Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1996.

> definitivamente atravesados por apariencias, señuelos, no-narraciones, virtualidades, en las que nosotros somos apenas agujeros huecos, vacíos, que no podemos ya narrar absolutamente nada (...) Esto daría pie también a pensar si ese sujeto, si aquel sujeto pensado como fundamento de lo moderno, sigue existiendo."

Gilles Lipovetsky sostiene que la sociedad posmoderna se ubica en la era del vacío en la que los sucesos y las personas pasan y se deslizan, sin ídolos y tabúes pero tampoco tragedia o apocalipsis, sin lugar para la revolución ni para fuertes compromisos políticos. Refiriendo a dichas sociedades posmodernas dice:

> "...es aquella en que reina la indiferencia de masa, donde predomina el sentimiento de reiteración y estancamiento, en que la autonomía privada no se discute, donde lo nuevo se acoge como lo antiguo, donde se banaliza la innovación, (...) se disuelven la confianza y la fe en el futuro, ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir enseguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya para forjar el hombre nuevo."[12]

Marc Augé, en su estudio sobre lo que denomina "sobremodernidad",[13] propone pensar los "no lugares" como aquellos espacios de anonimato que serían vías necesarias para circulación acelerada y solitaria de las personas y de sus bienes. Plantea que en la sobremodernidad la identidad del sujeto está en crisis en tanto se rechaza el juego social del encuentro con el otro.

El tiempo del *capitalismo tardío*, en el que vivimos, está caracterizado por la estimulación del consumo, la sobrevaloración de la imagen y la importancia de la inmediatez que producen los medios de comunicación masivos que permiten presenciar al instante, obscena y

12. Lipovetsky, G.: *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama. Barcelona, 1986.
13. Augé, M.: *Los no lugares*. Gedisa. Barcelona, 1994.

crudamente, imágenes de algo que está sucediendo a miles de kilómetros, como fenómenos de la globalización.

Las condiciones descritas, definidas como propias de la *actual modernidad*, facilitarían el predominio del acto por sobre el pensar y por sobre la importancia de la palabra, ubicado el sujeto en un mundo consumista que propicia la adicción en general y que crea un nuevo lugar para las drogas, diferente al de décadas pasadas. En dicho contexto las drogas son una mercancía más, regida por las leyes del capitalismo y constituyendo un problema económico y de poder en cuanto a la relación existente entre oferta y demanda.

Un punto de especial importancia para pensar las condiciones de vida en las que se encuentra el sujeto hoy en el tiempo del capitalismo tardío es el desprestigio de la verdad y de la justicia. En este aspecto sería interesante estudiar las transformaciones que se pueden producir en el superyó, y en la consolidación del mismo durante la adolescencia, para analizar el impacto en el sujeto de los cambios en los valores y en la ética. Freud sostiene en "Tres ensayos" y en la "Conferencia 32" que el carácter se constituye a través de: incorporación de la instancia parental como superyó (punto de especial importancia), a la que se agregan identificaciones de épocas posteriores, identificaciones como precipitados de vínculos de objeto resignados, formaciones reactivas y sublimaciones. En este, como en otros trabajos (*El malestar en la cultura*, *Moisés y la religión monoteísta*...), el creador del psicoanálisis propone interrogantes acerca de la relación entre lo social-cultural y lo subjetivo, para ahondar en el estudio del psiquismo. Este problema del debilitamiento de la verdad y de la justicia se interrelaciona asimismo con el referido a las dificultades en el sostenimiento de las funciones materna y paterna en la actualidad, como veremos en próximo espacio.

La teoría y la práctica del psicoanálisis están atravesadas por, y se encuentran en relación con, las coordenadas de su época en tanto cada momento histórico-socio-cultural implica un cierto ordenamiento social y económico, que procura modos de goce, tiene consecuencias sobre el lazo social y, por supuesto, sobre la constitución subjetiva, sobre la construcción de la posición del sujeto, y esto hay que tenerlo permanentemente presente en tanto es el sujeto,

decíamos y aclarábamos: sujeto del inconsciente, al que el psicoanálisis se refiere para ahondar en el estudio sobre su peculiaridad y propone la clínica con la cual abordar el sufrimiento y el malestar que la cultura impone.

Tanto Freud como Lacan mostraron interés y preocupación en ubicar los conceptos psicoanalíticos en su dimensión social, a pesar de las diferencias entre los momentos histórico-socio-culturales que vivieron uno y otro. Es muy claro esto en Freud, con los numerosos escritos que fueran calificados como "sociales", con un dejo de desvalorización, por algunas corrientes psicoanalíticas, y menos evidente en Lacan, a quienes sus detractores presentan como enfrentado a la problemática de la época y sosteniendo una perspectiva individualista. Pero podemos aportar, a manera de ejemplo, y para afirmar la relación sujeto-Otro social que plantea Lacan, una expresión del mismo que no deja lugar a dudas y que corresponde a un escrito de comienzos de su obra:

> "Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico? Que conozca bien la espira a la que su época lo arrastra en la obra continuada de Babel, y que sepa su función de intérprete en la discordia de los lenguajes."[14]

Retomará luego este interés a fines de su producción teórica al conceptualizar lo que da en llamar "discurso capitalista", en el cual nos detendremos para su consideración.

La época en que transcurriera la vida de Freud, de fines de siglo XIX y comienzos del XX, marcada por las guerras mundiales, fue muy distinta a la que viviera Lacan. Fue la época del reino del Nombre del Padre, como función simbólica, como función pivote para el ser hablante, en una sociedad sostenida en una ética de las virtudes y de

14. Lacan, J. (1953a): "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". *Escritos I*. Siglo Veintiuno. México, 1978, p. 138.

los ideales universales. Y, justamente, una función de los ideales, en su perspectiva pacificante, es brindar al sujeto una posición en la escena, fundar el lazo social y consolidarlo e influir en la organización del estilo de vida de los sujetos. La familia tenía especial importancia y poder, institución sostenida en una función paterna, con posibilidad de crear y sostener lazo social, ejercer función de prohibición otorgando especial valor a la renuncia de lo pulsional ante los límites que la cultura impone y jerarquizando la sublimación. Freud trabaja esta complejidad a la cual nos estamos refiriendo en *Tótem y tabú*, *El malestar en la cultura* y en *Moisés y la religión monoteísta*, y Lacan se refiere a ella en el Seminario "De los Nombres del Padre".[15]

La época actual, en la cual vivió Lacan, siglo XX, y comienzos del presente siglo, en la que nos encontramos, es la de los Nombres del Padre, en plural, sostiene J. A. Miller.[16] Tiempo en el cual ya no se confía en los significantes amos, y los ideales no logran dar a los sujetos un posicionamiento social.

Oportunamente Lacan diseña un dispositivo de cuatro discursos básicos: el del amo, el universitario, el de la histérica y el analítico. Este esquema supone un análisis de los discursos posibles, y permite establecer las relaciones entre el amo, el saber, el goce y el sujeto. Aclaremos que cuando Lacan habla de discurso se refiere a una estructura necesaria que excede a la palabra, es decir, hay discurso sin palabras. En su estudio sobre los cuatro discursos Lacan plantea que conservan un eje de imposibilidad específica y otro de impotencia, y remarca lo insostenible de un discurso que agrega a los cuatro originarios: el "discurso capitalista", en tanto es imposible alcanzar la felicidad "total" por la vía del consumo. La lógica de funcionamiento de este discurso deja al sujeto en la impotencia cuando intenta rellenar con bienes el intervalo entre el goce buscado y el goce obtenido, en un circuito que no está marcado por ninguna imposibilidad, pues el objetivo del capitalismo es que todo lo que existe se presente como mercancía ofrecida para ser comprada. El discurso capitalista, "variación

15. Lacan, J. (1963): *De los Nombres del Padre*. Paidós. Buenos Aires, 2005.
16. Miller, J. A.: *Comentario del seminario inexistente*, Manantial. Buenos Aires, 1992.

del discurso del Amo" al decir de Lacan, es una formulación lacaniana para pensar el rechazo de la castración en una sociedad de consumo que hace creer que todo es posible de lograr en tanto todo es mercancía, objetos de mercado. Se trataría del rechazo (*verwerfung*) de la castración en tanto supuestamente no habría imposibilidad.

En los tiempos del discurso del Amo, se trataba de formar esclavos obedientes, necesitándose que el esclavo supiera para poder obedecer al Amo, y por lo tanto, desde el discurso del Amo se "es" alguien para poder "tener". A diferencia de esto, desde la lógica del discurso capitalista si "se tiene" se puede "ser" alguien. Se "es" si se tiene, si se posee objetos, si se puede acceder a la mercancía.

> "...la crisis, no del discurso del amo, la del discurso capitalista que es el que lo sustituye, está abierta. No les digo en absoluto que el discurso capitalista sea débil, tonto, al contrario, es algo locamente astuto ¿verdad? Muy astuto, pero destinado a reventar, en fin, es el discurso más astuto que se haya jamás tenido."[17]

En cuanto al mercado, Lacan subraya la relación de la plusvalía con el plus de goce propio de la estructura del significante, ubicando a la plusvalía como la causa del deseo: la plusvalía es la causa de la producción en exceso y de la consecuencia de consumo insaciable de objetos. Sostiene Lacan:

> "La plusvalía es la causa del deseo de la cual una economía hace su principio."[18]

En el tiempo de la globalización económica que transforma a los hombres en objetos, se pretende no hablar de culpabilidad, ni de deseo, ni de inconsciente, como si eso no existiera o pudiera ser eliminado sin consecuencias.

17. Lacan, J. (1972b): Conferencia en Milán, mayo de 1972.
18. Lacan, J.: *Radiofonía y Televisión*. Anagrama, Buenos Aires, 1977, p. 58.

Ahora bien, podríamos interrogarnos acerca del superyó del discurso capitalista, pudiéndose pensar que este superyó, cuanto más acepta el sujeto las leyes del consumo, se hace cada vez más exigente y demandante, como equivalencia clara y directa de la voracidad del discurso capitalista.

Freud planteaba en *El malestar en la cultura* que el sufrimiento amenazaba al hombre por tres lugares:

1. el propio cuerpo.
2. desde el mundo exterior.
3. desde los vínculos con los otros seres humanos.

Hoy, la ciencia del capitalismo dice estar en condiciones de liberarnos de estas fuentes de sufrimiento. Si estas fuentes de sufrimiento nos enfrentaban a la castración, la sociedad moderna ofrece supuestas seguridad y confortabilidad cotidianas que venden la ilusión de poder librar de tales límites a la omnipotencia narcisista, instalando la convicción de que todo es posible, desde cuestionar el paso del tiempo sobre el propio cuerpo con cirugías que devuelven años, hasta no necesitar el encuentro con el otro para lograr placer sexual en tanto la masturbación como encierro autoerótico encontraría su máxima expresión en el logro del orgasmo a través del sexo virtual o en el aislamiento que produce el consumo de algunas sustancias, sin lazo social.

Al no reconocer lo imposible como un tope, se deja al sujeto sometido a un imperativo de goce sin límite al sostenerse que "todo se puede". Llegándose al extremo de reemplazarse el "si querés podés", con el cual vende la publicidad capitalista, por un aun más peligroso: "lo querés, lo tenés", o "si podés, debés tenerlo", que deja al sujeto indefenso ante el goce por la exigencia implícita en la propuesta. Se unifica el goce al ofrecer la ciencia objetos "iguales" para todos y, como promesa, la sociedad de consumo sostiene la expectativa de que todos podrían gozar de lo mismo y en forma ilimitada. El problema es que el consumo frustra el deseo, se exige goce sin límite y en esa misma medida se va produciendo empobrecimiento de deseo.

La producción de esos objetos de consumo, de ofrecimiento y de recuperación de goce, es la herramienta del discurso capitalista para obturar la "no relación sexual", y logra, al forcluir la castración, el rodeo necesario ofrecido al neurótico para no hacer pasar su goce por los desfiladeros del significante. El goce específico colmado es el goce del Otro, con lo que este discurso permite recuperar un goce no fálico y fuera del registro simbólico. Freud, con la lucidez que lo caracterizara, reflexionaba muchos años atrás sobre el refuerzo de la ilusión en *El malestar en la cultura*:

> "El hombre se ha convertido en una suerte de dios - prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares."[19]

Lacan retoma la idea de Freud sobre el hombre "dios-prótesis" como dramática expresión con la que se refiere a las exigencias y ofertas seductoras entre las que el sujeto se mueve en la dimensión del capitalismo, y denomina "gadgets" a los objetos (artilugios, artefactos o mecanismos) que provee la ciencia para el bienestar del hombre y que permitirían colmar el goce del Otro, goce que en la topología nodal está opuesto al goce fálico, o sea que es un goce no sexual, goce parasexuado diría Lacan, ubicado entre R e I, entre lo real y lo imaginario, y por fuera y lejos del lenguaje, de lo simbólico.

Refiriéndose a las condiciones de la sociedad de consumo, Elizabeth Roudinesco afirma:

> "La sociedad democrática moderna quiere borrar de su horizonte la realidad de la desgracia, de la muerte y de la violencia, buscando integrar, en un sistema único, las diferencias y las resistencias. En nombre de la globalización y el éxito económico, intentó abolir la idea de conflicto social."[20]

19. Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura. Obras completas*. Amorrortu, p. 90.
20. Roudinesco, E.: *Por qué el psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires, 2002, p. 17.

En tiempos del capitalismo tardío el deseo no queda habilitado o se devalúa por cuanto se hace suponer que sortear los límites es posible en tanto se puede lograr lo que se pretende vía consumo de objetos. Ya no es un significante amo el que manda al goce, sino que son los objetos del mercado los que dirigen nuestros deseos y goces. El interrogante es qué sucede con el sujeto, desde nuestra perspectiva en cuanto al sujeto que sostiene el psicoanálisis, y en lo referido al valor la palabra y al lazo social, ya que lo que estaría en juego es este plus de goce. Y es sobre qué sucede en, y con, el sujeto donde nos debemos detener para estudiar las peculiaridades de su constitución, siendo que desde el psicoanálisis se entiende como fundamentales para la subjetividad de la época a aquellos Significantes Amos que determinan al sujeto desde el Otro.

Decíamos tramos atrás que, complementariamente al descubrimiento de lo inconsciente, hay un corrimiento de la noción tradicional de sujeto siendo imprescindible al respecto tomar la propuesta de Lacan que aporta a la transformación de la noción de subjetividad realizada por Freud y sostiene que lo revolucionario de la teoría psicoanalítica consiste en postular la subordinación de un sujeto a una estructura que lo determina.

Veamos en qué consiste dicha subordinación

Desde el psicoanálisis es posible considerar que la primera inscripción del sujeto se hace en relación a un sistema simbólico que lo pre-existe y que lo condiciona desde antes de su nacimiento. En el mismo momento en que se piensa y se discute un nombre para ese sujeto próximo a nacer, se lo está incluyendo en un sistema simbólico, dándosele nueva lectura y fuerza a la perspectiva de la situación edípica como una estructura determinante o condicionante en la constitución subjetiva. La posición relativa del sujeto estará definida en relación, en interrelación, con la jugada del otro. Dicha posición relativa está mediatizada por un sistema de reglas y de convenciones funcionando como código que marca una posición. En el juego de interacción e interlocución los sujetos quedan ubicados en ciertas

posiciones estratégicas en relación a las reglas que se ponen en juego. Por cierto, entonces, que hablar no es sólo expresar algo, sino, fundamentalmente, es colocarse uno, y por lo tanto en relación al otro, en determinada posición que no es independiente de la estrategia que funciona a partir de ciertas reglas o normas, y eso supone el funcionamiento de un orden simbólico.

Existe un código que representa la función simbólica, y dicha función es la que va a permitir caracterizar el funcionamiento del inconsciente que tiene básicamente la característica de ser supra-individual, que está por encima del sujeto, es un lugar, una convención significante que está por fuera, en relación de exterioridad con el sujeto.

Proponíamos considerar en tramos anteriores de este espacio que los modos de regulación del goce y la misma puesta en juego de lo pulsional no podrían ser pensados por fuera de la dimensión de lo histórico-socio-cultural. Y, por lo tanto, de lo que se trataría es de comprender los modos sociales y colectivos de producir lo que conocemos como subjetividad y ahondar en el modo de regulación de goce que la actual modernidad propone.

Como sujeto, sujetado a una estructura que lo determina, sujeto de lo inconsciente y de la palabra, podemos sostener que *el sujeto del psicoanálisis está atravesado por la ideología del contexto socio-político-económico-cultural en el cual se encuentra inserto*, y esto no es sin consecuencias. Podemos agregar entonces que, aunque todo sujeto debería ser responsable de sus actos, desde las condiciones que promueve el capitalismo tardío se atenta contra ello con el empuje a transformar al sujeto en una mercancía más, en objeto de cambio, devaluándose su condición subjetiva.

A las consideraciones respecto del sujeto en la posmodernidad podríamos agregar para pensar en los adolescentes de este tiempo en que vivimos que sobre ellos pesa un plus a tener en cuenta: constituyen objetos de consumo por excelencia. Provocan la admiración de los adultos que los ubican en el lugar de modelo o ideal de procesos identificatorios por los cuales se "adolescentiza" la adultez y, simultáneamente, son objeto de violencia o agresión al ser ubicados como personificación de la drogadicción, la transgresión y el descontrol. La

publicidad está sin duda dirigida a ellos, ofreciéndoles objetos de consumo para su felicidad, o los tiene como protagonistas, como destinatarios y como actores. Los adultos se apropian de emblemas identificatorios como lo son la vestimenta, la música y la jerga o forma de hablar adolescentes, mientras que reaccionan con temor o resquemor si se les aproxima un representante de la moda dark, de negro, con piercings, tatuajes y maquillaje.

Al referirse a la adolescencia en la posmodernidad, Obiols G. y S. consideran que:

> "...aparece socialmente un modelo adolescente a través de los medios masivos en general y de la publicidad en particular. Este modelo supone que hay que llegar a la adolescencia e instalarse en ella para siempre. Define una estética en la cual es hermoso lo muy joven y hay que hacerlo perdurar mientras se pueda y como se pueda."[21]

En este estado de situación, en el actual contexto socio-cultural, de haberse producido de manera "adecuada" la operación nominante del padre el adolescente en lo esperable podrá consolidar su identidad a pesar de las amenazas al marco fantasmático que se replantea en sus términos en el tiempo lógico de la adolescencia.

Si bien las expresiones de malestares subjetivos ante la exigencia cultural no llegan en la mayoría de los casos a patologías graves sino que se expresan en lo "normal" sólo como síntomas, como psicopatología de la vida cotidiana, en la adolescencia y en otros momentos de la vida críticos o cruciales, son sí la violencia, los intentos de suicidio, anorexia y bulimia, las adicciones o drogadependencias, es decir las *patologías del acto* en general, actuales configuraciones clínicas predominantes derivadas del sufrimiento que la cultura impone. Constituyen dichas modalidades de presentación clínica formaciones resistentes al dispositivo clásico psicoanalítico que exigen replanteos teóricos y

21. Obiols, G. y Obiols, S.: *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Kapelusz. Buenos Aires, 2001.

clínicos al psicoanálisis, que a veces se "diagnostican" confusamente como psicosis, otras como neurosis graves, o como perversión, o está también la salida de proponer como solución de compromiso la categoría de "borderline" o la difusa y amplia denominación de "patologías del narcisismo", o incluso de "patologías de la autodestrucción", al no poder precisarse su especificidad.

Desde una perspectiva psicoanalítica es posible considerar a las patologías del acto como configuraciones clínicas que se acoplan o engarzan a cualquiera de las estructuras freudianas, no constituyendo estructura en sí mismas.

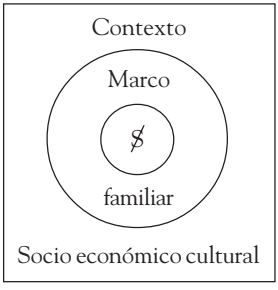
Por otro lado, paradójicamente, pero como algo explicable, en un tiempo en el que la acción se jerarquiza o valora, se presentan manifestaciones clínicas en la adolescencia ubicadas en la vereda de enfrente a las patologías del acto. Estas son la *inhibición psicológica*, la *sobreadaptación* y la *depresión*, utilizando para esta última la terminología psiquiátrica por la cual es reconocida, presentando iguales o mayores dificultades para su abordaje terapéutico que las problemáticas ubicadas en la gama del acto, problemáticas todas que abordaremos en otro espacio de este libro.

Pero, para continuar la línea de trabajo abierta, es necesario volver a consideraciones generales respecto de la adolescencia, referirnos a la así denominada *adolescencia normal*, con las peculiaridades que adquiere en la actual modernidad, en tiempos del capitalismo tardío, y aclarando que nos referimos a adolescentes que viven en grandes urbes tal como es el caso del ámbito ciudadano o metropolitano y zonas aledañas, en un país como el nuestro, latinoamericano y "en vías de desarrollo", evitando generalizaciones empobrecedoras.

Eludiremos también, considerándola parcial, la óptica que muestra al adolescente sólo en cuanto a las dificultades que presenta en la consolidación de su posición subjetiva por el hecho de vivir en la actual modernidad. Los adolescentes encuentran nuevas formas de hacer lazo social a través de medios que en otros momentos no existían, y construyen y sostienen puntos de encuentro, en el mejor de los casos, escapando al encierro narcisista de la realidad virtual de la pantalla de televisión o de los videojuegos, debiéndose además reconocer la creatividad que en muchos casos presentan pese a las condiciones

"enloquecedoras" esquivando el empobrecimiento que se supone ineludible.

El adolescente al cual nos referimos se encuentra inserto en un medio familiar y, a su vez, en un contexto socio-económico-cultural particular o específico, ambos ámbitos que facilitarán o perturbarán, en cada caso, el trabajo de reposicionamiento subjetivo que la adolescencia exige.



Así pues, la adolescencia supone una movilización en diferentes niveles: individual, familiar y social, en una complejidad que supera el estudio de un "fenómeno" puramente personal o intrasubjetivo.

En próximos apartados nos abocaremos a considerar, en el primero de ellos, las vicisitudes de la adolescencia como respuestas a las transformaciones que se producen a partir de la pubertad y con la irrupción del erotismo genital, en su relación con la revitalización de la conflictiva edípica y un nuevo dimensionamiento del complejo fraterno, mientras que en el otro nos detendremos en los avatares de la juventud como expresión de la salida del sujeto del mundo endogámico-familiar en búsqueda de una posición para sí en la compleja realidad del mundo globalizado, poniendo en juego proyectos de vida de diversa índole.

Parte 2

Adolescencia

Semblante de las metamorfosis de la pubertad

¿Qué es la adolescencia?, o *¿qué entendemos cuando hablamos de adolescencia y de adolescentes?*, o también *¿cuál es el adolescente del psicoanálisis?*, involucrada la cuestión de cómo creemos que siente o cómo vive un joven sujeto el momento que toca vivir a todos, más allá de las peculiaridades de cada quien, pero incluidas éstas, en esa encrucijada fundamental que se da en llamar "adolescencia".

Son varias las preguntas para comenzar, y es una forma interesante de hacerlo: a través de interrogantes.

En este espacio vamos a tratar de proponer un acercamiento a la problemática de los adolescentes, de la adolescencia, desde el psicoanálisis, para referirnos a lo que sucede en un sujeto que se encuentra tramitando las vicisitudes de la "tormenta de la pubertad", al decir de Freud, estando abocado a la tarea de enfrentarse a "lo real" en sus más diversos ámbitos, tras la irrupción en la pubertad de un cuerpo sexual "real", que plantea un importante esfuerzo de trabajo para su psiquismo.

Podríamos decir en una primera aproximación, en forma general, que la adolescencia supone una *contundente conmoción estructural*, un

fundamental y trabajoso *replanteo del sentimiento de sí, de la identidad del sujeto*. Más adelante ampliaremos esta provisoria definición especificando las peculiaridades de la adolescencia desde una perspectiva psicoanalítica.

El psicoanálisis, con su aparición, ha producido una transformación importante en las propuestas psicológicas aún existentes que, más allá de su permanencia o vigencia, no pudieron menos que replantearse algunos de sus puntos conceptuales básicos, incluyéndose la consideración de la niñez y de la adolescencia.

En lo que respecta al interés que aquí nos une, podríamos decir que el psicoanálisis convive y discrepa en cuanto a la lectura respecto de la adolescencia con la psicología evolutiva o la psicología del desarrollo, de fuerza y predominio en muchos espacios.

La lectura psicoanalítica se diferencia rotundamente de la psicología evolutiva ya que no piensa como esta última a la adolescencia como etapa o fase del desarrollo "normal" de un sujeto, o como una secuencia de movimientos esperables, en el mejor de los casos, de algo que, previamente enrollado o envuelto, se desarrollará o desenvolverá más o menos de la misma manera en todos los sujetos, tal como así lo supondría la idea de evolución o de desarrollo. Desde esta última perspectiva la vida se podría representar como una sucesión de arranques y detenciones, como las estaciones de un subterráneo o de un tren, invariables y completamente previsibles en su orden así como en cuanto a las características que las definen.

La psicología evolutiva y la psicología del desarrollo tienen la pregnancia del crecimiento que se produce en el orden del cuerpo y aplican la misma lógica a las vicisitudes del psiquismo. El psicoanálisis reconoce por cierto que el crecer se produce, que el hombre nace, crece y muere, pero no considera que lo psíquico se pueda explicar con una legalidad equivalente a la que ordena lo orgánico, aclarándose así que la adolescencia existe, tal como la niñez, por ejemplo, con sus vicisitudes y trabajos psíquicos respectivos, si bien desde ciertas lecturas extremas se resisten a ello e insisten en que sólo se puede hablar de "sujeto", independientemente de los cambios que a lo largo de la vida se producen, o proponiendo con supuesta creatividad la afirmación "la adolescencia no existe" que lleva a no pensar

en la adolescencia o en los adolescentes, si bien los adolescentes sin duda existen y dan que hablar.

Empobrece también intentar un forzado enlace de psicología evolutiva y psicoanálisis sosteniéndose una "psicología evolutiva psicoanalítica" que supuestamente "conjugaría" opuestos que son inconciliables en tanto provienen de ideologías o posiciones teóricas diferentes.

Decíamos en cuanto a la conceptualización de la adolescencia que parece ser que para algunas lecturas psicológicas el crecimiento orgánico o corporal posee una pregnancia tal que no se puede dejar de leer lo psicológico sino a la luz de su óptica, llegándose así a entender lo psíquico como una serie de transformaciones en una "evolución" que se inicia desde el nacimiento con la inmadurez de la niñez y la adolescencia, le seguirá luego la adultez como punto de madurez o plenitud de todas las funciones, siendo finalmente la ancianidad o la vejez sinónimo de deterioro o declinación tanto en lo orgánico como en lo psicológico. Por cierto, el tiempo hace marca en el sujeto, y, por lo tanto, decíamos, como todo ser vivo, el hombre posee un cuerpo, y nace, crece y muere, pero ello no alcanza para proponer una equivalencia total entre las leyes que definen el funcionamiento del organismo y aquellas que se refieren a la dimensión de lo psíquico. El mismo Freud emplea el término "evolución", se podría argumentar desde una defensa de la psicología evolutiva, y también divide en "fases" sucesivas el desarrollo libidinal, como conceptos, entre otros, que derivan del pensamiento alemán, fisicista, monista materialista, imperante a fines del siglo XIX, contexto en el cual como sujeto y como científico viviera sus primeros años de formación. Pero el creador del psicoanálisis supera con su conceptualización, y va realizando correcciones al respecto, la linealidad que supone el empobrecedor término "evolución" en lo que a la consideración de lo psíquico se refiere, así como en lo relativo a otros conceptos, tal como veremos oportunamente.

Es posible también observar la influencia de lo evolutivo, recalcándose la dimensión de lo cronológico, cuando desde la psicología evolutiva se trata de delimitar o fijar las transformaciones que se producen en el seno mismo de la adolescencia según las edades

de aparición, así como también pasa con la niñez, dividiéndose entonces la adolescencia en fases: temprana, media y tardía, mientras que el psicoanálisis, si bien no niega lo cronológico resalta el tiempo lógico como lo esencial.[1] Temporalidad lógica implica considerar los conceptos de inscripción y transcripción y retranscripción, y los de fijación, y los movimientos progredientes y regredientes, lejos de la linealidad de la temporalidad cronológica.

El término *pubertad* lo reservamos para referirnos al crecimiento que se produce y las transformaciones que se manifiestan en lo corporal, en el orden del cuerpo, como crucial "metamorfosis", término este último empleado por Freud en su escrito sobre el tema.

Dicha transformación, y otras expresiones de la irrupción de lo real en dimensiones varias, producen una *conmoción estructural* que se conoce con el nombre de *adolescencia*.

Propongo definir a la adolescencia, provisoriamente, como *reposicionamiento del sujeto en relación a la estructura opositiva falo-castración*, definición en la cual nos detendremos oportunamente, y la ampliaremos, atendiendo a los términos en ella implicados.

En cuanto a lo referido a la presentación de la adolescencia como *síntoma* de las metamorfosis que experimenta en la pubertad el sujeto tras la latencia, ante la irrupción de lo real en sus diversas dimensiones, lo hacemos remitiendo al concepto freudiano de síntoma definido como una manifestación perceptible de una complejidad estructural, o como manifestación que denuncia lo traumático de la sexualidad y en tanto "dice" sobre algo que no puede ser puesto en palabras, pudiéndose entonces referirse a la adolescencia como síntoma por cuanto la misma es un fenómeno esencialmente humano, del ser hablante y sujeto del inconsciente.

O también puede pensarse a la adolescencia, desde el psicoanálisis, como *semblante* de dichas metamorfosis, como aquello que se presenta como apariencia pero que no debe ser descalificada como tal, al decir de Lacan, en tanto "el semblante que se presenta como lo

1. Lacan, J. (1945): "El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma". *Escritos I*. Siglo Veintiuno. México, 1978.

que es, es la función primaria de la verdad".[2] Tengamos en cuenta entonces que "aparente" en el terreno del psicoanálisis es diferente a la apariencia de las ciencias naturales, en tanto aparente no es "simplemente" o pobremente lo contrario a la verdad; una y otra son las dos caras de la banda de Moebius[3] que constituyen de hecho la misma cara. Con la conceptualización del nudo borromeo, es posible entender al *semblante* como reordenamiento de lo simbólico que puede tener expresión, o deducirse, en lo imaginario y en lo real.

Pero veamos algunos conceptos que, desde el psicoanálisis, dan nueva luz a la consideración de la así llamada "adolescencia", y proveen basamento teórico para estudiar su complejidad.

Conceptos psicoanalíticos en la consideración de la adolescencia

El psicoanálisis, planteábamos, define al sujeto como *sujeto del inconsciente*, y considera al *conflicto* como constitutivo del psiquismo desde diferentes puntos de vista: conflicto entre deseo y defensa, entre diferentes sistemas o instancias, entre pulsiones... considerando cómo en la conflictiva edípica se contraponen deseos contrarios y deseo y prohibición,[4] lo cual se replantea con intensidad en la revitalización de lo edípico en la adolescencia. En sus estudios sobre la histeria, Freud encuentra que a medida que se aproxima a recuerdos patógenos aparece una resistencia que sería expresión de una defensa ante representaciones intolerables.[5] El síntoma neurótico sería resultado de transacción o compromiso entre dos grupos de representaciones que actúan como dos fuerzas de sentido contrario, y ambas de forma igualmente actual e imperiosa. Plantea Freud describiendo la formación sintomática:

2. Lacan, J. (1971): "De un discurso que no fuese del semblante" (inédito).
3. Evans, D.: *Diccionario Introductoraio de Psicoanálisis Lacaniano*. Paidós. Buenos Aires, 1997, p. 172.
4. Laplanche, J. & Pontalis, J. B.: *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor. Barcelona, 1971.
5. Freud, S. (1896a): *La etiología de la histeria.* Amorrortu. Buenos Aires, 1994.

> "El proceso aquí descernido –conflicto, represión, sustitución por formación de compromiso– retorna en todos los síntomas psiconeuróticos y proporciona la clave para entender la formación del síntoma."[6]

La teoría del *trauma* se encuentra presente en la obra de Freud en momentos en que intentaba encontrar explicaciones a la enfermedad, buscando qué la provocaba, considerándolo inicialmente como acontecimiento que por su intensidad, o por la incapacidad del sujeto de responder al mismo, ocasionaba efectos patógenos duraderos en la organización psíquica. Este punto de vista traumático o sea, el alcance etiológico del trauma, fue cambiando, y se integra más adelante en una concepción en la cual intervienen otros factores, quedando incluido en una serie complementaria junto con la predisposición, que incluye lo endógeno y lo exógeno.[7] Y finalmente, con la teoría de la angustia, en el reordenamiento conceptual de la segunda tópica, adquiere nueva dimensión o importancia. El concepto de trauma no es abandonado por Freud, pero sí la teoría del trauma que explica la aparición de una patología a partir de un acontecimiento. Veremos cómo las metamorfosis que se producen con el despertar de la adolescencia se plantean como traumáticas y plantean exigencias de trabajo al psiquismo del sujeto.

Al tratar de entender el funcionamiento del "mecanismo psíquico" Freud recurre al modelo que emplea al trabajar en su "Proyecto de Psicología",[8] y plantea la necesidad de un doble acontecimiento o dos acontecimientos, donde uno resignifica al otro, definiendo el concepto de *resignificación* o *retranscripción* por lo cual se entiende que a partir del segundo episodio puede traducirse, se recomprende, como sexual el primero. Sería ese episodio ulterior el que hace que el

6. Freud, S. (1899): *Sobre los recuerdos encubridores*. Amorrortu. Buenos Aires, 1994.
7. Laplanche, J. & Pontalis, J. B.: *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor. Barcelona, 1971.
8. Freud, S. (1895): "Proyecto de una psicología para neurólogos". *Obras completas*. Amorrortu. Vol. I. Buenos Aires, 1994.

primero tenga eficacia psíquica, dota de valor causal, por ejemplo, al acontecimiento de los ocho años en el historial de Emma.[9] Pensamos entonces en retraducciones de representaciones previas, de acuerdo a la lógica imperante, que permite que ciertos recuerdos sean retraducidos o reordenados. Freud trabaja en esta línea de pensamiento en el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños* y en la carta 52 a Fliess, para citar algunos puntos de importancia al referirse al tema. Dice en la carta mencionada:

> "...nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción...",[10]

y agrega que la memoria estaría registrada en diversas clases de signos:

> "Yo no sé cuántas de estas transcripciones existen. Por lo menos tres, tal vez más... (...) Quiero destacar que las transcripciones que se siguen unas a otras, constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida".

No constituye un desatino considerar que una de dichas transcripciones, podríamos decir, a nivel de una fundamental retranscripción, se produciría en la adolescencia, aunque Freud no se detenga a definir la ubicación en la vida del sujeto de dichas "...tres, tal vez más..." operaciones psíquicas.

El concepto de *a posteriori* implica que en determinados momentos de la vida se resignifican sucesos o fantasías de épocas anteriores. Y esto es importante para entender cómo en la adolescencia ciertos "recuerdos póstumos" se volverían traumáticos, en el sentido de complejizantes, aclarándose que no derivarían necesariamente de vivencias sino de la eficacia de la constitución de ciertas estructuras

9. Ver Historiales Clínicos, en "Estudios sobre la histeria". *Obras completas*.
10. Freud, S. (1896b): "Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 52". *Obras completas*. Amorrortu. Vol. I. Buenos Aires, 1994, p. 274.

psíquicas a las cuales se arriba en determinado momento y que transcriben recuerdos de los que no se puede fugar o que escapan al accionar de la represión.

Siguiendo el pensamiento de Freud podríamos considerar que en la adolescencia se producirían "nuevos enlaces y nuevas composiciones en mecanismos complejos"[11] o, en otros términos, un "reordenamiento"[12] fundamental.

Con la "tormenta de la pubertad", tal como la define en la Conferencia 20,[13] en una segunda oleada de la sexualidad con la "acometida en dos tiempos de la vida sexual",[14] citando ambas expresiones que fueran utilizadas por Freud, se reactivarían fantasías edípicas incestuosas articulándose esto con un cambio o transformación en el erotismo, en una combinación que provoca angustia por culpa y por miedo. Dice Freud:

> "Toda persona adolescente lleva en sí rastros mnemónicos que sólo pueden ser comprendidos una vez despertadas sus propias sensaciones sexuales; toda persona adolescente, pues, lleva en sí el germen de la histeria".

Así pues, el psicoanálisis propone una dimensión temporal, un tiempo lógico, en un planteo por el cual el pasado transformado en recuerdo cobra eficacia psíquica en doble movimiento: progrediente y regrediente, asignándole nueva significación a posteriori, reordenando y reestructurando el sentido al integrar los recuerdos dialécticamente en nuevas organizaciones. Es decir, reorganización del material psíquico desde modos anteriores de adjudicación de sentido, bajo la forma de regresión, y, a la inversa, cada nueva experiencia

11. Freud, S. (1905a): "Las metamorfosis de la pubertad", en *Tres ensayos de teoría sexual*. Amorrortu. Buenos Aires, 2000, p. 189.
12. Freud, S. (1905a): "Las metamorfosis de la pubertad", en *Tres ensayos de teoría sexual*. Amorrortu. Buenos Aires, 2000, p. 190.
13. Freud, S. (1916a): "Conferencia 20: La vida sexual de los seres humanos". *Obras completas*. Amorrortu. Vol. XVI. Buenos Aires, 1994, p. 285.
14. Freud, S. (1940): "Esquema del psicoanálisis". *Obras completas*. Amorrortu. Vol. XXIII. Buenos Aires, 1986, p. 151.

reordenará o reestructurará el sentido de los recuerdos o de la experiencia anterior por retroacción.

La *regresión* no es pues peculiar a una determinada "etapa" de la vida, de la adolescencia o de la vejez por ejemplo, si bien por cierto está presente en el trabajo de duelo en cualesquiera de los reposicionamientos del sujeto en tanto la condición misma del sujeto del psicoanálisis está sostenida en la regresión como uno de los pilares o soportes de su estructura.

Lacan decía en "La dirección de la cura y los principios de su poder", que la regresión remitiría a los significantes orales, anales... de la demanda. Sostiene:

> "La regresión no alcanza sino a los significantes (orales, anales, etc.), de la demanda y no interesa a la pulsión correspondiente sino a través de ellos",[15]

Mientras que en otro espacio, en "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", remarca:

> "...no mostraría sino el retorno al presente de significantes usuales para los cuales hay prescripción..."[16]

Freud plantea en la tónica del lenguaje de su época algo que Lacan luego retomaría desde su lectura: que la sexualidad es, inexorable, inevitablemente, traumática; y podemos agregar que la pregunta acerca del deseo del Otro, en términos lacanianos, produce un impacto de carácter traumático en tanto no existiría adecuación entre sexualidad y cultura, siendo imposible armonizar, al decir de Freud, las exigencias culturales y las de la pulsión sexual. A este imposible se enfrenta el sujeto adolescente, agregándose a esto que al hacerse obsoletos los emblemas identificatorios que sostienen el

15. Lacan, J. (1958b): "La dirección de la cura y los principios de su poder". *Escritos I*. Siglo Veintiuno Editores. México, 1978, p. 266.
16. Lacan, J. (1953a): "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". *Escritos I*, *op. cit.*, p. 74.

propio sentimiento de sí, o debilitados los mismos, el duelo adquiere especial magnitud.

Veamos cómo Lacan sigue las propuestas de Freud respecto del tema. En el prefacio que Lacan escribiera para una obra de Frank Wedekind, *El despertar de la primavera*, y que lleva ese mismo nombre,[17] dedica unas líneas al encuentro del adolescente con la excitación sexual y con el partenaire, con el otro sexuado. Lacan dice a propósito de los adolescentes que comienzan a pensar en las chicas, que seguramente está todo el empuje hormonal que se quiera, pero ellos no pensarían sin el despertar de sus sueños, fantasías o ensoñaciones. Pero lo real de la pubertad también es la aparición de los caracteres sexuales, específicamente aquellos que se llaman secundarios, es decir, la modificación de la imagen del cuerpo. Entonces, es en estos dos planos, el del cuerpo como objeto pulsional y el del cuerpo como imagen, que la pubertad viene a trastocar, a conmover al sujeto.

Se refiere a aquello que Freud delimitó con el nombre de "sexualidad" y afirma: que hace "agujero en lo real",[18] y agrega en la misma frase:

> "...es lo que se palpa en el hecho de que al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él".

¿A qué se refiere Lacan cuando habla de lo real? ¿Qué significa que la sexualidad hace agujero en lo real?

En otro espacio escrito respecto de la temática aquí trabajada[19] puntualizaba que Lacan define *lo real* como "lo estrictamente impensable",[20] como aquello que vuelve al mismo lugar, no existiendo la menor esperanza de alcanzar lo real por medio de la representación en tanto comporta la exclusión de todo sentido.

17. Lacan, J. (1974b): "El despertar de la primavera", en *Intervenciones y Textos 2*. Manantial. Buenos Aires, 2001.
18. Lacan, J. (1974b): "El despertar de la primavera", *op. cit.*, p. 110.
19. Barrionuevo, J.: "Despertar de la adolescencia", en *Escritos psicoanalíticos sobre Adolescencia*. Eudeba. Buenos Aires, 2007.
20. Lacan, J. (1974a): Seminario 22. "R.S.I.". Publicación EFBA. Buenos Aires, 1989.

Lo real es definido como aquello que escapa a las posibilidades de ser pensado, de ser puesto en palabras, que irrumpe de pronto y resiste los esfuerzos del sujeto de tratar de asirlo, de ponerle significación, no puede ser representado o simbolizado. Y ante lo real el sujeto puede responder en lo real o en lo imaginario.

La muerte es el más claro y contundente ejemplo de lo real. Nadie tiene representación de la muerte, y no puede hablar de la misma si no es refiriéndose a que alguien se murió, a muertes ajenas pero no a la propia pues lo cierto es que no hay "vivencias" o experiencia personal sobre la muerte.

Pero también en el vivir mismo, por supuesto, en diversas expresiones, se evidencia lo real; no en vano el registro de lo real es definido como "vida" por Lacan:

> "...algo se abre por supuesto a nosotros, que de alguna manera parece ir de suyo, a saber designar como la vida ese agujero de lo Real, y también es una pendiente a la que el mismo Freud no ha resistido oponiendo pulsión de vida a pulsión de muerte",

dice en el anteriormente citado Seminario,[21] en una expresión en la que alude a los enigmas que al decir freudiano llevan el nombre de muerte y sexualidad.

Así pues, podemos entender en la expresión respecto de que la sexualidad agujerea lo real que en cuanto al acceso al otro sexo no hay nada programado o definido de antemano, o sea que la sexualidad siempre tiene fallas, nadie tiene el saber ni pleno éxito en ella, y en tanto nadie zafa bien, Lacan sintetiza esa imposibilidad generalizada en una fórmula: "no hay relación sexual".

Con la pubertad se impone al joven o a la joven un tiempo crítico de revalidamiento fálico en el movimiento de resurgimiento del erotismo genital en una alternativa que implica al cuerpo y, como toda disrupción, hace presente la angustia que, dice Lacan en una de

21. Lacan, J. (1974a): Seminario 22. "R.S.I.", *op. cit.*

sus formulaciones, irrumpe ante lo irreductible de lo real, la muerte en sus diversas dimensiones: del cuerpo del niño que fuera, de la identidad infantil, de los padres de la infancia. Tomando las consideraciones de Freud al referirse al malestar del sujeto en la cultura, podemos sostener que *el sufrimiento amenaza al sujeto durante la adolescencia por tres vías*:

1. Desde *el propio cuerpo*, con las transformaciones en el orden del cuerpo en la pubertad enfrentando al dolor y a la angustia producida la desestructuración de su imagen corporal y *debiendo enfrentar la irrupción del erotismo genital en fuerte acometida o como impetuosa oleada*.
2. Desde *el mundo exterior*, que se manifiesta en la furia y en el poder destructivo con que cae sobre el sujeto como Freud lo observara en su tiempo y a lo que hoy se agregaría la complejidad de las condiciones de vida imperantes en tiempos del *capitalismo tardío*, en la *sociedad de consumo*, en el marco de la *globalización* como fenómeno mundial.
3. Desde *los vínculos con los otros seres humanos*, fundamentalmente en la línea del *complejo de Edipo* y, agregamos, en la correspondiente al *complejo fraterno*, como veremos más adelante con detenimiento en lo referido específicamente a los procesos identificatorios y de desidentificación durante la adolescencia. Afirma Freud que el padecer que viene de esta última fuente, desde los vínculos con los otros, lo sentimos como el más doloroso.

Por estos tres lugares se presenta lo real, en tanto los contundentes cambios en las dimensiones del mundo exterior o de los vínculos con los otros, o en el desconocimiento en cuanto a aquello que se presenta desde lo real sexual, imponen pertinentes trabajos psíquicos para su procesamiento.

Mucho antes de su conceptualización formal de lo real en los últimos seminarios, la idea respecto de algo que no alcanza a comprenderse o a ser representado ocupa un lugar importante en el pensamiento de Lacan.

"Ante el desorden del mundo" el sujeto, decía Lacan,[22] intenta imponer "la ley de su corazón", poner nuevo orden desde el narcisismo, y queda de esta forma prisionero de su propio narcisismo.

Podemos remarcar la relación planteada: irrupción de lo real - respuesta desde el narcisismo.

Agrega Lacan en el escrito anteriormente citado[23] que, ante el desorden del mundo (ante lo irreductible de lo real, decíamos), el "desconocimiento", como función desde el "modo imaginario" (aún no habla de "registro" imaginario), sería posible respuesta. Dicho desconocimiento supondría el intento de desautorizar aquello que sin embargo es reconocido. Este concepto de Lacan remite claramente al concepto de *desmentida* de Freud como mecanismo defensivo que condensa la oposición ante la exigencia de reconocer un juicio, *traumático*, que se refiere a la pérdida del objeto, juicio que es por cierto reconocido o aceptado, coexistiendo la renuencia a aceptar lo enunciado en el juicio que proviene de la realidad y el reconocimiento del mismo. Interjuego entre reconocimiento y desautorización que deriva en la construcción de fantasías, juicios diversos o argumentación discursiva en refuerzo de la lógica del yo placer, o bien ubica un fetiche ante la falta inquietante.

Para dar cuenta del accionar del mecanismo desmentidor, Freud proponía considerar a modo de ejemplo la posición de dos jóvenes frente a la muerte del padre:

> "Sólo una corriente de su vida psíquica no había reconocido la muerte del padre, pero existía también otra que se percataba plenamente de ese hecho; una y otra actitud, la consistente con la realidad y la conformada al deseo, subsistían paralelamente."[24]

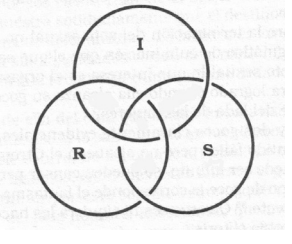
22. Lacan, J. (1949b): "Acerca de la causalidad psíquica". *Escritos I*. Siglo Veintiuno Editores.
23. Lacan, J. (1949b): "Acerca de la causalidad psíquica", *op. cit*.
24. Freud, S. (1927): "Fetichismo". Amorrortu. *Obras completas*. Buenos Aires, 1986.

Decíamos que como resultado de la interacción reconocimiento-desautorización en la desmentida, el sujeto construye fetiche, juicio o fantasía según el caso o circunstancia vivida. En cuanto a lo relativo a los juicios y a las fantasías en la adolescencia nos ocuparemos específicamente en otro espacio de este libro, dejando de lado la problemática del objeto fetiche en tanto esta última, como expresión máxima de la desmentida, de la castración, correspondería ser desarrollada desde la perspectiva de la psicopatología y fuera de un espacio dedicado al estudio de la adolescencia.

Luego de una primera aproximación sería conveniente definir con precisión "lo real", para poder entender las consideraciones referidas a la desbordante irrupción del erotismo genital en la adolescencia como "lo real sexual" que exige un esfuerzo de trabajo al psiquismo para su procesamiento. Veamos, entonces, ¿qué es lo real?

Lo real

Cuando Lacan se refiere a lo real lo define como uno de los registros del nudo borromeo de tres y lo relaciona, en íntima interconexión, con los registros imaginario y simbólico. Desde las consideraciones lacanianas del nudo, R, S e I son los tres registros de la realidad humana. Observamos las relaciones entre los registros definidas por Lacan en la versión aplanada del nudo:



Lo imaginario es uno de los tres registros del nudo así como el primer efecto de la estructuración del sujeto por el otro, como veremos en próximo espacio de este trabajo en el que consideraremos la

"fase del espejo". Recibe esta denominación de registro imaginario en tanto se refiere a la fascinación o captación especular en el niño de la propia imagen como unificada.

El orden simbólico opera como determinante, como legalidad, en cuanto a la posición del sujeto en relación al Otro que está regulada o mediada por un código o sistema de reglas y convenciones del orden simbólico que permite estructurar el intercambio a partir del lenguaje.

Aclaramos que cuando en el texto aparece "Otro", con mayúscula inicial, o "discurso del Otro", nos referimos al lugar de la convención significante que determina simbólicamente al sujeto. Otro, además, es la otra localidad psíquica, o sea, el inconsciente, que confronta al sujeto con algo que está "más allá" de su control por su pensamiento o en su decir. Lo inconsciente, como otro orden, condiciona y determina al sujeto. De tal forma el sujeto no es centro sino que, por lo contrario, está sujetado, determinado o condicionado por el inconsciente como otro orden, y lejos de ser síntesis o unidad está marcado por la ruptura o escisión consciente-inconsciente.

Así pues, el sujeto, según plantea Lacan,[25] está triplemente determinado por lo real, lo simbólico y lo imaginario, y ninguno de los registros prevalece por sobre los otros, manteniendo en lo ideal una ubicación armónica entre sí, sin anularse, en tanto uno no es sin los otros. Los tres registros constituyen el nudo borromeo definido por Lacan en una interrelación que implica que si uno de ellos se desprende se deshace el nudo completamente, se desanuda.

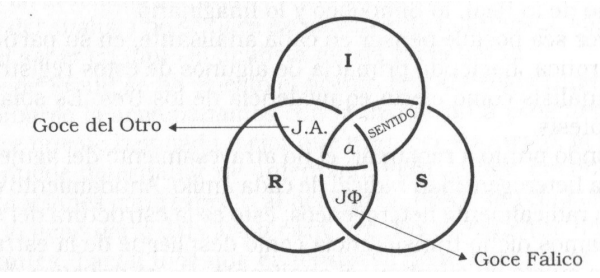
En las intersecciones de los tres registros se ubica el matema lacaniano de los goces (fálico, del Otro y de sentido). Asimismo, cada cuerda tiene en sí lo real, o sea que, además del registro real propiamente dicho, lo real está presente en cada uno de los registros como núcleo.

En el centro del nudo, en el lugar donde se superponen los tres registros se ubica el objeto *a*, que es sobre lo que el fantasma escribe desde lo real, desde lo simbólico y desde lo imaginario, y desde allí sirve de respuesta al interrogante acerca del deseo del

25. Lacan, J. (1974a): Seminario 22. "RSI", *op. cit.*

Otro. En próximo espacio definiremos a qué se refiere el concepto lacaniano de objeto *a*.

En el siguiente gráfico, en la versión del nudo aplanado, ubicamos en las intersecciones los goces enunciados y en el centro del nudo al objeto *a*:



Pero volvamos a las consideraciones sobre la adolescencia en lo relativo a lo que sucede con la aparición de un cuerpo real sexual, decíamos, en la pubertad, en un tiempo en el que se produce además el desbordante resurgimiento del erotismo genital.

Irrupción del erotismo genital

La finalización de la latencia está marcada por el despertar del erotismo genital que enfrenta al sujeto a una definición respecto de una posición sexuada, elaboración que frente a la pulsión, ante lo real de la sexualidad, es un aspecto fundamental en la tarea de reposicionamiento subjetivo. Algo referido al despertar de lo real de la sexualidad se produce en la pubertad incidiendo en la dimensión del registro de lo real.

La pubertad es tiempo de irrupción de goce. Lo real de las transformaciones en el cuerpo para las cuales no hay palabras que alcancen para significarlas promueve una exigencia de trabajo psíquico con el que el púber se encuentra, y es desde la consistencia del tejido simbólico-imaginario con el que el sujeto cuenta que se puede responder a los embates de lo real de la sexuación. Lacan destaca la

importancia del lenguaje para dar razón del sexo,[26] si bien la posibilidad de recurrir al mismo durante la adolescencia se encuentra disminuida ante la ausencia o escasez de representaciones que alcancen a dar cuenta de lo irreductible de lo real que se expresa en diversas dimensiones.

La pubertad enfrenta a un contundente resurgimiento del erotismo genital, en una segunda oleada de la sexualidad al decir de Freud. Las expresiones utilizadas por Freud son claras al respecto: "estallido reforzado de la pulsión sexual en la pubertad" dice Freud[27] o "explosión tumultuosa de la pubertad",[28] con las cuales intenta dar cuenta de la forma en que se presenta una nueva dimensión de la sexualidad.

Cómo vérselas con lo desmedido en diversos órdenes es la tarea del adolescente intentando descubrir y colocar nuevas medidas ante el desorden. Se procura descubrir nuevo orden significante ante la desmesura, ante lo desmedido de lo real del propio cuerpo y en cuanto a nuevas e importantes dimensiones en el mundo que enfrenta y que le exigen nueva posición como sujeto.

Tomemos desde la clínica expresiones de una adolescente en entrevistas psicológicas y una frase del personaje de *Demian*, de Hermann Hesse, considerando esta última con el mismo valor de una viñeta clínica, refiriéndose ambas producciones discursivas a las sensaciones y emociones que se presentan ante las transformaciones en la pubertad y en cuanto al lugar del Otro familiar encarnados en los padres cuyas miradas o comentarios, en uno y en otro caso, sancionan, censuran o muestran la propia conmoción o "embarazo".

Dice Camila, nombre dado a una adolescente que habla con su analista:

> "No sé,... nada, no sé qué me pasa, me siento rara, siento 'cosa', como que me toco y me dan más ganas de tocarme pero no quiero ¡porque no se puede hacer eso!... bah ¡no sé!

26. Lacan, J. (1966a): "Breve discurso en la O.R.T.F.". en *Intervenciones y Textos 2*, *op. cit.*
27. Freud, S. (1905c): "La sexualidad infantil", en *Tres ensayos de teoría sexual*, *op. cit.*
28. Freud, S. (1916a): Conferencia 20. "La vida sexual humana". B. Nueva.

> Cuando salgo de mi pieza no puedo mirar a mis viejos a los ojos, ¡y entonces me dicen que seguro que estuve haciendo algo raro tanto tiempo encerrada!... bueno, no me lo dicen, pero ¡que lo piensan!... se nota... no sé... en cómo me miran."

Podemos leer en *Demian*:

> "Todo cambió. La niñez se derrumbó en torno mío. Mis padres me miraban con cierto embarazo. Mis hermanas llegaron a serme extrañas. Una vaga desilusión fue debilitando y esfumando mis sentimientos y mis alegrías habituales; el jardín no tenía perfume, el bosque no me atraía, el mundo se extendía alrededor de mí como un saldo de trastos viejos, insípido y desencantado; los libros eran papel; la música ruido. No de otro modo pierde sus hojas el árbol otoñal en torno suyo. No lo siente y la lluvia, la escarcha y el sol resbalan por su tronco, mientras su vida se retira a lo más íntimo y recóndito. No muere. Espera."[29]

Es la transformación en el cuerpo, ya no como aquel cuerpo de la infancia, un cuerpo real "sexuado", un cuerpo diferente en un comienzo "ajeno", que se presenta al sujeto como exigencia de trabajo psíquico en el despertar de su adolescencia. Tener que vérselas con un nuevo cuerpo y con nuevas formas de goce, inicialmente en cuanto a su propio cuerpo y luego en el contacto con otro cuerpo, en oscilante fortalecimiento y debilitamiento de lo autoerótico que quedará en el mejor de los casos subsumido a la dialéctica del deseo, es el centro del trabajo que enfrenta el sujeto en la adolescencia ante el resurgimiento del erotismo genital. En expresiones de Freud[30] al referirse a las metamorfosis de la pubertad se produciría

29. Hesse, H.: *Demian*. Bureau Editor S.A. Buenos Aires, 2000.
30. Freud, S. (1905a): "Las metamorfosis de la pubertad", en *Tres ensayos de teoría sexual*, *op. cit*.

una reorientación o un reordenamiento de lo pre-existente en diversos órdenes:

- Hay una orientación hacia una subordinación de las pulsiones parciales al placer final como nueva meta sexual.
- Se plantean cambios en el vínculo con el otro, con ese otro ubicado en lugar de objeto según Freud, a partir de las transformaciones en el propio cuerpo sexuado.

El autoerotismo se integraría a un placer mayor, más satisfactorio, en lo esperable, y que lo subsume, un "placer de satisfacción de la actividad sexual", tal como lo sugiere Freud en el citado escrito,[31] que incluye o permite la presencia de un partenaire sexual.

Por cierto también a otros, en la familia, y no sólo al adolescente, conmueven las transformaciones o los cambios del niño que antes fuera. Y se conjugan la admiración y el rechazo, y se detiene la mirada ante el antes pequeño ser que se vuelve "grande" y se afina el olfato ante los olores que son expresión de una sexualidad desmadrada. Detengámonos en fragmentos de un cuento de Roberto Fontanarrosa:

> "Tu hijo adolescente está cambiando. Y está cambiando a ojos vista. (...) Ahora está algo torpe, desmañado y le cuesta habituarse a sus nuevas medidas antropométricas. (...) ¿Qué está ocurriendo con mi hijo?, te preguntas. ¿Qué fenómeno mutante le sucede, que se levanta una mañana y ha crecido cinco centímetros, sale de dos días de fiebre y se ha estirado ocho?"... "Porque, incluso, seamos sinceros: huele mal. El sabandija huele a rayos. ¿A dónde quedó ese aroma a talco boratado, a jabón Lanoleche y a perfume suave que lo envolvía como una nube celestial cuando era muy niño y daba placer estrujarlo? Ahora emana un tufillo confuso a almizcle y a aguas servidas, a goma agria y a perro mojado. Cuando tú entras en su habitación respiras el aire denso del

31. Freud, S. (1905a): "Las metamorfosis de la pubertad", en *Tres ensayos de teoría sexual*, *op. cit*.

encierro, un pesado vaho a zoológico, a establo, a pesebre, a leonera, a mingitorio de baño público."[32]

El clima familiar se enrarece con la instalación del "nuevo" hijo adolescente, con miradas sorprendidas, inquietas, censuradoras u hostiles que se cruzan, y con diálogos en los cuales la ambivalencia se expresa.

Pero retomemos las preguntas anteriormente planteadas para procurar respuestas a esta complejidad:

- ¿Qué es la adolescencia?
- ¿A qué nos referimos entonces, desde el psicoanálisis, cuando hablamos de adolescentes?
- ¿Cuáles son los conceptos fundamentales para pensar lo que le sucede a un adolescente hoy, en un mundo con importantes transformaciones que agregan mayores elementos a la complejidad que de por sí la encrucijada supone?

Podríamos decir, en primera instancia, que nos referimos a un sujeto y no a un "proyecto de", para comenzar cuestionando la ya clásica oposición adolescencia - adultez que sostiene una disimetría sustancial.

Pero también, debemos aclarar que *la adolescencia no es sólo un fenómeno individual, sino que es un fenómeno complejo*. Al respecto considero fundamental citar el aporte de dos psicoanalistas argentinos al estudio de la adolescencia.

Arminda Aberastury, psicoanalista argentina fallecida en la década de los '70, sostiene que *la adolescencia* es un momento crucial en la vida del hombre y que, *además de ser individual*, en tanto se produce en cada sujeto como algo propio e ineludible, *lleva* "el sello del medio cultural, social e histórico desde el cual se manifiesta".[33] La autora considera a la adolescencia como el momento más difícil de la

32. Fontanarrosa, R.: "Cambios en tu hijo adolescente", en *Te digo más… y otros cuentos*. Ediciones de la Flor. Buenos Aires, 2001.
33. Aberastury, A.: *Adolescencia*. Kargieman. Buenos Aires, 1973, p. 36.

vida del hombre, necesitándose libertad adecuada con la seguridad de normas que ayuden a adaptarse al sujeto con su ambiente y con la sociedad sin que se provoquen graves conflictos.

Junto con Mauricio Knobel, quien fuera profesor de Psicología Evolutiva en la Carrera de Psicología (Facultad de Filosofía y Letras, UBA), considera que la adolescencia supone desequilibrio e inestabilidad extremos y que ello configuraría una entidad que dan en llamar "Síndrome normal de la adolescencia",[34] perturbador para el mundo adulto pero absolutamente necesario para el adolescente, quien en este proceso consolidará su identidad. Este síndrome está compuesto por diez manifestaciones enumeradas por Knobel:[35]

* Búsqueda de sí mismo y de su identidad.
* Tendencia grupal.
* Necesidad de intelectualizar y fantasear.
* Crisis religiosas (del ateismo más intransigente al misticismo más fervoroso).
* Desubicación temporal, con características del proceso primario de pensamiento.
* Evolución sexual manifiesta.
* Actitud social reivindicatoria.
* Contradicciones en manifestaciones conductuales, con predominio de la acción.
* Separación progresiva de los padres.
* Intelectualización del conflicto como tentativa de manejar los procesos pulsionales en un nivel psíquico diferente.

El síndrome de la adolescencia normal, según Aberastury y Knobel, surge como producto de los movimientos propios de la adolescencia a nivel individual, en el contexto de la interacción del sujeto con su medio.

34. Aberastury, A. & Knobel, M. (1973b): *La adolescencia normal*. Paidós. Buenos Aires, 1973, p. 10.
35. Knobel, M. (1973b): "El síndrome de la adolescencia normal", en *Adolescencia normal*, *op. cit.*, p. 44.

Ambos autores sostienen la existencia de tres duelos en la adolescencia:

- Duelo por el cuerpo infantil perdido: en tanto los cambios corporales provocan sensaciones de extrañamiento en cuanto a lo que ocurre en y con su propio organismo.
- Duelo por el rol y la identidad infantiles: que obliga al adolescente a tener que renunciar a la dependencia y a la aceptación de responsabilidades que muchas veces desconoce.
- Duelo por los padres de la infancia, que fueran refugio y protección, en un trabajo de duelo que se conjuga con el duelo en los propios padres que deben enfrentar la caída de la posición de saber y de omnipotencia frente a sus hijos.

Considera Aberastury que "la adolescencia es un período de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso",[36] caracterizado por la existencia de fuertes fricciones con el medio familiar y social. Lo que sucede es que el adolescente con su aparición provoca una verdadera revolución en su medio familiar y social, creándose conflictos generacionales no siempre bien resueltos. Y agrega:

> "No creo que se pueda hablar de una crisis de la juventud, sino de una forma de crisis de los jóvenes dentro de una sociedad en crisis".[37]

Las propuestas de Aberastury y Knobel mantienen actual vigencia, contradiciendo con el planteo realizado por estos autores la acusación de lectura individualista con la que desde diversos medios se adjudica al psicoanálisis.

Por cierto, otros aportes enriquecieron el estudio de la adolescencia.

36. Aberastury, A. & Knobel, M. (1973b): *La adolescencia normal*, *op. cit.*, p. 16.
37. Aberastury, A. (1973a): *Adolescencia*, *op. cit.*, p. 39.

Acerca de la adolescencia desde autores varios

Veamos algunas definiciones sobre adolescencia, observando cómo en algunas de ellas se mantiene la influencia de la lectura evolutiva, siendo esto muy claro en Peter Blos, por ejemplo, quien define a la adolescencia como "etapa" y considera algunas "tareas evolutivas" peculiares para la misma, proponiendo asimismo la diferenciación y secuencia de tres fases: temprana, media y tardía, otras definiciones integran una enriquecedora lectura desde lo social.

Desde una perspectiva diferente, en otras se deja de lado lo evolutivo para considerar el esfuerzo del sujeto en la adolescencia por "poner en palabras" aquello que irrumpe desde lo real y que inicialmente escapa a toda posibilidad de representar psíquicamente. Consideremos textualmente las diferentes propuestas y quedarán claras las diferencias existentes:

Ya nos detuvimos en la definición de Aberastury como un momento crucial en la vida del hombre y como "período de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso",[38] considerando a la adolescencia como momento crucial en la vida del hombre y que constituye la etapa decisiva de un proceso de desprendimiento.

Françoise Dolto considera a la adolescencia como fase de transición y transformación hacia la adultez. Dice esta psicoanalista francesa:

> "En mi opinión, es una fase de mutación. Es tan capital para el adolescente confirmado como el nacimiento y los primeros quince días de su vida lo son para el niño pequeño".[39]

Y agrega:

> "El adolescente (...) pasa por una muda respecto de la cual nada puede decir, y es, para los adultos, objeto de un

38. Aberastury, A. & Knobel, M. (1973b): *La adolescencia normal*, *op. cit.*, p. 16.
39. Dolto, F.: *La causa de los adolescentes*. Seix-Barral. Buenos Aires, 1990, p. 11.

cuestionamiento que, según los padres, está cargado de angustia o pleno de indulgencia."[40]

Por su parte, refiriéndose a conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente, D. W. Winnicott dice:

"En la época de crecimiento de la adolescencia los jóvenes salen, en forma torpe y excéntrica, de la infancia, y se alejan de la dependencia para encaminarse a tientas hacia su condición de adultos. El crecimiento no es una simple tendencia heredada, sino, además, un entrelazamiento de suma complejidad con el ambiente facilitador."[41]

Para luego afirmar:

"Si en la fantasía del primer crecimiento hay un contenido de muerte, en la adolescencia será de asesinato. (...) ...dado que crecer significa ocupar el lugar del padre. Y lo significa de veras. En la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo."[42]

P. Blos es autor de *Psicoanálisis de la adolescencia* y *La transición adolescente*, entre otros títulos. En el primero de ellos define a la adolescencia como la "etapa terminal" de la cuarta fase del desarrollo psicosexual, la fase genital, que había sido interrumpida por la latencia. La define como "segundo proceso de individuación":

"Si el primer proceso de individuación es el que se consuma hacia el tercer año de vida con el logro de la constancia del self y del objeto, propongo que se considere a la adolescencia en su conjunto como segundo proceso de individuación. (...) Lo que en la infancia significa salir del cascarón de la membrana simbiótica... en la adolescencia implica desprenderse de la dependencia de los lazos familiares, aflojar los vínculos objetales infantiles para pasar a

40. Dolto, F.: *La causa de los adolescentes*. Seix-Barral, *op. cit.*, 1990, p. 12.
41. Winnicott, D. W.: *Realidad y juego*. Gedisa. Barcelona, 1979, p. 186.
42. Winnicott, D. W.: *Realidad y juego*. Gedisa. Barcelona, 1979, p. 186.

integrar la sociedad global, o, simplemente, el mundo de los adultos."[43]

Diferencia Blos tres fases durante la adolescencia, temprana, media y tardía, planteándose en cada una de ellas transformaciones psíquicas esenciales que concibe como "tareas evolutivas" que se activan ante el conflicto psíquico característico o propio de cada una.

Octave Mannoni dice al considerar la "crisis" de la adolescencia:

"...se trata de un momento decisivo, un momento en el cual el sujeto debe decidir su orientación."[44]

Susana Quiroga al escribir sobre la adolescencia plantea:

"...es esencialmente un proceso de cambio y, por tal razón, de transición. Tanto para el adolescente como para la familia, es el momento de la vida en que se presentan más problemas nuevos y con menos tiempo para resolverlos que en cualquier otro período anterior de su vida. Su apariencia adulta le requiere que actúe como tal, cuando aún no tiene recursos psíquicos para hacerlo."[45]

Ricardo Rodulfo sostiene:

"Mi tesis es que lo que estrictamente debemos llamar 'adolescencia' –que no basta tener una edad para eso–, y lo que a la vez explica por qué no existe en absoluto la adolescencia fuera de lo occidental, conforma un síntoma 'subjetivo' de dicho cisma, una de sus manifestaciones más recientes..."[46]

43. Blos, P.: *La transición adolescente*. Amorrortu. 2ª edición. Buenos Aires, 2003, p. 118.
44. Mannoni, O.: *La crisis de la adolescencia*. Gedisa. Barcelona, 1996, p. 17.
45. Quiroga, S.: *Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo de objeto*. Oficina de Publicaciones del CBC - UBA. Buenos Aires, 1997, p. 16.
46. Rodulfo, R.: *Futuro porvenir. Ensayos sobre la actitud psicoanalítica en la clínica de la niñez y adolescencia*. Noveduc. Buenos Aires, 2008, p. 221.

Propone Marta Piccini Vega:

> "Entendemos esta fase del ciclo vital como un momento que exige una transformación para lograr poner palabras a aquellos acontecimientos nuevos que se presentan desde 'lo real' y que el joven no puede representar psíquicamente."[47]

Son especialmente significativas estas dos últimas definiciones sobre la adolescencia, en las que se propone una lectura de la misma, en una y otra, como síntoma del cisma del contexto histórico-sociocultural y como expresión de las vicisitudes que se desencadenan ante lo real que encuentran a un sujeto con carencia o fragilidad de representaciones y dificultades para poner en palabras la conmoción que aquella provoca.

Considero por mi parte que es posible definir la adolescencia desde el psicoanálisis, como re-posicionamiento del sujeto en relación a la estructura opositiva falo-castración, en cuanto a la ubicación respecto del objeto *a* en procura de descubrir su propio deseo, como atolladero o encrucijada en la vida del sujeto, o como contundente conmoción en la identidad o sentimiento de sí, que plantea la exigencia de elaboración de procesos de identificación, y de desidentificaciones, en procura de lograr para sí un lugar simbólico propio, diferente al del niño que antes fuera pegado o abrochado al deseo de los padres.

Nos referimos, cuando hablamos de adolescencia, a los avatares del nuevo tránsito por Edipo y castración a partir de la confrontación del sujeto con el despertar del erotismo genital o con formas de goce ante lo cual encuentra discreta aceptación y fuertes prohibiciones. Adolescencia como escenario del segundo acto de la operatoria del movimiento en dos tiempos de la sexuación humana que encuentra desenlace esperable en la concreción de la salida exogámica, derivación esta

47. Vega, P. M., Barrionuevo, J. y Vega, V.: *Escritos Psicoanalíticos sobre Adolescencia*. Buenos Aires, Eudeba, 2007, p. 10.

última del pasaje de la madre al padre habido ya anteriormente, y que abordáramos páginas atrás.

La adolescencia posee esencial importancia en la vida del sujeto al punto tal de hacer pensar a Freud, y así lo enuncia, que la neurosis definitiva se instalaría en la pubertad o algo más tarde, es decir, durante la adolescencia. La misma es momento de definiciones, de abandono de viejos emblemas que sostienen la imagen narcisística y de procura de otros nuevos, propios, en un trabajo nada sencillo pues implica procesar dolor y agresión, en virulento interjuego de amores y de odios, con el interrogante sin respuesta clara acerca del deseo del Otro. Y esto es así porque la adolescencia no sería otra cosa que *tiempo de revitalización o "recidiva" de la conflictiva edípica*, que supone *contundente conmoción en la estructura*, en ese segundo momento de la sexualidad en dos tiempos propuesto por el psicoanálisis.

Ahora bien, para poder entender qué significa definir a la adolescencia como *reposicionamiento* del sujeto en relación a la estructura opositiva *falo-castración*, es preciso definir en primera instancia a qué se refiere el psicoanálisis con estos dos conceptos, y también al de ambivalencia al que aludimos al hablar de la dupla amor-odio que colorea con intensidad las relaciones entre padres e hijos en la dimensión del Edipo.

Falo-castración

Definir a la adolescencia desde el psicoanálisis como *reposicionamiento subjetivo en relación a la estructura opositiva falo-castración* y como *contundente conmoción en la estructura* implica ubicar el trabajo que debe enfrentar el adolescente en el ámbito de la problemática de las identificaciones, en lo relativo al deseo y en cuanto a la ambivalencia odio-enamoramiento, que adquiere nuevas dimensiones con la revitalización de la conflictiva edípica. Desde esta propuesta entonces revisemos los conceptos de *falo* y de *castración* como ordenadores teóricos.

El complejo de Edipo amplio supone una complejización de la inicial propuesta de Freud, al considerar la bisexualidad y la incorporación

de aquello que motoriza las interrelaciones existentes entre los tres personajes: padre, madre e hijo. *Falo* es el cuarto elemento en juego.

Aclaramos que al hablar de castración nos estamos refiriendo a "falta", cuestión central en el deseo según Lacan, que se relaciona con el falo y no a la posibilidad de pérdida concreta del pene o una parte determinada del cuerpo, si bien la amenaza remite a cruento castigo temido por el varoncito de ser privado de algo sumamente valorado, o a la envidia en el caso de la niña. Los planteos de Freud en relación al falo se ubican en textos sobre sexualidad femenina, a partir del intento de responder a la pregunta acerca de qué desea una mujer. Así pues, en el conocido sueño de la Bella Carnicera Freud resalta cómo este sueño es referencia ejemplar de las vicisitudes del deseo en la histeria y el modo de identificación histérica, ordenando en su análisis del sueño la producción onírica como "el deseo de tener un deseo insatisfecho". En la lectura freudiana el motor de la identificación histérica se ubica en la equivalencia salmón ahumado-caviar. Y Lacan aprovecha este trabajo freudiano para marcar la importancia de la preeminencia del significante, definiendo las leyes de articulación de la cadena significante:

- Sustitución de un término a otro para producir el efecto de metáfora.
- Combinación de un término con otro para producir el efecto de metonimia.

Plantea Lacan que aquello que estructura el deseo es ser el falo,[48] sosteniendo la dualidad freudiana falo-castración.

Más allá de su definición como "fase fálica", Freud, en "La organización genital infantil",[49] considera que el falo es la premisa universal del pene por lo cual se asigna su posesión a todos los seres vivos y por ende a los humanos, a partir de las fantasías primarias que lo ubican como deseado por la niña y en su relación con el miedo a

48. Lacan, J. (1958a).
49. Freud. S. (1923a): "La organización genital infantil". *Obras completas*. Amorrortu.

perderlo, suponiendo poseerlo, en el varón al descubrir que hay quien no lo tiene. Por lo tanto, como envidia en la mujer, como amenaza y temor a la castración en el hombre, es fundamental la función del falo en la dinámica de la estructuración psíquica.

El deseo está integrado a la dialéctica fálica. Freud lo tiene en cuenta en sus consideraciones sobre el complejo de Edipo en el varón señalando la importancia del deseo materno, en tanto el niño desea ser el objeto del deseo de la madre. Y el cuerpo del niño se va constituyendo como imagen unificada en tanto la madre lo faliciza, lo narcisiza, integrándose de esta forma el deseo en la dialéctica fálica.

Pero por cierto el deseo se encuentra también presente en la salida del complejo de Edipo en la niña, en tanto se produce vía ecuación simbólica niño-pene, que lleva a la transformación del deseo en deseo de un hijo.

La función del significante fálico es siempre en relación a la castración, de allí que propusiera párrafos atrás considerar "falo-castración" como estructura opositiva. Sostiene Lacan al referirse al falo como significante impar o único:

> "...el significante impar: ese falo cuya recepción y cuyo don son para el neurótico igualmente imposibles, ya sea que sepa que el otro no lo tiene o bien que lo tiene, porque en los dos casos su deseo está en otra parte: es el de serlo, y es preciso que el hombre, masculino o femenino, acepte tenerlo y no tenerlo, a partir del descubrimiento de que no lo es."[50]

¿Cómo juega la castración en la dialéctica de la constitución subjetiva y en el reposicionamiento en la adolescencia?

Lacan señala que el sujeto pena demasiado por ser el falo, que paga demasiado por esa apuesta que no tiene oportunidad de ser ganada (el falo se puede tener o no tener, pero no se puede ser).

En la adolescencia no se hace otra cosa que aquello que el sujeto hace siempre: demandar, vive demandando y también sigue viviendo con y por ello.

50. Lacan, J. (1958b) p. 273.

Ambivalencia

Decíamos que definir a la adolescencia desde el psicoanálisis como *reposicionamiento subjetivo en relación a la estructura opositiva falo-castración* implicaba considerar el trabajo que debe enfrentar el adolescente en el ámbito de la problemática de las identificaciones, en lo relativo al deseo y en cuanto a la ambivalencia, odio-enamoramiento, en la dimensión del Edipo.

Detengámonos en el concepto de *ambivalencia afectiva*, tal como lo propone Freud,[51] para considerar cómo en la adolescencia se reactualizarían los términos de la conflictiva edípica en este reposicionamiento subjetivo al que hacíamos referencia en párrafo anterior, para analizar luego sus manifestaciones en la tarea de duelo y en lo relativo a la agresividad en la adolescencia.

Llama Freud *ambivalencia* a la propensión por actitudes antagónicas tales como amor-odio, o veneración-despiadada crítica, que se dirigen originariamente hacia los padres y que luego se orienta hacia sustitutos, repitiéndose imágenes o escenas de la infancia, extinguidas ya de la memoria o de la conciencia, que retornan desde lo inconsciente. Se transfiere a docentes o educadores, figuras significativas para el adolescente con valor de autoridad, el respeto y la veneración sentidos "ante el omnisapiente padre" de los años infantiles, pero al mismo tiempo lucha contra ellos como lo había hecho contra aquel.

Sostiene Freud:

> "Las tendencias cariñosas y hostiles contra el padre subsisten juntas, muchas veces durante toda la vida, sin que la una logre superar a la otra. En esa simultaneidad de las antítesis reside la esencia de lo que denominamos ambivalencia afectiva."[52]

51. Freud, S. (1914b): *Sobre la psicología del colegial*. Ed. B. Nueva. Madrid 1981. Tomo II.
52. Freud, S. (1914b): *Sobre la psicología del colegial*, *op. cit*. Madrid, 1981. Tomo II, p. 1894.

Y refiriéndose específicamente al encuentro del "joven" con los maestros, reflexiona:

> "Ahora comprendemos nuestra relación con los profesores de la escuela secundaria. Estos hombres, que ni siquiera eran todos padres, se conviertieron para nosotros en sustitutos del padre. (...) Les salimos al encuentro con la ambivalencia que habíamos adquirido en la familia, y con el auxilio de esta actitud combatimos con ellos como estábamos habituados a hacerlo con nuestro padre carnal."[53]

Laplanche y Pontalis se refieren a este concepto que propone Freud planteando que se daría como disposición psíquica de un sujeto que experimenta o manifiesta, simultáneamente, sentimientos o actitudes opuestos hacia un mismo objeto o hacia cierta situación, tales como amor y odio, deseo y temor o afirmación y negación, entre otros.

> "La idea de una ambivalencia intrínsecamente ligada al dinamismo de las pulsiones se vería reforzada, además, por el carácter oposicional de las pulsiones mismas: pulsiones de autoconservación-pulsiones sexuales, y más nítidamente aún en el dualismo pulsiones de vida-pulsiones de muerte."[54]

El amor y el odio, tendencias cariñosas y hostiles, se reactivan durante la adolescencia hacia aquellos otros significativos de la estructura familiar, en relación a los cuales se construyeran procesos identificatorios o se realizaran elecciones de objeto en el marco de la conflictiva edípica y se derivan luego hacia subrogados paternos o en la dimensión del complejo fraterno.

En tanto al referirnos a adolescencia aludíamos a los procesos identificatorios y de abandono de viejas identificaciones en el trabajo

53. Freud, S. (1914b): *Sobre la psicología del colegial*. Amorrortu. Buenos Aires, 1994, p. 250.
54. Laplance, J & Pontalis, J. B.: *Diccionario de Psicoanálisis*. Amorrortu. Buenos Aires, 2004, p. 30.

de reposicionamiento subjetivo, es preciso detenernos, si bien brevemente, en el concepto de identificación.

Identificación

Descriptivamente, y en términos sencillos, podemos sostener, como primera afirmación, que es una operación fundamental, básica, en cuanto a estructural, en la constitución del sujeto. Freud la define como el proceso por el cual se constituye el sujeto asemejándose o pareciéndose a otro, ubicado en lugar de ideal, parcial o totalmente. Sostiene al referirse a la misma:

> "El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona."[55]

Y agrega:

> "...la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como 'modelo'..."[56]

Es en este sentido, en el contexto de un historial clínico, que Freud pregunta a Dora, una adolescente en análisis, a quién quería ella "copiar", a quién quería parecerse, con su comportamiento o diciendo lo que decía.

Como "asimilación" del yo a un yo ajeno, Freud se refiere a la identificación como una forma muy importante de "ligazón con el prójimo",[57] probablemente la más importante, afirma, y diferencia identificación de elección de objeto. Sostiene al respecto:

55. Freud, S. (1921a): *Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu. Buenos Aires, 1999, p. 99.
56. Freud, S. (1921a): *Psicología de las masas y análisis del yo*, *op. cit.*, p. 100.
57. Freud, S. (1932a): Conferencia 31. "La descomposición de la personalidad psíquica". Amorrortu. Buenos Aires, 1996, p. 58.

> "Podemos expresar la diferencia más o menos así: cuando el varoncito se ha identificado con el padre, quiere ser como el padre; cuando lo ha hecho objeto de su elección, quiere tenerlo, poseerlo. En el primer caso su yo se alterará siguiendo el arquetipo del padre; en el segundo, ello no es necesario. Identificación y elección de objeto son, en vasta medida, independientes entre sí; empero, uno puede identificarse con la misma persona a quien se tomó, por ejemplo, como objeto sexual, alterar su yo de acuerdo con ella."[58]

En este espacio como en otros, Freud enlaza identificación-superyó, definiendo a este último como caso logrado de identificación con la instancia parental, relación de la cual deriva la afirmación del superyó como heredero del destino del yo en la conflictiva edípica, "...el complejo de Edipo deja el sitio al superyó" afirma Freud.[59]

Por su parte Lacan recalca la importancia de la imagen en la identificación, pues cuando el sujeto asume una imagen, al reconocerse en ella, se produce una profunda transformación subjetiva. Esta identificación imaginaria se ubica en la dimensión de la "fase del espejo",[60] que integra agresividad y alienación, tal como veremos en próximo apartado sobre este concepto. Dicha fase del espejo constituye la identificación primaria y da origen al yo y al yo ideal. En la órbita de la conflictiva edípica en su etapa final Lacan ubica la identificación simbólica, con el padre, que da origen al ideal del yo. Identificación secundaria, simbólica, que sigue el modelo de la identificación primaria, pero es simbólica en tanto representa el pasaje del sujeto al orden simbólico.

58. Freud, S. (1932a): Conferencia 31. "La descomposición de la personalidad psíquica", *op. cit.*, p. 58.
59. Freud, S. (1932a): Conferencia 31. "La descomposición de la personalidad psíquica", *op. cit.*, p. 60.
60. Lacan, J. (1949a): "El estadío del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". *Escritos I*. Siglo Veintiuno. México, 1978.

A la luz de los conceptos en los que nos detuviéramos en forma sintética, podríamos pensar a la adolescencia como algo más complejo que un "fenómeno" individual en un sujeto que "adolece" en tales circunstancias.

Los adolescentes y el Otro familiar y social

Que la adolescencia sea considerada como un fenómeno individual, familiar y social, al decir de Arminda Aberastury, es un concepto que comparto, tal como lo planteaba anteriormente, y esa complejidad se pone en evidencia con sólo observar los movimientos que se producen en los propios padres ante la irrupción de un "extraño-familiar" hijo adolescente. "Ambivalencia" decía Freud, "odio-enamoramiento" proponía Lacan, conceptos que también podríamos utilizar para estudiar los fenómenos de fascinación y de hostilidad, e incluso de violencia, desde los adultos, desde la sociedad toda, para con los adolescentes.

Desde la consideración misma de la emergencia de un significado al que comúnmente se adhiere y que suele cristalizar un sentido como sucede con el término "adolescente", escuchado desde la lengua como aquel que carece, que "adolece", que sufre por algo que le falta, es posible observar la eficacia de la conflictiva edípica que se manifiesta en la forma en que los padres, los adultos, pretenderían ubicar desde su propia angustia a quien, con fuerza, sacude con su aparición como tal un supuestamente logrado equilibrio familiar y social. Es que al ser nombrado así, a quien "adolece" o sufre la falta se le ofrece como perspectiva, como promesa, la posibilidad de dejar de hacerlo en un futuro marcado por la "plenitud" de la "madurez", del otro lado ya del "adolecer", como en cara y cruz de la vida, en la esperanza enunciada por la palabra "adulto". Sin embargo, yendo a las raíces, a la etimología, a los orígenes de ambas palabras, nos encontramos con que del latín "adulescens" y "adultus" provendrían como presente y pasado respectivamente de "adolesco", así escrito, que nos dice, según el diccionario de latín: "crecer, ir en aumento...", y también "humear, arder...".

Llamativamente, en la raíz del término "adolecer" no hay falta de "algo" que debamos proveer desde el lugar de los adultos, sino por el contrario hay referencias a un "ir en aumento" que implica crecimiento que el adolescente soporta en el orden del cuerpo que se impone bizarro y en exceso, como expresión de lo real. Pero además significa: "humear, arder", expresiones que desde nuestra perspectiva aludirían al alto voltaje del erotismo genital en la pubertad. Hay pues un cuerpo "real" que se presenta en primer plano cuestionando un saber vigente; lo real como algo ante lo cual las palabras se detienen, como dice Lacan al definir este registro, o también como lo que es "imposible" en el sentido lógico del término en tanto que no se puede simbolizar, decir o escribir, aquello de lo que no se puede hablar, que no tiene nombre y que marca el límite del pensamiento.

Lo esencial a tener en cuenta, con la investigación de otras acepciones en la base de la expresión adolescencia, es la existencia de ciertos clisés tales como la supuesta oposición adolescencia-adultez, que convive con la clásica idea de evolución que permitiría la transformación de uno en otro, y la equivalencia adolescente-carente a la que nos referíamos anteriormente, que funcionan como cristalizaciones que no permiten pensar otros sentidos.

Por cierto, el término adolescencia suele estar relacionado comunmente con "dolor" en cuanto a la existencia de *duelos* que la caracterizarían y que se deben elaborar, y en esto coinciden desde los ya clásicos aportes de Aberastury y Knobel hasta producciones de nuestros días. Es correcto que los adolescentes deberán enfrentarse a la exigencia de tener que procesar psíquicamente las pérdidas en ese reposicionamiento al que nos referíamos tramos atrás, y este trabajo de elaboración implica dolor, aunque, por cierto, el duelo no es propiedad exclusiva de una "fase" o "etapa" de la vida del hombre. Porque tampoco es sólo dolor lo que define a la adolescencia, pues no sólo es pérdida o dolor aquello a lo que se enfrenta el adolescente, ni tampoco la adolescencia es sinónimo de falta dejando implícita la idea de que con la adultez se lograría el saber por mera experiencia, por haber vivido, quedando la "inmadurez" como exclusividad de niños y adolescentes.

La lectura respecto de la adolescencia quedaría pobre si sólo se subrayara la dimensión de la pérdida, del duelo, eludiéndose considerar la fuerza y el interés puestos en juego en la tarea de encontrar nueva posición, el atrevimiento creador o el goce que se encuentra en lo lúdico, la posibilidad de arriesgar y permitirse sorprenderse ante las experiencias nuevas o la riqueza de la imaginación adolescente. Podríamos citar la afirmación de F. Dolto, quien considera a la adolescencia como "el período de las alegrías más intensas".[61]

Así pues, sostenemos que no es sólo dolor aquello de lo que se trata en la adolescencia. En este sentido, la puntuación que se realiza deja en las sombras *otro sentido* de la palabra "duelo" que, como derivación de su núcleo "dúo", nos remitiría a un enfrentamiento entre dos partes, aspecto o condición imprescindible para que haya duelo: "dos" abocados a un medir fuerzas, algo absolutamente necesario en el trabajo de ir construyendo un espacio propio para sí por parte del adolescente, lo cual implica ruptura y desprendimiento. En este probar fuerzas, en la rivalidad o en la competencia con padres y pares, los adolescentes se comprometen con entusiasmo, agresiva y hasta divertida o alegremente. Y es algo entendible e imprescindible en la tarea de reposicionamiento subjetivo que la adolescencia supone.

Podemos leer como imagen una frase de Herman Hesse al respecto:

> "El pájaro rompe el cascarón. El huevo es el mundo. El que quiere nacer tiene que romper un mundo."[62]

En la adolescencia el sujeto se enfrenta nuevamente, tal como lo hizo en la infancia, a enigmas para los cuáles no existe "la" respuesta, no hay "saber" acerca de ello. Dichos enigmas son, como lo sugiere Freud: *muerte* y *sexualidad*. Y con su aparición como tal, como adolescente, exige a sus padres reenfrentarse a aquellos enigmas para los que se pretendió tener respuesta, se los reenvía hacia ese vacío de saber, hacia la falta, que se procuró rellenar con argumentaciones discursivas tranquilizadoras.

61. Dolto, F.: *Palabras para adolescentes*. Atlántida. Buenos Aires, 1989, p. 19.
62. Hesse, H.: *Demian*. Bureau Editor S.A. Buenos Aires, 2000.

Retomando la definición propuesta de la adolescencia como reposicionamiento en relación a la estructura opositiva falo-castración, podríamos agregar luego de las consideraciones realizadas que: *adolescencia se enlazaría doblemente, con falta, en el supuesto "adolecer" como equivalente de la castración, y con presencia opresora de algo que está allí en demasía, que crece escapando de viejos controles. Como inermidad o desprotección, ante los duelos que se debe enfrentar, y como exceso, con la aparición de un cuerpo que "aumenta" y que "quema" y "arde", incontrolable irrupción del erotismo genital en la pubertad.*

De esta forma, en otros términos, nos estamos refiriendo a la estructura opositiva falo-castración que planteaba la definición enunciada líneas atrás. La idea es considerar cómo se integran ambas dimensiones para poder entender la angustia que invade al así llamado "adolescente" y a quien como "adulto" responde desde lo familiar-social pretendiendo, inquieto, desde su propio desconocimiento, dar respuestas a las preguntas fundantes del ser humano, a los enigmas de la vida que el psicoanálisis nomina: muerte y sexualidad, y para los cuales, decíamos, no existe "la" respuesta.

Enfrentado con la pérdida, con la desaparición de un mundo y un cuerpo infantil, y con ese "ir en aumento" que "quema", que "arde", retomando e integrando las acepciones que vimos respecto de adolescencia, el joven se interroga acerca de su propio lugar y del de los otros en el mundo, en un momento en que vacila el "fantasma", la realidad supuesta se resquebraja surgiendo algo distinto a lo creído hasta ese momento, algo "in-creíble" que desde lo real se impone haciendo tambalear viejos saberes. El intento es saber acerca del deseo del Otro, encontrar en la mirada del otro, amado y amante, algo que pueda garantizar un nuevo lazo entre la imagen y el cuerpo sentido desde lo interior, sufrido el desvanecimiento de su ser niño que lo re-enfrenta a la angustia del cuerpo fragmentado que lleva a la búsqueda de nueva imagen, oposición imagen de sí-desestructuración a la que tanto Klein como Lacan, entre otros, después de Freud, se han referido desde distintas posturas dentro del psicoanálisis para dar cuenta de una experiencia de identificación que constituye al sujeto, al mismo tiempo que lo aliena, y que no sólo conduce a adueñarse de su propia imagen sino que le permite

descubrir al otro y al mundo en ese intercambio de miradas que lleva implícita la *agresividad*.

Aclaremos que si bien estamos considerando la agresividad en el adolescente en procura de su reposicionamiento, también ésta se observa desde los padres hacia sus hijos al sentirse cuestionados en una autoridad hasta el momento intocable, incluso expresándose como violencia; desde lo familiar y lo social se dirigen al adolescente comentarios denigrantes como respuesta al haberse visto obligados a reenfrentarse a la propia castración al ser interpelados por la mera presencia del hijo en metamorfosis. Podríamos pensar cómo esa polaridad excesivo-en falta a la que hacíamos referencia, que no haría más que replicar la proporción falo-castración, se expresaría en aquellos dichos o modismos de la lengua con los que los adolescentes se encuentran como respuestas a sus preguntas, en los que se apela a un orden de animalidad para definir ese momento crucial de la vida de un sujeto, en un registro de fuera de lo humano o de fuera del lenguaje. "Edad del pavo" suele escucharse desde el decir popular en nuestro país, o "edad del burro" como dicho boliviano, pero también se deslizan no ingenuamente a nivel científico expresiones que encubren un cierto matiz agresivo. Refiriéndose al crecimiento corporal Françoise Dolto,[63] analista especializada en niñez y adolescencia, en el libro *La causa de los adolescentes*, refiriéndose a las piernas que se alargan con el crecimiento, dice:

> "Comienzan por tener largas piernas nada graciosas, un poco como potros, que se desarrollan de un modo totalmente falto de armonía."[64]

y agrega:

> "No hay envergadura, el cuello se queda como el cuello de pollito..."[65]

63. Dolto, F.: *La causa de los adolescentes*. Seix Barral. Buenos Aires, 1990.
64. Dolto. F.: *La causa de los adolescentes*, *op. cit.*, p. 55.
65. Dolto. F.: *La causa de los adolescentes*, *op. cit.*, p. 55.

Toque de animalidad al que también hace referencia Freud[66] en la acertada elección del término "metamorfosis" en el título del trabajo en el que aborda el estudio de la pubertad, con una expresión en la que la transformación o mutación del hombre en bestia sugiere la turbadora irrupción del sexo, de la genitalidad, en el hasta entonces supuestamente "angelical" ser y cuerpo infantil.

Expresiones en igual línea pueden encontrarse referidas a la mujer en nuestra cultura, en tanto ésta se hace acreedora de adjetivos en los que la animalidad se halla presente: yegua, potra, zorra, perra y otros por el estilo, o incluso es caracterizada como un objeto o como un vehículo con fuerza y movimiento: camión, máquina... recurso con lo cual el hombre se arma-rearma ante lo innombrable.

También podemos enunciar otras expresiones con las que se alude a los adolescentes que nos muestran la misma dirección, tal es el caso de "pendejo", con el que se les suele denominar, y que, según dice el dicccionario se refiere a:

> "individuo cobarde y pusilánime",

y también, paradójicamente:

> "falto de ánimo o valor para sufrir adversidades o para intentar cosas grandes".

Pero también, sabemos que el término vulgarmente alude al vello del pubis y de las ingles, que rodea a los órganos genitales y que se puede recortar, eliminar, o no, según sexo, moda o estación del año, puesto que no es lo esencial, sino sólo algo cercano a ello, o a su alrededor, circundante. Es decir, pendejo como algo insignificante, sin valor, desechable, como expresión con que se nombra al adolescente, y también al niño.

66. Freud, S. (1905a): "Tres ensayos de teoría sexual: Metamorfosis de la pubertad". *Obras completas*. Amorrortu. Vol. VII. Buenos Aires, 2000.

Acerca del duelo y sobre la agresividad

Al definir adolescencia desde el psicoanálisis proponía considerar a la misma, recordemos, como *contundente conmoción en la estructura* y, fundamentalmente. como *reposicionamiento del sujeto en relación a la estructura opositiva falo-castración*. La consolidación o el afianzamiento de la posición subjetiva que se replantea durante la adolescencia se produce como resultado de la conjunción del trabajo de duelo, en dirección al reconocimiento de la castración, y del accionar de la agresividad, que marca una posición de desafío o confrontación con la autoridad de los padres coexistente con el respeto y/o amor hacia los mismos. Es en estos movimientos entre duelo y agresividad en donde se evidencia la presencia de la "ambivalencia afectiva" a la cual nos refiriéramos párrafos atrás.

Detengámonos en las consideraciones de Freud respecto del *duelo*. Sostiene respecto del mismo:

> "El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc."[67]

Y agrega:

> "A raíz de idénticas influencias, en muchas personas se observa, en lugar de duelo, melancolía (y por eso sospechamos en ellas una disposición enfermiza)."

Continúa Freud describiendo el trabajo del duelo:

> "El examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se

67. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu. Tomo XIV. Buenos Aires, 1998, p. 241.

> opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aún cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que ésta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anuda al objeto son clausurados, sobreinvestidos y en ellos se consuma el desasimiento de la libido."[68]

Remarquemos la peculiaridad del trabajo de duelo diferenciando la posición del sujeto ante la pérdida del objeto o de aquello equiparable en su importancia: habría inicial renuencia u oposición a reconocer el juicio de realidad que decreta la pérdida del objeto, y tras la sobreinvestidura de los recuerdos, con nostalgia y anhelo por los objetos perdidos, se produce el trabajo propiamente dicho de elaboración de la pérdida, con desasimiento de la libido, con el desprendimiento pieza por pieza, punto por punto, en tanto el vínculo sujeto-objeto se construyera por múltiples inscripciones o puntos de enlace entre uno y otro.

En primera instancia, ante el juicio relativo a la pérdida del objeto amado el sujeto se resiste a reconocer tal pérdida, oposición, desde la lógica del yo-placer, que implica por cierto el reconocimiento del juicio que proviene de la lógica del yo-realidad definitivo. Oposición y reconocimiento coexisten. Es decir, en todo proceso de duelo la inicial reacción correspondería al accionar de la desmentida.

Plantea Marta Piccini Vega:

68. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu, *op. cit.*, p. 242.

> "...el sujeto se rehúsa a aceptar esta pérdida por el dolor y el desamparo psíquico que la misma genera. Entonces, apelando a la desmentida, se defiende de esta realidad..."[69]

El duelo sin embargo no tendrá la misma envergadura en todos los sujetos durante la adolescencia. En lo esperable será el duelo normal o la aflicción lo que los adolescentes deben enfrentar para su elaboración.

Freud diferencia entre duelo normal y melancolía, y sostiene respecto de esta última:

> "...es evidente que también ella puede ser reacción frente a la pérdida de un objeto amado (...) pero no atinamos a discernir con precisión lo que se perdió, y con mayor razón podemos pensar que tampoco el enfermo puede apresar en su conciencia lo que ha perdido."[70]

Es decir que, en la melancolía el sujeto sabe a quién perdió o qué perdió pero no lo que perdió con dicha pérdida, sosteniendo Freud que en la melancolía se trataría de una pérdida de objeto sustraída de la conciencia.

En la melancolía se observa una "extraordinaria rebaja en su sentimiento yoico",[71] un importante o fuerte empobrecimiento yoico:

> "En el duelo el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía eso le ocurre al yo mismo".[72]

El sujeto se describe como moralmente despreciable, indigno y estéril, y este delirio de insignificancia puede llegar en su extremo al

69. Vega P., M. y otros: *Escritos psicoanalíticos sobre Adolescencia*. Eudeba. Buenos Aires, 2007, p. 133.
70. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu, *op. cit.*, p. 243.
71. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu, *op. cit.*, p. 243.
72. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu, *op. cit.*, p. 243.

desfallecimiento de la pulsión por la cual el sujeto se aferra a la vida, es decir, que se daría un debilitamiento de la pulsión de vida al tiempo que se fortalece la pulsión de muerte.

Freud describe el proceso en la melancolía en los siguientes términos:

> "El resultado no fue el normal, que habría sido un quite de la libido de ese objeto y su desplazamiento a uno nuevo, sino otro distinto, que para producirse parece requerir varias condiciones. La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado".[73]

Esto se expresa en la frase que caracterizaría a la melancolía en cuanto a que la sombra del objeto cae sobre el yo, que pasa a ser juzgado como un objeto abandonado.

La melancolía tendría los caracteres del duelo pero agregándose a ello una regresión desde la elección de objeto narcisista hasta el narcisismo, siendo la pérdida de objeto de amor ocasión privilegiada para que se despliegue la ambivalencia, y como consecuencia un proceso descrito por Freud en los siguientes términos:

> "Si el amor por el objeto (...) se refugia en la identificación narcisista, el odio se ensaña con ese objeto sustitutivo, insultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en este sufrimiento una satisfacción sádica."[74]

Y agrega Freud conceptos que son importantes para el estudio presentado en este espacio sobre la adolescencia y para las vicisitudes de la clínica con adolescentes "graves" o "difíciles":

73. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu, *op. cit.*, p. 246.
74. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu, *op. cit.*, p. 248.

> "Sólo este sadismo nos revela el enigma de la inclinación al suicidio por la cual la melancolía se vuelve tan interesante y... peligrosa."[75]

Así pues, en la melancolía, desde la perspectiva freudiana, el yo puede llegar a tratarse como un objeto en virtud del retroceso de la investidura de objeto, y puede darse muerte, o poner en riesgo la vida, dirigiendo contra sí la hostilidad que recaía sobre un objeto, resultando así sojuzgado el yo por el objeto. Propone Freud que esa angustia de empobrecimiento derivaría del erotismo anal arrancado de sus conexiones y por el accionar de la regresión.

Teniendo en cuenta las diferencias entre duelo y melancolía podríamos también establecer las existentes entre *agresividad y agresión*, desde la perspectiva que nos propone Lacan al respecto. Podemos encontrar consideraciones sobre el concepto de agresividad ya en los escritos de Lacan entre los años 36 y 50. Este concepto lo lleva a reflotar el concepto freudiano de ambivalencia (odio-enamoramiento en términos lacanianos).

Sostiene Lacan que la agresividad está tan presente en la competencia, en la confrontación y en la rivalidad, como también en el intercambio amoroso o en manifestaciones cariñosas y, podemos agregar como proponíamos páginas atrás, de existencia normal o esperable en la adolescencia.

Lacan ubica a la agresividad entre el yo y el semejante. Se presenta frente a la imagen en el espejo del mismo como totalidad que provoca una tensión agresiva (eroto-agresiva), que lo reenvía a las sensaciones de cuerpo fragmentado. Dicha tensión agresiva deriva en una identificación con la imagen especular "ambivalente". Esa tensión agresiva subyace en todas las formas futuras de identificación y constituye la característica esencial del narcisismo. O el narcisismo llevar del auto-amor a la agresión suicida narcisista.

Por cierto, la adolescencia va a tener características peculiares de acuerdo al contexto socio-económico-cultural, y las diferencias se

75. Freud, S. (1915c): "Duelo y melancolía". *Obras completas*. Amorrortu, *op. cit.*, p. 249.

manifestarán en la forma en que desplieguen los procesos de duelo inherentes al devenir adolescente en su relación con la dimensión de la agresividad que se expresa en el trabajo de desprendimiento de las figuras de identificación propuestas por la estructura familiar.

Tomemos algunas expresiones del diario de Ana Frank, una adolescente en un contexto difícil, pero adolescente al fin, en las que cuestiona a su madre y se refiere a su relación con sus padres:

> "En todo soy distinta a ella y chocamos naturalmente. No me corresponde a mí juzgar el carácter de mamá, pero lo comparo con la imagen ideal que me he forjado. Para mí, mi madre no es 'la madre'... Me he alejado de mis padres, vago un poco a la deriva sin saber cuál será mi puerto."[76]

En algunos sectores psicoanalíticos existe una fuerte negativa a considerar que podrían existir diferencias en las vicisitudes de la estructuración subjetiva según las circunstancias o el momento histórico-socio-cultural que le toque vivir a cada quien y que en la adolescencia incidirían en los trabajos de duelo y de manejo de la agresividad. Desde mi perspectiva, por lo contrario, considero que no podemos menos que interrogarnos acerca de cuáles podrían ser las influencias de las peculiaridades de las condiciones de vida que plantea la actual modernidad, el tiempo del capitalismo tardío, sobre la constitución de la subjetividad.

Es innegable, se presenta como observable incuestionado, que el medio familiar en la actualidad ha sufrido importantes transformaciones respecto de aquel característico de décadas pasadas. Por lo pronto las actuales condiciones de vida han estimulado las grandes concentraciones urbanas, el reemplazo de las casas donde vivían hasta tres generaciones por departamentos, propiedad horizontal, que albergan a padres e hijos, dos generaciones como máximo, mientras que por lo general los abuelos suelen ser derivados a geriátricos o a otros lugares que muchas veces suelen constituirse en "guaderías de la tercera edad", produciéndose un cambio sustancial respecto de la

76. Frank, A.: *El diario de Ana Frank*. Edicol. Buenos Aires, 2007.

función de los abuelos en cuanto al cuidado de los nietos y en lo referido a los espacios vitales para aquellos y para los grupos de niños y de adolescentes.

Un aspecto de importancia respecto de las actuales condiciones de la vida en el ámbito familiar que invita a la reflexión es la inevitable derivación parcial o total de las funciones respectivas de los padres en sustitutos, debido a las actuales exigencias económicas que hacen que tanto padre como madre deban trabajar buena parte del día dejando mucho tiempo solos a sus hijos.

Pero, por cierto, no es el tiempo material por sí lo que podría determinar una menor o mayor presencia parental, y eso es bien sabido. Sólo que a lo anteriormente planteado se agregaría un cambio en la posición de los padres en la actualidad respecto de sus propios hijos debido a una así llamada "adolescentización" de los adultos, o sea una masiva identificación con los adolescentes con el consiguiente corrimiento en el desempeño de las funciones a su cargo. El progreso a nivel científico alimentó una "ilusión de eterna juventud" o de posibilidad de recuperación de la perdida lozanía que permitiría que los adultos puedan aparentar menor edad que la que poseen, sosteniéndose además esta apariencia en la apropiación de modas en el decir, en las vestimentas y en los ideales emblemáticos de los jóvenes, en un achicamiento imaginario de la brecha generacional existente de otros tiempos.

Podríamos pensar que todo esto no es sin consecuencia, especialmente en cuanto a los cambios en el terreno de la autoridad y de la contención en el ámbito familiar, y en lo relativo a la construcción de proyectos para el futuro propio como adulto del joven que no encuentra en ello demasiados incentivos en tanto la madurez se ofrece con más pérdidas que promesas.

Así pues, a un sujeto que está en procura de emblemas identificatorios que harían a su identidad, a su sentimiento de sí, desde lo socio-cultural se le proponen lugares poco claros. Se jerarquiza el "tener" estimulándose el consumo, mientras que respecto del ideal del yo y de los proyectos en cuanto a su propio futuro, como adulto, la ausencia o debilidad de perspectivas que se plasman en expresiones tales como "la muerte de las utopías", "el fin de la

historia" u otras semejantes, lo relanzan a espacios de funcionamiento de satisfacción inmediata y narcisista en los cuales el ideal se encarna en ídolos que valiéndose de no importa qué recursos pueden acceder a los medios de comunicación masivos. Jóvenes "diosas" o "genios" que, por sus atributos corporales de belleza o de destreza física o por la habilidad como para moverse en ámbitos en los cuales impera el oportunismo o la corrupción, se toman como modelos de identificación para "ser" algo, ante el borramiento o desacreditación de ideales en los cuales el esfuerzo y el trabajo, orientados hacia el intento de transformación de un mundo en procura de otro mejor, pertenecerían al sujeto de una escena que no corresponde a la de la actual modernidad. Hoy se venden y se compran la ilusión de la eterna juventud y la pretensión del manejo del tiempo lo cual no es sin consecuencia; respecto de lo cual sostiene Emiliano Galende:

> "Sabemos que uno de los rasgos del narcisismo patológico lo constituyen las fantasías omnipotentes de control y anulación del tiempo; imponen a éste como presente eterno en la ilusión de vencer la muerte real."[77]

Otro punto de importancia que se podría recalcar como digno para su análisis es el desprestigio de la verdad y la justicia con las que se encuentran los adolescentes en la actualidad. En este aspecto sería interesante estudiar las transformaciones que se pueden producir en el superyó o en la consolidación del mismo durante la adolescencia para estudiar el impacto en el sujeto de los cambios en los valores y en la ética. Freud sostiene en "Tres ensayos" y en la "Conferencia 32" que el carácter se constituye a través de la incorporación de la instancia parental como superyó (punto de especial importancia), con identificaciones de épocas posteriores, y también con identificaciones como precipitados de vínculos de objeto resignados, formaciones reactivas y sublimaciones. En éstos como en otros trabajos, en *El malestar en la cultura* y en *Moisés y la religión monoteísta*, el creador del

77. Galende, E.: *Historia y repetición. Temporalidad subjetiva y actual modernidad*. Paidós. Buenos Aires, 1992, p. 329.

psicoanálisis propone interrogantes acerca de la relación entre la realidad socio-cultural y lo subjetivo, para ahondar en el estudio del psiquismo.

Decíamos en espacio anterior que el psicoanálisis debe tener en cuenta la dimensión social al considerar al sujeto del inconsciente que es su objeto de estudio. Tanto Freud como Lacan, insertos en momentos socio-culturales diferentes, no dejaron de dar importancia a dicha interdependencia, en tanto el sujeto vive en una cultura que lo determina mientras que a su vez son los sujetos los que le van dando el matiz peculiar que la cultura posee.

La rivalidad o el enfrentamiento de los adolescentes con sus padres no posee hoy la envergadura o las características que presentara en otros tiempos, y su ausencia o debilidad tiene consecuencias nocivas en la consolidación de la posición subjetiva. El debilitamiento de la función paterna, por razones explicitadas anteriormente, hace que el necesario juego de fuerzas padres-hijos no se realice sino como tímidos intentos o tibios y temerosos escarceos por un lado, sin plantearse como confrontación o competencia, o bien, con desbordes de agresión o violencia que pueden llegar a la destrucción o al daño físico por otro lado. La agresividad, un aspecto desestimado al estudiar la conflictiva adolescente y que es conveniente considerar, no se presenta expresándose como necesaria prueba de fuerzas o rivalidad, sino que deriva hacia formas violentas, como cultivo puro de pulsión de muerte, en la agresión que se orienta hacia el otro o se vuelve contra el propio sujeto.

Freud advertía sobre este tema de la agresividad en el vínculo entre padres e hijos al considerar las dificultades de tramitación de la conflictiva adolescente si los padres no podían enfrentar adecuadamente a sus propios hijos, sugiriendo doble dirección de las mociones hostiles o agresivas en las relaciones familiares entre padres e hijos. A pie de página en *El malestar en la cultura* aclaraba respecto de dos tipos principales de métodos patógenos de educación: la severidad excesiva o el consentimiento desmedido. Sostenía:

> "El padre 'desmedidamente blando e indulgente' ocasionará en el niño la formación de un superyó hipersevero,

> porque ese niño, bajo la impresión del amor que recibe, no tiene otra salida para su agresión que volverla hacia adentro. En el niño desamparado, educado sin amor, falta la tensión entre el yo y el superyó, y toda la agresión puede dirigirse hacia fuera. Por lo tanto, si se prescinde de un factor constitucional que cabe admitir, es lícito afirmar que la conciencia moral severa es engendrada por la cooperación de dos influjos vitales: la frustración pulsional que desencadena la agresión, y la experiencia de amor, que vuelve esa agresión hacia adentro y la transfiere al superyó."[78]

Así pues, son múltiples las razones que permitirían sostener que los jóvenes de hoy no se encuentran con las mismas condiciones de vida que primaban para generaciones juveniles pasadas.

Retomando la referencia anteriormente realizada al decir de J. A. Miller en cuanto a considerar que la época de Freud fuera la del reino del Nombre del Padre, y que la actual, en la que Lacan viviera y nosotros nos encontramos, la definiera como la de los Nombres del Padre, alude a una sustancial diferencia respecto de la estructura social y cultural en relación a la Metáfora Paterna, en cuanto a la función paterna. Se ha ido produciendo una progresiva devaluación del Nombre del Padre, o, para decirlo de otra manera, en lo relativo a la autoridad de los padres ante lo cual el adolescente se encuentra.

Podemos definir dos líneas de análisis al respecto:

1. En cuanto a lo familiar.
2. En lo relativo a los valores y los ideales.

Respecto del primer punto, al transformarse el modelo de familia tradicional, con la aparición de familias ensambladas, con nuevas estructuras familiares o con una familia en transformación, se suma una nueva complejidad a la vida de niños y adolescentes, quienes

78. Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura*. Amorrortu. Buenos Aires, 1986, p. 126

deben enfrentar diferencias en las funciones que ejercieran prioritaria y exclusivamente padre y madre en otras generaciones y que en este tiempo de la actual modernidad se distribuyen, se intercambian, y suman o restan según el caso, pero que en definitiva fueron transformándose y transfiriéndose a otros personajes, a otras figuras significativas, no limitándose a ser ejercidas por las figuras originarias correspondientes, lo cual puede jugar a favor o en contra según el caso.

En cuanto al segundo punto, en lo esperable, los ideales o las virtudes sostenidos desde una ética brindan al sujeto una posición en escena, y fundan y consolidan el lazo social, definiendo el estilo de vida y de intercambio social del sujeto, estableciendo derechos y prohibiciones que llevan a la renuncia de lo pulsional y a la jerarquización de la sublimación.

Devaluadas las figuras de identificación, debilitado el significante del Nombre del Padre con la caída de los ideales y el descrédito de la verdad y la justicia, al no otorgar los significantes amos y los ideales lugar seguro al sujeto, se constituye un panorama que lleva a J. A. Miller a enunciar que la época del tiempo del capitalismo tardío sería adecuado denominarla como la de los Nombres del Padre, en plural. Al no estar claro el límite, al no reconocerse lo imposible como un freno a la omnipotencia narcisística, y unificándose el goce al ofrecer la ciencia objetos iguales para todos, el consumo que promueve el capitalismo frustra el deseo, exige goce sin límite, y en la misma medida se va produciendo empobrecimiento del deseo, quedando el sujeto sometido a un goce desenfrenado, mortífero, con accionar libre de la pulsión de muerte, siendo empujado el sujeto al lugar de objeto.

Lo que describen Lacan y Miller a nivel macro podemos relacionarlo con lo que sucede intrapsíquicamente, en cada sujeto, particularmente durante su adolescencia, inserto en este universo del mundo globalizado. Proponíamos definir a la adolescencia como tiempo de *revitalización de la conflictiva edípica*. Es clara tal afirmación en tanto durante su transcurso se reactualizan los movimientos del sujeto en relación a Edipo y a castración. Nos encontramos con los avatares de un nuevo tránsito por Edipo y castración, confrontación del sujeto con el nuevo despertar del erotismo o formas de goce ante lo cual encuentra

aprobación y prohibición, contradictoriamente, con la operatoria del movimiento en dos tiempos de la sexuación humana, y con el pasaje de la madre al padre. Recordemos que el goce autoerótico del niño se inicia indiferenciado del goce del Otro, y es con el accionar de la metáfora paterna, o significante del Nombre del Padre, que el deseo emerge y se produce una brecha entre diversas formas de goce si bien queda la marca del pasado en el intento de reencuentro con un goce imposible.

El pasaje de la madre al padre puede ser entendido como trasmutación de goce. Pasaje de un goce primero, arcaico, a formas de goce fálico, goce prendido al significante, que en palabras de Freud se definen como procesos intelectuales superiores, reflexiones y juicios, y que permitirán la constitución del superyó. Freud en *Moisés y la religión monoteísta*,[79] tiene una frase que resulta apropiada para aclarar este pasaje:

> "El progreso de la espiritualidad consiste en preferir los procesos intelectuales llamados superiores, o sea los recuerdos, reflexiones, juicios, a los datos de la percepción sensorial directa; consiste, por ejemplo, en decidir que la paternidad es más importante que la maternidad, pese a no ser demostrable como esta última por el testimonio de los sentidos. De acuerdo con ello, el niño deberá llevar el nombre del padre y heredar sus bienes."

Es en esta afirmación freudiana respecto de la importancia fundamental del nombre, o del apellido, paterno, en la que Lacan se apoya para definir la metáfora paterna o significante del Nombre del Padre que desempeña un papel crucial en la dinámica de la conflictiva edípica. Refiriéndose a la función paterna, en una cita en la que define ambas, la materna y la paterna, sostiene Lacan:

> "Las funciones del padre y de la madre se juzgan según una tal necesidad. La de la madre: en tanto sus cuidados están

79. Freud, S. (1939): *Moisés y la religión monoteísta*. Amorrortu. Buenos Aires, 1986.

> signados por un interés particularizado, así sea por la vía de sus propias carencias. La del padre, en tanto que su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo."[80]

De no mediar el significante del Nombre del Padre no hay posibilidades de poner coto al Goce del Otro, es decir, no se podría producir el pasaje de un goce a otro, de un goce incestuoso a un goce posible, y el sujeto puede tener dificultades en descubrir su propio deseo y consolidar el fantasma, tal como en otro espacio de este libro consideraremos, con las dificultades consecuentes en la constitución de la posición subjetiva, quedando a expensas del accionar de la pulsión de muerte.

Se mantiene presente como dolorosa promesa la afirmación del capitalismo de liberarnos de aquellas fuentes de sufrimiento que Freud enunciara en *El malestar en la cultura*: desde el propio cuerpo, desde el mundo exterior y desde los vínculos con los otros seres humanos. Supuestamente, eludida la castración, el tiempo del capitalismo tardío ofrece la ilusión de una seguridad y confortabilidad cotidianas que vende la esperanza de poder librarse de tales límites, unificándose el goce al vender la promesa de lograr todos por igual los objetos que la sociedad de consumo ofrece, con goce masivo e ilimitado, e instalando la convicción de que todo es posible, desde cuestionar el paso del tiempo sobre el propio cuerpo con cirugías que devuelven años, hasta no necesitar del encuentro con el otro para lograr placer sexual en tanto la masturbación como encierro autoerótico encontraría su máxima expresión en el logro del orgasmo a través del sexo virtual, como subrayáramos al considerar las condiciones que el capitalismo ofrece hoy al sujeto.

La sociedad de consumo produce objetos y plantea la exigencia de consumir, siendo el goce la herramienta del discurso capitalista para suponer que se puede eludir la castración, con recuperación de goce no fálico y fuera del registro simbólico. Se inunda el mercado de objetos de consumo lo cual aumenta la desigualdad y el

80. Lacan, J. (1969): "Dos notas sobre el niño", en *Intervenciones y Textos 2*. Manantial, *op. cit.*, p. 56.

individualismo en tanto es falso que todos pueden llegar a obtenerlos, debilitándose el lazo social, favoreciéndose el conflicto con la ley penal o la mendicidad, uno y otro extremos producidos por la exclusión o la marginación social.

Como fenómeno derivado de la desigualdad socio-económica y de la fractura de la trama social y de los códigos de convivencia se produce un incremento de la delincuencia y, como consecuencia de ésta, con el aumento de la inseguridad social y de la violencia, se refuerzan los reclamos de la población de mayor protección o cuidado a un Estado cada vez más debilitado o ausente que no produce respuestas al respecto, reduplicándose la espiral violenta al transformarse víctimas en victimarios, en circuito imparable y desvastador.

El tiempo del capitalismo tardío en el cual vivimos, decíamos, es tiempo del Otro devaluado, de la declinación de los ideales y del debilitamiento de la metáfora del Nombre del Padre, quedando inhabilitado el deseo cuando la desmentida de la castración cuestiona los límites y arroja al sujeto al goce. El exceso de goce plantea cambios en la subjetividad y en el Otro, primando por momentos el desconcierto y por otros el terror ante la inconsistencia de aquel. Dicho exceso de goce se encuentra en relación directa con el incremento de las patologías del acto: drogadicción y alcoholismo, anorexia-bulimia, intentos de suicidio, transgresión adolescente a la ley penal... con características e intensidad diferenciales respecto de las presentadas en épocas pasadas, y con aumento de configuraciones clínicas, que en apariencia opuestas a aquellas, tienen también en la inhibición psicológica, la sobre-adaptación y la depresión manifestaciones incuestionables del accionar de la pulsión de muerte.

Aclaremos qué significa *goce* para el psicoanálisis en tanto estuvimos utilizando este término para referirnos a lo intrasubjetivo y a las condiciones de vida en tiempos del capitalismo tardío.

Goce

Lacan diferencia entre goce y placer, aludiendo a la distinción hegeliana *genuss* (goce) y *lust* (placer). El sujeto intenta en el goce

ir más allá del principio de placer, pero en ese transgredir no se logra más placer sino dolor y a ese "placer doloroso" Lacan lo denomina goce, como satisfacción paradójica que el sujeto obtiene de su síntoma.

Proponíamos pensar párrafos atrás que los modos de regulación del goce y la misma puesta en juego de lo pulsional no podrían ser pensadas por fuera de lo histórico-social. Y, por lo tanto, de lo que se trataría es de comprender los modos históricos, sociales y colectivos de producir lo que conocemos como subjetividad y ahondar en el modo de regulación que la actual modernidad propone.

Las patologías del acto plantean tantas dificultades para su tratamiento que por esta razón se las suele "diagnosticar" y abordar, con frecuencia, como si fueran psicosis. Tal liviandad diagnóstica provoca no pocos problemas ya que puede llevar a que se refuerce la problemática en los casos, que son mayoría, en los cuales la configuración clínica se acopla a una estructura neurótica al no estar adecuadamente tratados.

Desde una perspectiva psicoanalítica podríamos considerar a las patologías del acto como configuraciones clínicas que se acoplan o engarzan a cualquiera de las estructuras freudianas, no constituyendo por lo tanto estructura en sí mismas.

Serían expresión del fallido intento de hacer jugar la función paterna, como llamado al Otro, demandando por medio del acto no sólo su reconocimiento sino también su existencia misma. Si la función paterna se halla debilitada esto tendría relación directa con el reforzamiento del goce del Otro materno, o, como se suele llamar también de "lo materno arcaico". Toma nuevas fuerzas lo incestuoso. Según el psicoanálisis el sujeto se protege del goce del Otro con la Ley, sostenida por la función paterna, construyendo sobre esa grieta que se abre en la célula narcisista madre-hijo por acción de la metáfora paterna una red de protección tejida con palabras que impide la caída a un vacío de muerte y de silencio.

Pero no sólo el aumento de las actuaciones, como *acting out* o como pasaje al acto, puede observarse en la adolescencia como patologías actuales. En el otro punto del espectro de las problemáticas que pueden presentarse como consecuencia de vivir en el tiempo del capitalismo tardío, se encuentran la *inhibición psicológica*, la *sobreadaptación* y *estados depresivos* que en la adolescencia tienen fuerza

y características peculiares, como configuraciones clínicas resultantes de una tramitación diferente de la relación pulsión de vida-pulsión de muerte, en las que esta última se vuelve en contra de la propia persona, llevando al empobrecimiento, a la exigencia de cumplir o responder a las expectativas socio-culturales, o al desfallecimiento en la caída en la depresión.

Podríamos pensar en una relación entre: debilitamiento de la función paterna - empobrecimiento del orden simbólico y por lo tanto de la palabra - jerarquización del acto o en el polo opuesto las inhibiciones o la depresión; hablaría de transformaciones en el sujeto que deberían ser tenidas en cuenta por teoría y clínica psicoanalíticas, en tanto habría revitalización de lo incestuoso y refuerzo del goce materno que provoca emergencia de *angustia* que puede adquirir distinta dimensión según el sujeto y las situaciones de vida a las que éste se enfrenta.

Hasta este punto nos referimos al duelo en relación a las transformaciones en sus diversas dimensiones que se producen en la adolescencia. Pero no sólo dolor se presenta ante las pérdidas o ante los cambios. La aparición de un cuerpo real sexual, lo real en los vínculos con el Otro familiar y social, entre algunas manifestaciones posible de lo real, produce angustia. Tengamos en cuenta una formulación lacaniana: la angustia se presenta ante lo irreductible de lo real.

Pero entonces, ¿cuándo hay duelo y cuándo se produce angustia?

Freud propone respecto de las relaciones y las diferencias existentes entre uno y otra, entre duelo y angustia, que el dolor se produce en relación a lo que se pierde, ante la pérdida de un ser querido o aquello que haga sus veces, mientras que el desarrollo de angustia se presenta ante el no saber qué se ha perdido con la pérdida del objeto:

> "El dolor es, por tanto, la genuina reacción frente a la pérdida del objeto, la angustia lo es frente al peligro que esa pérdida conlleva, y en ulterior desplazamiento, al peligro de la pérdida misma del objeto."[81]

81. Freud, S. (1926): "Inhibición, síntoma y angustia". Apartado C: "Angustia, dolor y duelo". *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, p. 159.

Consideremos a continuación a qué nos referimos cuando hablamos de angustia desde el psicoanálisis, en apretada síntesis.

Angustia

Refiriéndose a la angustia Freud sostiene que ante ella se produce un estado de desamparo psíquico y motor ante el cual el sujeto no posee recursos para enfrentar aquello que lo afecta. Lacan remarcará a su vez que se trata de un afecto, que el sujeto se siente "afectado".

Diferencia Freud entre "angustia automática", que se desencadena ante una situación traumática, y la angustia como "señal", que se produce en el yo para alertar sobre la inminencia de una situación peligrosa. Plantea que ésta designaría:

> "...cierto estado como de expectativa frente al peligro y preparación para él, aunque se trate de un peligro desconocido..."[82]

Es en "Inhibición, síntoma y angustia", donde propone claramente su función como señal, en una línea que a partir del dualismo pulsión de vida-pulsión de muerte deriva en su conceptualización de la compulsión a la repetición.[83]

La angustia sería pues para Freud, tomando en cuenta sus más importantes aportes al tema, el recurso último ante un desborde pulsional, ante un cúmulo o caudal de estímulos que no puede ser soportado por un aparato psíquico débil o debilitado en su organización. La compulsión a repetir accionaría así para ligar la excitación por medio de la construcción de barreras protectoras. Desde la lectura que nos propone Lacan en su obra podríamos decir al respecto que en tales circunstancias no habría anudamiento equilibrado de los tres registros, RSI, en tanto el desamarre supondría la inacción de lo simbólico.

82. Freud, S. (1920): "Más allá del principio del placer". *Obras completas*. B. Nueva, p. 2510.
83. Freud, S. (1926): "Inhibición, síntoma y angustia". *Obras completas*. Amorrortu.

Volviendo al aporte freudiano, en otro espacio donde aborda el tema de la angustia, esto es en la Conferencia 32, "La angustia y la vida instintiva", Freud nos propone la idea de que lo que inspira el temor es la propia libido y que la angustia sería la reproducción de un antiguo suceso peligroso.

> "Es exacto que el niño sufre angustia ante una exigencia de su libido, en este caso ante el amor a su madre, tratándose, por tanto, realmente, de un caso de angustia neurótica. Pero este enamoramiento sólo le parece constituir un peligro ulterior, al que tiene que sustraerse con la renuncia a tal objeto porque provoca una situación de peligro exterior."[84]

El peligro que el niño teme suceda como consecuencia de su enamoramiento no sería otro que el castigo de la castración, miedo o temor que constituye uno de los motores más fuertes de la represión y, por consecuencia, de la producción de neurosis.

Sostiene Freud en la conferencia anteriormente citada:

> "...toda época del desarrollo lleva adscrita como adecuada a ella una condición de angustia, o sea, cierta situación peligrosa."

La situación peligrosa que desencadena angustia es diferente según el momento del "desarrollo" en el que se encuentre el sujeto, y se refiere:

- Al peligro de la inermidad o desprotección psíquica ante la inmadurez del yo.
- Al temor por la pérdida del amor o ante la falta del objeto del objeto de amor en los primeros años infantiles.
- A la reacción ante el peligro de la castración en la fase fálica.
- El miedo al superyó durante la latencia.

84. Freud, S. (1932b): Conferencia 32. "La angustia y la vida instintiva". B. Nueva.

Podríamos interrogarnos si es que habría en la adolescencia una particular condición de angustia, o bien si se trataría de condiciones convergentes de angustia, siendo posible pensar que se reactivarían los tres primeros peligros anteriormente enunciados cuando la transformaciones en la pubertad plantean sentimientos de ajenidad o extrañamiento ante el cambiante propio cuerpo y de indefensión o desprotección ante la pérdida de los padres protectores y omnipotentes de la infancia. Por su parte, el miedo al superyó adquiriría nuevas fuerzas en tramos finales de la adolescencia, llegando a expresarse como desarrollos de angustia.

Es posible encontrar muchos escritos y libros que hablan sobre la tarea de duelo en la adolescencia. Y esto es así, innegable. Si bien se descuida considerar que la angustia surge ante las transformaciones en el propio cuerpo que se presentan como lo real, o con la revitalización de la conflictiva edípica que trae por resultado el reencuentro con lo incestuoso que en la misma se presenta... Entonces, no sólo es duelo o dolor, también es angustia, decíamos.

Freud sostiene que el dolor es clara reacción frente a la pérdida del objeto, la separación del objeto es dolorosa, pero a ello se agrega la irrupción de la angustia al desconocerse qué peligros puede acarrear la pérdida misma del objeto amado. En su escrito sobre lo siniestro u ominoso plantea a la angustia enlazada con la transformación de algo familiar en extraño, y, por lo tanto en traumático o amenazador.[85] Siendo esto mismo lo que sucedería en la adolescencia cuando lo propio y familiar en sus diversas dimensiones se convierte en desconocido, inquietante y perturbador al extremo de lo siniestro.

El planteo de Freud de la angustia como señal es retomado luego por Lacan, quien considera que, en tanto remite a otro orden de cosas, habría referencia a "algo" que despierta el desarrollo de angustia, sólo que no habría objeto empírico en cuestión sino otro tipo de objeto. La angustia "no es sin objeto", sostiene entonces Lacan, y sugiere el lugar del objeto *a* como aquello ante lo cual irrumpe la angustia, objeto *a* como resto con el cual el psicoanálisis invita a trabajar, sin recurrir a la única supuesta salida desde la medicina de

85. Freud. S. (1919): "Lo ominoso". *Obras completas*. Amorrortu.

hacer desaparecer el afecto con medicamentos o bien buscando condicionarlo a través de reeducación emocional.

En "La tercera",[86] Lacan afirma:

> "La angustia es, precisamente, algo que se sitúa en nuestro cuerpo en otra parte, es el sentimiento que surge de esa sospecha que nos embarga de que nos reducimos a nuestro cuerpo."

Considera entonces Lacan que la angustia compromete al cuerpo y nos reduce al mismo, y, remarcamos, al conectarse el sujeto con algo que no es "significante", que escapa a las posibilidades de significación y que Lacan denomina "lo real".

Es conocida la afirmación de Lacan respecto de la angustia en cuanto a que es lo que no engaña, sosteniendo que el engaño sí se podría producir o estar presente en los "senti-mientos", con los que el sujeto puede mentir. Por lo contrario la angustia brinda certeza, no pudiendo el sujeto convertir la angustia en elemento deslizable, aprehensible en, y por, la cadena significante. Lacan la define como un "afecto" y la diferencia de los "sentimientos". Es en el Seminario 10 donde Lacan se ocupa especialmente del tema de la angustia[87] y la define como "bisagra" o engarce entre los dos pisos del grafo que estructuran la relación del sujeto con el significante, en cuanto a un interrogante nuclear respecto de "qué quiere el Otro de mí", "qué desea de mí", remarcando la especial importancia de la dimensión del deseo del Otro, e introduce la función de la angustia en un lugar clave, en suspenso, suspendida entre los dos pisos, articulando términos hasta el momento desperdigados: fantasma, deseo, i(a), moi, pudiéndose expresar sus formulaciones sobre la angustia en los siguientes términos:

- Es ante lo irreductible de lo real.
- La angustia es ante el deseo del Otro.

86. Lacan, J. (1972c): "La tercera", en *Intervenciones y Textos 2*. Ediciones Manantial. Buenos Aires, 2001.
87. Lacan, J. (1962): Seminario 10. "La angustia". Paidós. Buenos Aires, 2006.

- La angustia es ante la falta de la falta.
- No es sin objeto.

Todas ellas son consideraciones sobre la angustia no excluyentes y que Lacan desarrolla con detenimiento.

Ya nos referimos a la primera y a la última de dichas afirmaciones: la angustia ante lo irreductible de lo real y la que sostiene que no es sin objeto.

Pero Lacan también dice que la angustia es ante el deseo del Otro. ¿Cómo se entiende esto? Detengámonos en una y otra afirmación.

La angustia es un afecto, decía Lacan, acordando con Freud y, podríamos agregar, es algo que se siente, se sufre, se padece... y surge pues ante el deseo del Otro. Pero... ¿por qué es tan importante el deseo del Otro?

Al referirse a la angustia ante el deseo del Otro recurre Lacan a una escena: él enfrentado a una mantis religiosa gigantesca, con una máscara de la cual no sabe de su apariencia. Lo que caracteriza a este insecto es, por un lado, que la hembra devora al macho luego de la cópula, y además, que tiene sus ojos facetados, es decir que uno no se podría ver reflejado en ellos de manera completa, sino en forma fragmentada si procurara mirarse en ellos y saber cómo es visto por la gigantesca mantis. En este recurso utilizado, el autor citado se vale de la imagen de la mantis para representar a un Otro radicalmente diferente a un ser humano, para marcar la "otridad" sin dejar lugar a dudas, de una manera contundente, un Otro que no es cualquier otro.

La angustia surgiría al no saber el sujeto lo que es, lo que es uno, como objeto, para el deseo del Otro, en tanto no puede saber cuál es la imagen que tiene para ese Otro en cuyos ojos no se puede ver reflejado claramente, quedando a merced de la mantis gigantesca.

Qué desea el Otro de mí, *qué soy para él* y *qué quiere de mí*, surgen como interrogantes fundamentales del sujeto ante el Otro.

Ante el enigma, en el mejor de los casos, es el fantasma lo que se esboza como un intento de respuesta, siendo en ciertas circunstancias, como la representada en la fábula, que el fantasma vacila y el yo no puede reconocerse, surgiendo entonces la angustia ante la inermidad o la indefensión.

Pero hay otra definición, entre las formulaciones no excluyentes que se derivan del estudio del Seminario 10, con la cual Lacan advierte que la angustia no sería tan simplemente respuesta ante la castración, ante la falta, sino que es la falta de la falta lo que produce angustia en el sujeto.

Decíamos sobre la angustia "ante el deseo del Otro", a partir del ejemplo de la mantis que el sujeto no puede contemplarse en la mirada de aquel que lo mira y por lo tanto no puede saber cómo es visto, cómo es percibido. Un Otro deseante supone su falta, en otros términos, su castración, lo cual haría posible que algo pueda desear.

Pero cuando no es descubierto dicho deseo, cuando no hay pistas o rastros del deseo del Otro acerca de uno, lo siniestro o lo ominoso denotarían la falta de la falta, presencia opresora de lo que está allí en demasía nos dice Lacan en el Seminario 7, "La ética del psicoanálisis". Pensando en el niño: cuando al Otro materno no le falta nada, si tiene todo, no hay deseo alguno hacia su hijo y por lo tanto éste no tiene lugar, ante lo cual surge la angustia "ante la falta de la falta".

Veamos la lógica de la definición de Lacan en una viñeta de un material clínico. Con el colmamiento total de la demanda, cuando se supone haber llegado a tener todo, "no me queda nada por lograr" decía un sujeto en análisis, "lo tengo todo...", y surge la angustia, puesto que llegar a tener todo implica el desvanecimiento del deseo. "¿Qué más puedo pedir?", decía el paciente en cuestión. Algo así como: "¿Qué más queda, qué otra cosa queda, si ya planté un árbol, escribí un libro y tuve un hijo?", aludiendo a una frase muy común respecto de los logros posibles para un hombre. Allí, llegado el fin, deja de funcionar aquello que causa al sujeto en falta, cuando no falta más nada, cuando ya no hay nada por desear, el desgano habla de la muerte, de la nada, e irrumpe la angustia.

Preguntas posibles: ¿Qué hacer ante la angustia? ¿Cómo manejarse ante su irrupción?

En primera instancia es importante aclarar que la angustia no es exclusividad de ninguna franja etárea, no la sufre sólo el niño ni tampoco sólo el adolescente. Todo sujeto se enfrenta a la angustia en diversas situaciones de la vida. En el mejor de los casos, en lo esperable, a través del pensar y poder poner en palabras lo que lo angustia, el

sujeto podrá manejarse sin sentirse desbordado y sin necesitar suprimir o eludir lo que lo afecta.

En caso contrario, puede suceder que a través del acto, *acting out* o pasaje al acto, el sujeto intente eludir la angustia, quitar a esta su certeza. Tanto el *acting out* como el pasaje al acto son, según Lacan, las últimas barreras, el último recurso, contra la angustia.[88]

Veamos las consideraciones de Freud y de Lacan respecto del actuar o de la actuación, y del *acting out* y del pasaje al acto.

Acting out y pasaje al acto

Es en *Recordar, repetir y reelaborar*, refiriéndose al *acting out*, donde Freud plantea que hay ocasiones en que lo reprimido, en lugar de retornar en los recuerdos, o sea, a nivel del pensamiento, aparece en acto como transferencia-resistencia, constituyéndose en un obstáculo para la continuidad del trabajo psicoanalítico. Allí Freud define *agieren* como una "repetición", en contraposición con la capacidad de "recordar".[89] Se presenta como "empuje a repetir el pasado infantil en acto, sin recordarlo".

En un trabajo póstumo, "Esquema del Psicoanálisis", Freud plantea una ampliación de este concepto, cuando dice que *agieren* entendido como un acto de repetir, para aliviar, sin saberlo, asuntos del pasado, de la infancia, puede presentarse también fuera del tratamiento, fuera del encuadre y fuera de la transferencia. Es importante afirmar claramente que no toda conducta neurótica es un *acting out*. El rescate de la pureza del concepto tardó muchos años en llegar y sobre todo de perder esa característica equivocada, descalificatoria y peyorativa.

Es a través del acto en que se pueden expresar aspectos de la vida anímica, de fantasías o de emociones que el sujeto no puede poner en palabras. Muchas veces es la única forma de mostrar, en acto, lo que

88. Lacan, J. (1962): Seminario 10. "La angustia". Paidós. Buenos Aires, 2006.
89. Freud, S. (1914a): *Recordar, repetir y reelaborar*. Amorrortu. Buenos Aires, 1993.

no puede ser ni recordado, ni olvidado. En este sentido el *acting out* pasa a ser algo valioso en el proceso analítico. Se entiende al *acting out* como un acto realizado por el sujeto sin conocimiento de lo que lo motiva. No hay conciencia de la razón ni del propósito del acto realizado. En tal caso el drama del pasado infantil y el deseo que hay en él se imponen y el *acting out* habla por sí mismo, como repetición.

Lacan, por su parte, retomó, en distintos momentos de su enseñanza, el concepto de *acting out* para darle un nuevo estatuto. En el caso del paciente de Kris conocido como "el caso de los sesos frescos", Lacan lo toma como un claro ejemplo del valor correctivo del *acting out*,[90] como si fuera un mensaje en el que el paciente le estuviera advirtiendo a su analista "está errando usted el blanco".

El *acting out* es para Lacan una acción enmarcada en cierta escenificación, que lleva el sello de la repetición, que puede producirse fuera del espacio de la sesión pero dirigida al analista y que tiene como función mostrar y aislar un objeto. El *acting out* implicaría una vacilación fantasmática, una falla en la función de separación que el fantasma tendría que sostener entre el sujeto y el objeto, produciendo una confusión en la que el sujeto queda como absorbido por el objeto en su valor de goce.

Lo que despierta la angustia del sujeto y lo lleva al acto, a actuar, en cualquiera de sus dimensiones es la angustia que Freud llama traumática, y no la angustia señal que es sentida a nivel del yo, que emerge ante la vivencia de lo siniestro, que puede conducir a que el sujeto sienta que queda ubicado en la posición de objeto del deseo del Otro y, por lo tanto, exiliado de su subjetividad.

En el Seminario de los años 62 y 63, Lacan establece la distinción entre *acting out* y pasaje al acto. Si bien ambos son respuesta ante la angustia, en el primero el sujeto permanece en escena y su actuar es un mensaje simbólico dirigido al Otro, mientras que en el pasaje al acto hay salida de la red simbólica, una huida del Otro hacia la dimensión de lo real con disolución del lazo social. En el caso de la joven homosexual tratada por Freud el pasaje al acto se produce

90. Lacan, J. (1958): "La dirección de la cura y los principios de su poder". *Escritos I*. Siglo Veintiuno. México, 1971.

cuando, al enfrentarse con la mirada colérica o despreciativa del padre, la joven se arroja al foso de una línea tranviaria. Imposibilitado el recurso de la simbolización y presa de angustia incontrolable, reacciona de modo impulsivo identificándose con el objeto *a* como resto de significación. El sujeto se desengancha de la cadena significante (desabonado de su inconsciente), y en tanto el sujeto no se siente representado por significante alguno, queda en lugar de "desecho", se deja caer como puro objeto, se deja caer al *a*.

No todo acto termina en suicidio. En el *Hamlet* de Shakespeare, desde el momento de la escena del cementerio, Ofelia pasa a ser un cadáver –del latín *cadere*: caído, desecho, resto–, a diferencia de lo que sucede con Hamlet y Laertes, quienes quieren que los entierren junto con Ofelia, pero una cosa es "identificarse con" el objeto *a* y otra cosa es "ser" el objeto *a* tal como lo encarnaría Ofelia.

El *acting out* se produce cuando el sujeto supone que no hay escucha desde el Otro. Entonces dirige un mensaje a través de la acción para que el Otro lo "descifre". En el caso clínico estudiado por Freud, el de la joven homosexual, el mostrarse con la mujer que amaba por las calles de Viena era evidentemente un *acting out*, como mensaje al padre. Este es un ejemplo de *acting out* en el cual la transferencia se produce fuera del ámbito terapéutico, transferencia silvestre, mientras que en la dimensión de la transferencia analítica revelaría la dificultad en la escucha del analista. En el caso de un paciente de Kris, el acto de comer "sesos frescos", como *acting out*, es entendido por Lacan como mensaje al analista, para su desciframiento, expresando con la acción que no había logrado tocar el aspecto esencial del síntoma descrito en análisis.

El pasaje al acto, en cambio, sería más bien algo del orden del "no querer decir", el sujeto apostaría sin Otro, al decir de Lacan. Se ubica del lado de lo irreversible, de un sin retorno, y expresa clara victoria de la pulsión de muerte.

En cuanto a la afirmación de Lacan respecto de que el único acto totalmente logrado es el suicidio, es precisa y certera en tanto que el suicidio implicaría una ruptura total, una separación absoluta con el Otro, por lo cual no habría dudas de que en ese sentido supone definitiva salida de escena del sujeto.

Acting out y pasaje al acto en la adolescencia

Detengámonos en fragmentos del historial de una adolescente, conocido como "El caso Dora", donde se encuentran consideraciones de Freud sobre *acting out*, tal como posteriormente definiera, con ese término, la situación de abandono del tratamiento analítico en que la adolescente incurre.

Meses después de iniciado el tratamiento, el 31 de diciembre de ese año, Dora comienza su sesión comunicándole a su analista:

> "¿Sabe usted, doctor, que hoy es la última vez que vengo aquí?"[91]

Y así fue. El acto, el abandonar el análisis, se instala en el tratamiento mismo, en el contexto provisto por la transferencia, como *acting out* dirigido hacia la persona del analista, hacia Freud en este caso.

El trabajo de estudio sobre el material de esta paciente le permite a Freud llegar a ciertas conclusiones sobre la posición del padre ante el abandono del análisis por parte de Dora, así como también, a partir de elementos discursivos de esta última en el material transferencial, realizando un análisis de los procesos identificatorios de la paciente y estudiando el sentido del acto de deserción del tratamiento.

En primera instancia reflexiona acerca de que el padre habría intervenido en favor de la cura mientras supuso que él, Freud, trataría de "convencer" a Dora de que entre su padre y la señora K. existía sólo amistad, desinteresándose del tratamiento al ver que no había intención alguna de convencer a la joven de ello por parte del profesional.

Y en cuanto al abandono del tratamiento "de golpe" por parte de Dora, dice:

> "...constituía... un indudable acto de venganza, y satisfacía al propio tiempo la tendencia de la paciente a dañarse a sí misma."[92]

91. Freud, S. (1905b): *Análisis fragmentario de una histeria*. Ed. B. Nueva, p. 649.
92. Freud, S. (1905b): *Análisis fragmentario de una histeria*, *op. cit.*, p. 656.

Mientras que en otro espacio afirma:

> "La paciente *vivió* así de nuevo un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías en lugar de reproducirlo verbalmente en la cura",[93]

o "actuó", en lugar de "vivió", dice en la otra traducción del escrito freudiano, en un párrafo en el cual culmina una propuesta por la cual se entiende la *actuación* como el intento de transformar en activo, en la transferencia, lo sufrido pasivamente: el abandono que K. le infringiera, sosteniendo la existencia en la paciente de una identificación de Freud con el padre de Dora y con K. en la base misma del *acto*. Así pues, la actuación irrumpiría suspendiendo la elaboración formulable en palabras, siendo la repetición de Dora un intento de realizar deseos hostiles o agresivos, de tomar venganza por haber sido abandonada.

Agieren, llevar a la acción, refiere la tendencia de un sujeto en análisis a actuar movimientos pulsionales que la labor analítica pone en evidencia, viviendo así en el presente deseos y fantasías inconcientes. Por su parte, *erinnern* es recordar. Freud opone pues *agieren* a *erinnern*, actuar a recordar, ambos medios de retorno del pasado en el presente. El paciente actuaría en la transferencia, en lugar de recordar, hablar y pensar sobre sus deseos o mociones inaceptables.

Por cierto, Freud plantea que el actuar puede darse *más allá* de la dimensión transferencial propuesta por el análisis, sosteniendo en *Recuerdo, repetición y elaboración*:

> "...el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido sino que lo vive de nuevo. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo repite sin saber, naturalmente, que lo repite",[94]

y agrega luego:

93. Freud, S. (1905b): *Análisis fragmentario de una histeria*, *op. cit.*, p. 656.
94. Freud, S. (1914a): *Recuerdo, repetición y elaboración*. B. Nueva. 1967, p. 439.

> "No tardamos en advertir que la transferencia no es por sí misma más que una repetición, y la repetición, la transferencia del pretérito olvidado, pero no sólo sobre el médico, sino sobre todos los demás sectores de la situación presente."

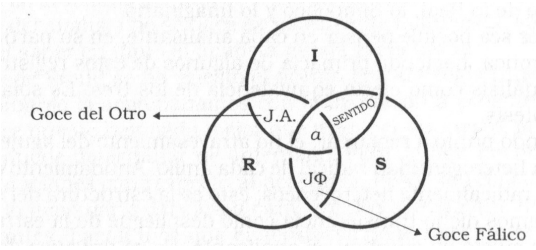
En términos de la conceptualización freudiana, es posible pensar a la *actuación* relacionada al esfuerzo desmentidor, a la renegación, en un *intento por mantener o preservar el autoerotismo por medio de la acción*. La desmentida supondría el reconocimiento y la desautorización, simultáneamente, de un juicio traumatizante que atenta contra el propio sentimiento de sí del sujeto, siendo defensa que acciona cuando la represión se muestra vulnerable.

De esta manera, surge con claridad el enlace que existiría entre los conceptos que abordamos en este espacio, actuación, en términos freudianos, acto, actuar en lugar de recordar, o bien *acting out* y pasaje al acto, al decir de Lacan, en su relación con la angustia.

Y es así como también lo propone el mismo Lacan, al acto como lindante con la angustia, siendo aquel un intento de tramitación de la misma mediante la acción. La angustia es: ante lo "irreductible de lo real", frente a aquello que se presenta como siempre igual, con el retorno de siempre lo mismo, ante la falta de la falta, dice Lacan en su Seminario 10, en fórmulas no excluyentes. Y el sujeto, ante la dificultad de vérselas con ella, enfrentado a la angustia, recurre al acto con el propósito de eludirla.

El sujeto, según considera Lacan, está triplemente determinado por lo real, lo simbólico y lo imaginario, y ninguno de los registros prevalece por sobre los otros, manteniendo en lo ideal una relación armónica entre sí, sin anularse, en equilibrio, "los tres se sostienen entre ellos realmente...",[95] plantea, mientras que en las intersecciones se ubica el matema lacaniano de los goces (fálico, del Otro y de sentido).

95. Lacan, J. (1974a): Seminario 22 "RSI". Publicación E.F.B.A, p. 22.



Aunque complejo para explicar en pocas palabras la especificidad de los registros RSI, podemos decir que lo imaginario alude a la experiencia del espejo, a la imagen, a la experiencia que desde lo visual otorga cierta respuesta al sujeto, mientras que lo simbólico supone el orden de la cultura, del lenguaje. Por su parte, lo "real" es lo imposible, aquello que escapa a las posibilidades de ser pensado, de ser puesto en palabras, que irrumpe de pronto y resiste a los esfuerzos del sujeto por tratar de asirlo o ponerle significación, no puede ser representado o simbolizado. Y ante lo real el sujeto puede responder en lo real o en lo imaginario.

Pero complejizando y enriqueciendo la propuesta, Lacan sostiene que cada cuerda tiene en sí lo real, o sea que, además del registro real, en cada uno de los registros lo real es el núcleo.

En el centro del nudo, en el lugar donde se superponen los tres registros se ubica el objeto *a*, que es sobre lo que el fantasma escribe desde lo real, desde lo simbólico y desde lo imaginario, y desde allí sirve de respuesta al interrogante acerca del deseo del Otro.

En la definición sobre adolescencia decíamos que implicaba un reposicionamiento en relación al objeto *a*, expresión con la cual Lacan designa al objeto que nunca puede alcanzarse, sería objeto "causa" del deseo y no aquello hacia lo que el deseo tiende. Pone en movimiento el deseo, por lo cual las pulsiones no intentan obtener el objeto *a* sino que giran en torno a él. Es el objeto de la angustia[96] y es definido por Lacan como "resto" o "remanente" del avance de lo simbólico sobre lo real, mientras que desde los cuatro discursos lo

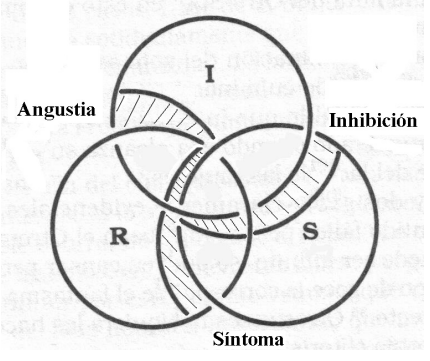
96. Lacan, J. (1962): Seminario 10. "La angustia". Paidós. Buenos Aires, 2006.

ubica como "excedente", como sentido y goce excedente. En el diccionario lacaniano de Evans leemos:

> "En el discurso del amo, un significante trata de representar a un sujeto para todos los otros significantes, pero siempre se produce, inevitablemente, un excedente; este excedente es el objeto *a*."[97]

Volviendo a la representación aplanada del nudo borromeo, Lacan ubica los tres términos freudianos: inhibición, síntoma y angustia, en el interjuego o movimiento de los registros.

La angustia, aquello que apremia o presiona al sujeto, es fruto del desborde o invasión de lo real sobre lo imaginario, con el empuje del goce del Otro. Así pues, el nudo se deformaría al avanzar lo real sobre el registro imaginario, en un movimiento que supone la presencia opresora de la angustia.



Sin mediación de la dimensión simbólica, a diferencia del síntoma que produce y supone el anudamiento de los tres registros, *R*, *S* e *I*, y que implica un avance de lo simbólico sobre lo real intentando dar cuenta de lo impensable, de aquello que no puede ponerse en

97. Evans, D.: *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Paidós. Buenos Aires, 1997, p. 141.

palabras, en el *acting out* y en el pasaje al acto, en cambio, puede haber fuerte movimiento en la estructura del nudo o producirse su desanudamiento en caso extremo de una psicosis.

Veíamos tramos atrás que Lacan sostenía que el único acto verdaderamente logrado, no fallido como los restantes, es el suicidio exitoso, en tanto consigue su finalidad. En el suicidio el sujeto rompe con la cadena significante, mientras que en los intentos por la vía del actuar, en el recurrir a un tóxico, en la violencia, en anorexia-bulimia, en transgresiones serias... habría desestabilización de la posición subjetiva, y, por tanto, podríamos decir: *en el acto, en sus expresiones, acting out y pasaje al acto, se pretende evitar o eludir la angustia, apelándose al Otro o sin Otro, respectivamente*.

En el *acting out*, en el campo de un análisis, es la exclusión, a nivel del lenguaje, de un elemento simbólico que retorna desde lo real como comportamiento inquietante, provocador, exigiendo algo, pero... ¿qué? Dice Lacan:

> "El *acting out* es un signo de que al paciente se le pide mucho".

Desde esta perspectiva Dora, frente a una equivocación de Freud, demanda la posibilidad de abrir un lugar respecto del deseo del Otro, exige una respuesta otra, y esto es esencial: el pedido de *otra* respuesta, una interpretación no habida, diciendo "sin decir", sin palabras sino por medio de la acción, abandonando el tratamiento, que el analista se ha salido de su lugar o que se ha equivocado. El aporte de Lacan en cuanto al quehacer analítico de Freud es que éste habría descuidado atender a la relación de Dora con la señora K., remarcando equivocadamente el lazo erótico-afectivo en la línea padre-señor K.

Pero ya el mismo Freud había considerado su error, cuando plantea el complejo de Edipo completo en el varón y en la mujer, y agrega una nota a pie de página al Epílogo del caso Dora veinte años más tarde:

> "Cuanto más tiempo me separa del término de este análisis, más me voy convenciendo de que mi error técnico consistió

> en la omisión siguiente: omití adivinar a tiempo, comunicándoselo a la sujeto que su impulso amoroso homosexual (ginecófilo) hacia la mujer de K. era la más poderosa de las corrientes inconscientes de su vida anímica."[98]

Lacan sugiere que la equivocación de Freud remite al supuesto de la complementariedad natural entre los sexos y se configura como resistencia, es decir *resistencia del analista*, que lo vuelve sordo al discurso del analizante, situación que facilita la instalación de transferencia negativa y del *acting out*, y que, persistiendo, provocaría la ruptura del vínculo analítico tal como sucede en el historial de Dora.

Así pues, se podría considerar al *acting out* como respuesta a la resistencia del analista en la dirección de la cura, siendo la *angustia del analista* la que lo lleva a intervenir sin escuchar, ante lo cual el analizante reacciona a su vez con angustia y rechazo, léase transferencia negativa.

Podríamos decir entonces que, en el *intento de eludir o sortear la angustia*, *el sujeto en acting out apela al Otro*, personificado por el analista, S.S.S. (Sujeto Supuesto Saber), o bien por una figura significativa para el sujeto; está dirigido a alguien a quien se le pide que lo contenga, en gráficos y claros términos kleinianos, es decir, se produce en transferencia, se ofrece a alguien a quien se dirige una demanda de atención, de cuidado, en suma, de amor. Mientras que *en el pasaje al acto el sujeto apuesta ante la indeterminación o la inconsistencia del Otro*, un otro no atravesado por la función paterna, *con la certeza de que no hay escucha para su padecer*. Y, así, sale o se borra de escena, en un pasaje al acto en el cual se pone en juego su posición subjetiva.

Todo sujeto organiza para sí una supuesta realidad ubicándola en un "marco" fantasmático, encuadrándola entre bordes que cierran, que la limitan, tal como es posible observar con claridad en el material del Hombre de los lobos. El pasaje al acto, implica un salirse del marco, denunciando que el fantasma no alcanza, apelándose a la

98. Freud, S. (1905b): *Análisis fragmentario de una histeria*, *op. cit.*, p. 656

"mirada" del Otro, introduciendo un "fuera de escena", siendo la mirada lo que sostiene una presencia sin palabras. En el pasaje al acto los registros *R*, *S* e *I* quedan con-fundidos, uno se mezcla con los otros, o bien se desarticulan, rompiéndose la relación o enlace que Lacan define para el nudo borromeo de tres.

En términos generales podríamos reiterar una afirmación realizada en un comienzo, y sostenida o aclarada luego en el desarrollo teórico: el *acting out* y el pasaje al acto son reacciones del sujeto frente la angustia, maniobras por medio de la acción ante la falta de una respuesta clara del Otro acerca de la pregunta del sujeto por el deseo de aquél. La diferencia entre ambos es que en el primero habría cierta mediación fantasmática, se produce en transferencia, y por lo tanto dirigido o dedicado el acto a Otro pidiéndose "contención", mientras que en el segundo se pone en juego el cuerpo cayendo o saliéndose el sujeto de la escena, con consiguiente destitución subjetiva, apostando sin Otro.

En cuanto al tema del *acting out* de Dora, tanto Freud como Lacan no se detienen a considerar un punto que para nosotros es importante: Dora es una adolescente aún, que se interroga acerca de qué es ser mujer, qué es ser mujer para un hombre pero también qué es ser mujer para otra mujer, fundamentalmente. Y desde esa perspectiva es posible ubicar las actuaciones, los actos, incluidos los supuestos intentos de suicidio, y las manifestaciones sintomáticas en el cuerpo, como derivaciones del esfuerzo por encontrar respuestas ante los enigmas que producen angustia.

En el *acting out* se expresa en acto la exigencia, el pedido, de una respuesta otra dirigido a los padres o al analista en el contexto que provee la transferencia. Dora no la encuentra en Freud, como tampoco en sus padres, y abandona "vengativamente" el tratamiento, en un *acting out*, que, como tal, está en la órbita de la provocación, presionando, exigiendo una interpretación no habida. Y Freud se queda sin poder proseguir con su trabajo y a la espera del regreso de la paciente o de una intervención por parte del padre de la misma exigiéndole o propiciando la reanudación del tratamiento, pensando veinte años después sobre las causas del corte abrupto y los errores cometidos que podrían haber provocado tal desenlace.

El *pasaje al acto* tiene otro estatuto. Por un lado, va dirigido a lo que se llama el gran Otro. Pero el gran Otro como imbarrable, a quien no le falta nada. Y por el otro lado, ese sujeto, el del pasaje al acto, se barra de una forma tan radical, dice Lacan en el Seminario 10, que se "hace" objeto. El pasaje al acto tiene esa característica que se vislumbra en todos los intentos por definirlo: es un exceso. En el pasaje al acto, el sujeto se pone en el lugar de la falta del Otro, en el lugar del objeto. En el pasaje al acto es condición la identificación al objeto que se le supone a ese Otro.

En el Seminario 10, "La angustia", Lacan toma el caso freudiano de la joven homosexual para referirse al pasaje al acto y diferenciarlo del *acting out* en el mismo caso, y también en lo referido al caso Dora. En el conocido caso de la joven homosexual, el pasearse ésta con la dama ante la mirada de los otros constituiría un *acting out*, es mostrar eso imposible de saber: la no-relación sexual, dice Lacan en el Seminario sobre la angustia. Diferente es el pasaje al acto, que se desencadena cuando la joven se encuentra frente a frente con su padre en la calle y ante la mirada del mismo, dura, despectiva, despreciativa, el desenlace es la acción de saltar la valla. Lacan dice que sería un intento de garantizar el deseo del padre. Es ante la mirada del padre que salta la valla. Hacerse objeto de esa mirada es el punto, se trata de eso. O sea que hay en ambos fenómenos una relación intima al objeto, al objeto perdido, donde se apoya la castración. Y ésta va a retornar sobre el sujeto especialmente en el pasaje al acto.

En el pasaje al acto el sujeto se barra al máximo. El sujeto radicaliza la barra, tanto que termina identificándose con el objeto. En la joven homosexual ante la mirada del padre que la ve pasear con la dama, queda barrada de tal modo, da el paso y a través de esta acción deja de "ser" al caer como sujeto. Esa es la característica del pasaje al acto: el dejarse caer al lugar del objeto.

El objeto *a*, dentro de las distintas acepciones que tiene –porque está el objeto del fantasma, el objeto de la pulsión, el objeto perdido– es también un objeto de amor y es objeto de duelo. Esto se juega en el pasaje al acto. Lacan en el Seminario 10 en relación al pasaje al acto dice que el sujeto se arroja al lugar de objeto que supone que al Otro le falta. Por eso se dice que en la psicosis, el sujeto psicótico

queda igualado al objeto, o sea, falta el punzón del fantasma, en tanto el sujeto es el objeto. En el pasaje al acto Lacan dice que hay un exceso que empuja a lo real, que es un saber que se rechaza reconocer como tal. Por ejemplo, en la joven homosexual, lo que se rechaza es saber sobre el goce del padre; cuando ella se siente engañada, traicionada por aquel. O sea que cuando eso se rechaza se actúa, se pasa a la acción, siempre en relación a un exceso. En el pasaje al acto hay un exceso que se trata de cortar, de poner un límite. Por eso es el empuje, la cuestión del suicidio o de los riesgos que se desestiman y pueden llegar a tener graves consecuencias para la integridad física o la vida del sujeto.

Podríamos decir que el *acting out* forma parte de las vicisitudes normales de la tarea de reposicionamiento subjetivo durante la adolescencia, en una imprescindible afirmación estructural del sujeto, cuando el cuestionamiento a la ley del padre puede llevar a transgresiones que se expresan en la dimensión del actuar, generalmente como *acting out*.

Ahora bien, algo sucede en el sujeto respecto de la pregunta acerca del deseo del Otro en el mejor de los casos, aspecto que Lacan estudia bajo el nombre de fantasma.

Veamos el concepto de *fantasma* a partir del planteo que enuncia Lacan en el seminario sobre la lógica del fantasma y que fuera iniciado en el seminario titulado "El objeto del psicoanálisis".[99]

Acerca del fantasma

Cuando nos referimos a "fantasma" en psicoanálisis aludimos a la respuesta que el sujeto construye como argumentación discursiva en cuanto a lo que supone que el Otro desea, específicamente en lo referido a "¿qué quiere de mí?", que toma forma de escena en la que se encuentra incluido el propio sujeto. Es pues respuesta al interrogante respecto del deseo del Otro, que se deduce o se construye en el campo

99. Lacan, J. (1966b): Seminario 13. "El objeto del psicoanálisis". Publicación E.F.B.A., sin fecha.

del Otro, no es otorgado, y es posible su conformación siempre y cuando el goce del Otro no aplaste al sujeto, en cuyo caso no se puede vislumbrar nada de deseo del Otro,[100] no queda lugar para el deseo. En este punto el goce se opondría y debilitaría al deseo, y el sujeto puede quedarse con la pregunta picando y sin respuesta para el armado o para el fortalecimiento del fantasma. Y la importancia de este trabajo de construcción o reconstrucción se deduce de la definición que Lacan enuncia respecto del fantasma al sostener que:

> "...es, para nosotros, el representante de toda representación posible del sujeto."[101]

Mientras que respecto de la importancia del deseo en relación al deseo del Otro, dice Lacan:

> "El deseo, ya lo he explicado, es falta",

y continúa planteando:

> "...esto tiene un sentido, que no hay objeto del que el deseo se satisfaga, aun si hay objetos que son causa del deseo."

Afirma Lacan:

> "No hay ocasión de que el deseo sea satisfecho, sólo se puede satisfacer la demanda; por eso es justo decir que el deseo es el deseo del Otro, su falla se produce en el lugar del Otro, en tanto que es al lugar del Otro que se dirige la demanda."

Ahora bien, si es de la demanda de la que surge el deseo, este último en lo inconsciente estaría estructurado como un lenguaje, cualidad compartida por el fantasma en tanto éste, para Lacan,

100. Lacan, J. (1967): Seminario 14. "La lógica del fantasma". Publicación EFBA, Buenos Aires, 2003.
101. Lacan, J.: Seminario 13. "El objeto del psicoanálisis", *op. cit.*

"al fin de cuentas, es una frase con una estructura gramatical."

Es algo del orden de un "rearmado" del fantasma que se debe producir en la adolescencia, en tanto ésta puede ser definida como encrucijada fundamental para el sujeto, contundente conmoción en la estructura que supone un barajar las cartas y dar de nuevo en ese segundo momento que marca la sexualidad en dos tiempos propuesta por Freud cuando aportara la idea de una segunda oleada en la pubertad, y que no pocas veces tiene dimensión de fuerte oleada o de maremoto.

En la adolescencia se tendría que producir, en lo esperable, la consolidación de la respuesta implícita en el fantasma, en un trabajoso fortalecimiento de la posición del sujeto que sólo es posible si éste puede construir un lugar simbólico propio, diferente al del niño que fuera, diferencial respecto del Otro familiar, todo lo cual hace que se pueda sentir validado, con derecho, para tener una respuesta a su pregunta respecto del deseo del Otro. La consolidación del fantasma tendrá que ver con la forma en que las vicisitudes de la relación sujeto-Otro refuercen o debiliten los puntos de articulación que la historia familiar otorga al trabajo de reposicionamiento subjetivo sobre la base que provee la estructura.

En este momento crucial, o segundo movimiento subjetivo, que se da en llamar adolescencia, el fantasma puede vacilar, ser insuficiente o desdibujarse, al punto tal de que el sujeto pueda llegar a no contar con él en una instancia crítica o de coyuntura como toda situación de crisis vital o ante siuaciones traumáticas. En tales circunstancias sí hay fantasma, está construido, no es que no exista, como puede pasar en el autismo, por ejemplo, en que el fracaso del fantasma es contundente o definitivo, pero su endeblez momentánea durante la adolescencia puede provocar movimientos en la vía del acto o ponerse en primer plano al cuerpo para responder ante la angustia a través de silenciosos gritos.

A partir de operaciones de expulsión de lo real es posible iniciar la construcción del marco discursivo o escritural del fantasma que sostiene al sujeto en situaciones de conmoción o de golpes en la vida. Freud dice que se enferma por palabras, pues no sería otra cosa que

aquello con lo que están construidos los recuerdos que descubre como "cuerpo extraño" en la histeria y a través de los cuales se intenta entrar en la clínica psicoanalítica, prioritariamente, en tanto son palabras hechas recuerdos, aunque a veces, a falta de ellas, el analista tendrá que ubicarse en posición de "co-laborar", en labor conjunta con el paciente, en el intento de ir redescubriéndolas en todo su valor.

Cuando irrumpe la angustia el sujeto apela al fantasma, y si éste no se halla consolidado, o se muestra débil, como puede suceder en la adolescencia, se puede responder por dos vías: en una, con un decir sin palabras en la actuación, o bien, en otra posibilidad, haciéndose cargo el cuerpo de la falta de argumento fantasmático.

Decíamos que el fantasma se construye, no es provisto u otorgado como un regalo sino que es producto de la pregunta acerca del deseo del Otro, siempre y cuando el goce de ese Otro no oprima al sujeto. Cuando el Goce del Otro (materno) es muy fuerte debilita la función paterna y se hace campo propicio para la presencia opresora de la angustia. Y esto es así porque si la castración es desmentida, y es débil o endeble el signficante del Nombre del Padre, el engarce entre los tres registros del nudo borromeo de tres también es frágil, y las relaciones entre sus componentes se desorganizan.

Replanteo de los términos del espejo en la adolescencia

En el año 1949 publica Lacan un escrito que lleva por título "El estadío del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", que retoma una línea de trabajo que inicia en "La agresividad en psicoanálisis", formando ambos una relación o una unidad complementaria: si el estadío del espejo nos coloca frente al papel constitutivo de la imagen en la función del yo, esta enajenación primera está indisolublemente unida con la agresividad que despierta el otro que es "yo" mismo, en la dialéctica excluyente del yo y el otro. Así es como explica Lacan el lugar de la agresividad que Aimée no pone en juego contra su hermana, quedando ubicada la agresividad como la tendencia correlativa de un modo de identificación denominada narcisista.

Así pues, en distintos momentos de la vida, porque la fase del espejo no es evolutiva, la representación de nosotros mismos requiere de la acción enajenante de la imagen especular y así sucede en la adolescencia. De allí la importancia de considerar la transversalidad que une al sujeto con Otro significativo en la dimensión del complejo fraterno tal como veremos en próximo espacio. Porque así como el Otro familiar fue fundamental en los primeros años de vida, luego el grupo de pares, la dimensión del complejo fraterno, equipara o reemplaza la importancia de aquel en los procesos identificatorios adolescentes.

En la adolescencia se produciría un replanteo de los términos intervinientes o involucrados en la dialéctica de identificaciones inaugurada por la fase del espejo, en tanto ésta instala una forma de relación con otro en dimensión imaginaria sostenida esta última por el orden simbólico al mismo tiempo que circunscribe lo real.

Y es en cuanto a las dificultades de reconocerse unido a partir de sensaciones propioceptivas, en relación a fantasías de fragmentación corporal que se disparan con las transformaciones en el orden del cuerpo, que adquiere nueva dimensión la lógica de la fase del espejo en la adolescencia.

Decimos fase y no estadío pues el mismo Lacan se ocupa en hacer la distinción, eludiéndose de esta forma todo intento de ubicación genética o evolutiva de una experiencia fundante de la constitución subjetiva que se replantea en tiempos de la adolescencia con los cambios corporales que se presentan, teniendo el sujeto que asumir nueva imagen: la de su conformación como adolescente y no ya niño, desde una imagen fragmentada del cuerpo "hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad".[102]

Hay un acto psíquico que instala el narcisismo, la identificación, sugiere Freud,[103] que deja atrás el autoerotismo con la unificación de

102. Lacan, J. (1949a): "El estadío del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". *Escritos I*. Siglo Veintiuno. México, 1978.
103. Freud, S. (1921a): *Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu. Buenos Aires, 1999.

las pulsiones parciales, que por cierto nunca es completa, y la constitución de un yo como anhelo de unidad. Es esta identificación que Lacan ubica en la fase del espejo como identificación imaginaria, esbozándose el yo sobre la base de una identificación con la imagen del semejante, siendo el yo, desde sus orígenes, otro.

Lacan ubica como yo ideal, i(a), a esa imagen, "amable", que se le ofrece al yo para que se identifique con ella, identificación imaginaria que es regulada y sostenida por el ideal del yo, I(A), y a partir de la imagen pregnante del semejante, del otro, se constituye el yo, i(a). Lacan subraya el sostén simbólico a la operación que regula las relaciones imaginarias en la construcción de la realidad y define cuál es dicho soporte: el ideal del yo. Sostiene en cuanto a la estructuración imaginaria:[104]

> "...esta posición sólo puede concebirse en la medida en que haya un guía que esté más allá de lo imaginario, a nivel del plano simbólico, del intercambio legal, que sólo puede encarnarse a través del intercambio verbal entre los seres humanos. Ese guía que dirige al sujeto es el ideal del yo."

En el Seminario 10, respecto de la experiencia ante el espejo, marca o subraya cómo el niño vuelve su mirada hacia el adulto (el Otro) que lo sostiene, para solicitar, "en cierto modo", su asentimiento en cuanto a su reconocerse en el espejo:

> "...movimiento de mutación de la cabeza que gira y vuelve a la imagen que parece demandarle que ratifique el valor de ésta."[105]

Desde un lugar tercero se ratifica al niño que esa imagen del espejo le corresponde, se le asegura que ese del espejo es él, y dicha garantía proviene desde el lugar del ideal del yo, desde el lugar del Otro.

104. Lacan, J. (1953b): Seminario 1. "Los escritos técnicos de Freud". Paidós. Buenos Aires, 1985.
105. Lacan, J. (1962): Seminario 10. "La angustia". Paidós. Buenos Aires, 2006.

Ante la angustia que invade al adolescente en el trabajo de reposicionamiento subjetivo es importante que cuente con el "otro", como Freud lo sugiere, como forma de fortalecerse ante ciertos "ataques" sentidos como expresión acrecentada de las emociones, y agrega: "pero la más de las veces con aquel otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya". Es importante con quiénes cuenta cada adolescente ante el desorden que la conmoción estructural impone, en la trama de la estructura familiar en el terreno de lo edípico o en la órbita del complejo fraterno.

La identificación formadora del yo es identificación narcisista, uno "es" esa imagen, y si luego otro ocupa el lugar de esa imagen, un semejante, ello implicará una tensión eroto-agresiva en tanto el narcisismo implica la existencia de un solo lugar, un único lugar, el lugar de falo imaginario. Se experimenta tensión entre la imagen que se presenta en el espejo y su insuficiencia, o sensación de cuerpo fragmentado. En tanto uno no tiene la certeza de poder coincidir totalmente con su propia imagen, y es por eso que el yo necesita siempre reconocimiento que le asegure la permanencia de su imagen. Sostiene Lacan:

> "Es en todas las fases genéticas del individuo, en todos los grados de cumplimiento humano en la persona donde volvemos a encontrar ese momento narcisista en el sujeto, en un antes en el que debe asumir una frustración libidinal y un después en el que se trasciende en una sublimación normativa."[106]

Y esta afirmación permite comprender con mayor claridad la relación existente entre identificaciones y agresividad, o rivalidad, que consideráramos párrafos atrás, implicada en la pubertad como uno de los momentos claves de la realización sexual, en una dialéctica que se desarrolla durante un tiempo de la vida de profunda metamorfosis

106. Lacan, J. (1948): "La agresividad en psicoanálisis". *Escritos II*. Siglo Veintiuno. México, 1975.

libidinal en el que la lógica de la fase del espejo marca un antes y un después en la constitución de un saber que se tiene un cuerpo, una imago unificada, no ya del niño que fuera sino de adolescente.

Complejo de Edipo y complejo fraterno en la adolescencia

Laplanche y Pontalis definen el término "complejo", en general, como:

> "conjunto organizado de representaciones y de recuerdos dotados de intenso valor afectivo, parcial o totalmente inconscientes."

En cuanto al conocido concepto de complejo de Edipo, recordemos que se refiere al conjunto de investiduras amorosas y hostiles del niño sobre sus padres, que con posterioridad son reemplazadas por identificaciones. Al respecto, en carta a Fliess, reconoce Freud haber encontrado en sus recuerdos sentimientos de amor hacia su madre y de celos hacia su padre, comunes a todos los niños pequeños, y sostiene en otro espacio:

> "Todo individuo ha reconocido esa fase pero la ha reprimido."[107]

Para considerar en profundidad el complejo de Edipo freudiano remito a un escrito de Marta Piccini Vega sobre el tema,[108] en un espacio dedicado a dicho concepto en su relación con el desasimiento de la autoridad de los padres en la adolescencia.

107. Freud, S. (1925): "Las resistencias contra el psicoanálisis". *Obras completas*. Amorrortu.
108. Vega, P. M. (2007): "El Complejo de Edipo y el desasimiento de la autoridad de los padres", en *Escritos psicoanalíticos sobre Adolescencia*. Eudeba. Buenos Aires, 2007.

Freud además de estudiar y profundizar la línea del complejo de Edipo propone la existencia de un "complejo fraterno",[109] y sostiene en cuanto a este concepto que los celos continuarían impulsos tempranos de la afectividad infantil y procederían del complejo de Edipo o del complejo fraterno. Afectos tiernos y hostiles emanados del Edipo pueden orientarse hacia un rival: "casi siempre un hermano mayor del individuo", conduciendo a actitudes intensamente hostiles y agresivas hacia el mismo pero que en la generalidad de los casos sucumbieron a la represión.[110] Freud admitió, sobre todo al final de su obra, la importancia del complejo fraterno, aunque no lo estudiara de modo sistemático, como sí lo hiciera con el complejo de Edipo. Así pues, en *Algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*, texto al cual hacíamos referencia, Freud emplea el término "complejo fraterno" y lo diferencia del complejo de Edipo. En el escrito en homenaje a Ferenczi, en su 50º cumpleaños, Freud comenta que era "hijo intermedio entre una numerosa serie de hermanos", agregando que tuvo que luchar con un fuerte "complejo fraterno".[111]

Derivado y luego articulado con el complejo de Edipo, *se denominaría complejo fraterno al conjunto de afectos tiernos y hostiles dirigidos hacia hermanos y luego pares ubicados ambos en el lugar de Otro significativo*.

Lacan propone como esencial en la problemática edípica la "metáfora paterna". Llama significante del Nombre del Padre a la función simbólica paterna, que desplaza el Deseo de la madre y produce una operación que define un significado que es el falo, y plantea que esto es tanto para la mujer como para el varón, en tanto su función es establecer la castración simbólica.

El vínculo con Otro significativo en la dimensión del complejo fraterno es de esencial importancia para la consolidación de la

109. Freud, S. (1921b): *Algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*. Ed. B. Nueva, p. 2611.
110. Freud, S. (1921b): *Algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*, *op. cit.*, p. 2617.
111. Freud, S. (1923c): *Doctor Sándor Ferenczi (en su 50º cumpleaños)*. Amorrortu. Buenos Aires, 1986, p. 288.

posición subjetiva en la adolescencia, al sostener nuevos procesos identificatorios, y coadyuva con el complejo de Edipo en la consolidación de la legalidad o del superyó.

Lacan equipara el complejo fraterno con el complejo del "intruso" y sostiene que el hermano puede llegar a representar a aquel otro rival y ominoso que podría llegar a satisfacer el deseo de la madre. Según Lacan, el papel traumático del hermano, "en el sentido neutro", está constituido por su intrusión, considerando que el hermano da lugar al "modelo arcaico del yo". Sostiene:

> "...tanto el objeto como el yo se realizan a través del semejante, cuanto más pueda asimilar de su compañero más reafirma el sujeto su personalidad y su objetividad..."[112]

En cuanto al complejo fraterno, éste es ubicado como nudo dramático en el caso Aimée, definiendo Lacan como fundamental el lugar de la hermana, cuya intrusión en la vida de la paciente no despierta en ella la indignación o la ira esperables, sino que queda ubicada como ideal del yo que, desplazándose a través de la serie de figuras sustitutivas: amigas, escritores, etc., y personificándose luego en una actriz como objeto persecutorio al que ataca y es víctima de un atentado. Finalmente, con el ataque a esta parte de sí misma en el perseguidor construido, se produce la disolución del delirio, y pagando su deuda, Aimée concede al superyó la cuota necesaria de sufrimiento que éste exige, lo cual le permite estabilizar su existencia.

Privilegiando el complejo fraterno, desplazando al complejo de Edipo del lugar central, al no incluir al padre en el conflicto central, Lacan llega a la conceptualización del registro de lo imaginario y propone la fase del espejo como trama de la constitución subjetiva en su función trascendental.

En cuanto a la imagen corporal, temática que nos ocupa en tanto trabajo psíquico peculiar en la adolescencia, dice Lacan que la

112. Lacan, J. (1938): *La familia*. Argonauta. Biblioteca de Psicoanálisis. Buenos Aires, 1982.

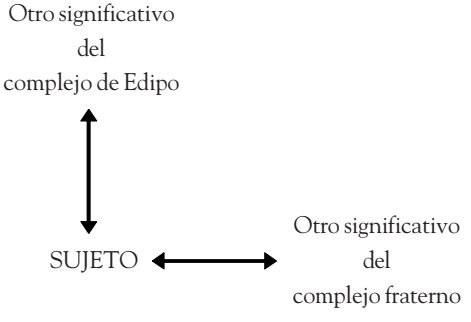
imago del otro, en la órbita del complejo fraterno, está ligada a la estructura del propio cuerpo,

> "...y más precisamente a sus funciones de relación por una cierta semejanza objetiva."[113]

Amor e identificación son los movimientos afectivos que caracterizan los vínculos fraternos, en conjunción con la rivalidad como expresión de la agresividad característica de todo vínculo humano.

Podemos considerar entonces que en el complejo fraterno no sólo se juegan celos, odio y rivalidad, o intrusión, sino que aquellos a quienes el sujeto ubica en el lugar de un Otro significativo, hermano o amigo, se constituyen como figuras de identificación y son medida de pretensiones y anhelos en cuanto a lo que el adolescente y joven "es" y lo que puede llegar a "ser", sosteniendo su autovaloración y en consecuencia su identidad.

Es importante remarcar la existencia de una doble linealidad identificatoria que interjuega en la adolescencia y en la juventud, con sus diferencias, en tanto que en esta última aquellos que ocuparan lugar en el complejo fraterno, cambian de matices, permanecen o desaparecen, algunos quedan en el lugar de amigos o compañeros y otros pueden llegar a constituirse en partenaire o pareja con quien construir proyectos de vida y/o familia con convivencia estable o duradera.



113. Lacan, J. (1938): *La familia*, *op. cit.*

Podemos pensar en una doble transversalidad en la consolidación del sentimiento de sí, o de la identidad, del sujeto, marcada por la línea vertical definida por la conflictiva edípica y el Otro parental, y la horizontal constituida por el vínculo con Otros significativos que están ubicados en la dimensión del complejo fraterno.

Kancyper sostiene que el complejo fraterno tiene cuatro funciones:[114]

Función sustitutiva: consistiría en reemplazar y compensar funciones parentales fallidas. A ello hace referencia Freud,[115] al analizar un caso clínico en el cual una niña puede encontrar en el hermano mayor un sustituto del padre, quien ya no se ocupa de ella como cuando era una bebita, o cuando esa misma niña toma a un hermanito menor como sustituto del bebé que deseara recibir del padre.

Función defensiva: se cumple cuando el complejo fraterno encubre situaciones conflictivas edípicas y/o narcisistas no resueltas. Se desplazan defensivamente sobre los hermanos afectos hostiles dirigidos originariamente hacia los padres.

Función elaborativa: actúa ayudando en la elaboración del complejo de Edipo y del narcisismo. El complejo fraterno participaría en la tramitación y el desasimiento del poder vertical detentado por las figuras edípicas y en el reconocimiento de los límites a la ilusión de la propia omnipotencia narcisística.

Función estructurante: influye sobre la génesis y el mantenimiento de los procesos identificatorios en el yo y en los grupos, en la constitución del superyó e ideal del yo, y en la elección del objeto de amor.

Esta última función, la estructurante, es de especial importancia para considerar el trabajo psíquico peculiar de la *juventud*, que consideraremos en otro capítulo. Así como en la adolescencia se enfrentaba la elaboración de la pérdida del cuerpo infantil, de los padres de la infancia y de la omnipotencia narcisística de la niñez, en la juventud es fundamental el trabajo psíquico de consolidarse en una nueva

114. Kancyper, L.: *El complejo fraterno*. Buenos Aires. Grupo Editorial Lumen. Buenos Aires, 2004.
115. Freud, S. (1916b): Conferencia Nº 21 "Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales". Amorrortu. Buenos Aires, 1994.

posición fuera del ámbito de lo endogámico, con la inserción en espacios de trabajo en desempeño de actividades u oficios varios, cuando no se continúa con la escolaridad, o con la elección de carreras de formación superior para capacitarse como profesional, según el medio socio-económico al cual el sujeto pertenezca y de acuerdo con la capacidad y/o posibilidades de cada quien.

Parte 3
Juventud

Concepto articulador psicoanálisis-perspectiva sociológica

En espacio anterior abordamos la complejidad del fenómeno adolescente considerándolo "semblante" o expresión sintomática que se despliega ante el trabajo que exige enfrentar lo real con las transformaciones en el orden del cuerpo y con otras manifestaciones de lo real, y definíamos a la adolescencia como reposicionamiento del sujeto en relación a la estructura opositiva falo-castración. Transcurrido el tiempo de elaboración de los conmocionantes cambios corporales, de la irrupción del erotismo genital y en cuanto a la relación con los otros significativos en la órbita del complejo de Edipo en su relación con nuevos procesos identificatorios en el terreno de la conflictiva fraterna, nuevos trabajos psíquicos se presentan para el sujeto.

Considero que es adecuada y podemos adoptar la denominación "juventud" para referirnos al *tiempo lógico que se extiende desde el momento en el cual el sujeto se desprende de lo endogámico, que lo familiar le provee como espacio protector, y se enfrenta a las exigencias de un mundo complejo, sin la seguridad que provee la incondicionalidad, en lo esperable o en términos de normalidad, del ámbito de la familia.*

Así como empleamos las expresiones síntoma o semblante de la pubertad para referirnos a la adolescencia, es posible afirmar entonces que *juventud* podría ser considerada *expresión del trabajo psíquico supuesto en la salida exogámica de un sujeto que se inserta en la dinámica de las relaciones sociales y económicas que caracterizan al momento histórico-socio-cultural en el cual se encuentra viviendo, con el "hallazgo del objeto", partenaire o compañero sexual, y la construcción de proyectos: en lo laboral o en lo profesional y en el referido a la posibilidad de la propia maternidad o paternidad*.

En los últimos estudios sociológicos se trata de superar la consideración de "juventud" como mera cuestión cronológica o categorización etárea o por edad, incorporándose en los análisis las diferenciaciones sociales y culturales. Así pues, sostiene Margulis:

> "...la condición histórico-cultural de juventud no se ofrece de igual forma para todos los integrantes de la categoría estadística joven."[1]

A la base material vinculada por la edad, Margulis la llama "facticidad", refiriéndose con esta expresión a un:

> "modo particular de estar en el mundo, de encontrarse arrojado en su temporalidad, de experimentar distancias y duraciones."[2]

Este autor rescata el concepto de "moratoria vital", complementario al de "moratoria social", refiriéndose a la juventud como el período de la vida en la que se está en posesión de un excedente temporal, de un crédito o de un plus, como algo que se tiene sobrante y de lo cual se puede disponer como "capital temporal".

Margulis plantea que juventud no es sólo un signo ni se reduce a "atributos juveniles" de una clase, sino que presenta diferentes

1. Margulis, M. (comp.): *La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1994.
2. Margulis, M.: *La juventud es más que una palabra*. Biblos. Buenos Aires, 2000.

modalidades según la incidencia de una serie de variables como lo son: edad, generación, clase social o género.

Ser joven posee hoy un alto valor social, tiene un valor positivo, tanto o más como en otros momentos lo tuviera la experiencia de la adultez o la sabiduría de la vejez.

Por su parte Freud en ocasiones utiliza la expresión "joven" para referirse a sensaciones o estados de ánimo:

> "Todavía diez años atrás pudo uno tener momentos en los que repentinamente volvió a sentirse joven..."[3]

En otra oportunidad lo hace refiriéndose a la apariencia personal o física, como cuando al cruzarse por la calle con un profesor de la escuela secundaria, asombrado, piensa:

> "¡Pero cuán joven se le ve, y tú que has envejecido tanto!"[4]

Entonces, si bien Freud en alguna oportunidad utilizara la expresión "joven" en referencia a la apariencia y a un estado de ánimo particular, reserva la expresión *juventud* para referirse a una "fase evolutiva"[5] en la cual el sujeto enfrenta la aventura de ir desprendiéndose del ámbito intermedio entre lo endogámico y lo exogámico, como lo es el colegio secundario, en procura de definir un camino propio para el futuro.

Podríamos considerar a la juventud, y definir de tal manera su especificidad, como el momento lógico en el cual el sujeto se encuentra en condiciones de abandonar el espacio endogámico familiar, y su prolongación en instituciones que son extensiones del mismo, reconociendo, definiendo y haciéndose cargo de su propio deseo, identificándose con proyectos propios que tienen un grado de realización o concreción diferente al de aquellos del tiempo de la

3. Freud, S. (1914b): "Sobre la psicología del colegial". *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1994, p. 247.
4. Freud, S. (1914b): "Sobre la psicología del colegial", *op. cit.*, p. 247.
5. Freud, S. (1914b): "Sobre la psicología del colegial", *op. cit.*, p. 250.

niñez o de la adolescencia marcados por la ilusión de omnipotencia narcisística.

El joven debe enfrentar la preparación y construcción de un proyecto de vida propio, sea éste referido a la inserción laboral, que puede darse tempranamente o más tarde según el grupo socioeconómico al que pertenezca, o a la elección de estudios terciarios o universitarios una vez concluido el nivel secundario de escolaridad.

En un tiempo de definiciones respecto de inserción laboral o profesional, entre las de mayor importancia, el joven abre las puertas y se interna hoy en un mundo complejo, en nuestra sociedad de consumo, de cuyos productos disfrutó o hizo uso durante la niñez y primeros tramos de su adolescencia sin las exigencias que luego tendrá que afrontar. Al adentrarse en las condiciones de vida que presenta la sociedad en la que vive, se plantea para el joven un conflicto entre exigencias en relación al futuro por parte de las generaciones que le preceden y la pretensión adolescente de vivir plenamente el presente, de lo cual derivará una salida propia en cada quien.

Plantea Eva Giberti al respecto:[6]

> "La sociedad que instituyó la juridicidad de las genealogías habla al joven en el código de obediencia a los padres y de respeto a sus indicaciones."

Y agrega que los enfrentamientos generacionales estarían asociados con la persistencia de pautas acordadas por generaciones anteriores en las que los jóvenes de hoy no habrían tenido ingerencia y por lo tanto es cuestionado por éstos en tanto el origen del pacto es la verticalidad de la Ley Mosaica.

Giberti propone hablar de "contrato" en lugar de pacto. Y afirma:

> "...el contrato está regido por la reciprocidad y la equivalencia entre ambos términos, reconociendo las diferencias

6. Giberti, E.: "Pacto y contrato", en *Causa Joven*, Revista del Centro de Investigación y Estudio sobre Juventud, año 2000.

> que los caracterizan, pero no exclusivamente por la verticalidad ceñida a la dinámica generacional cuyo discurso afirma: los jóvenes deben obedecer a los mayores. Esta es la pretensión irrestricta que propicia el pacto entre dos personas en relación asimétrica, designada como tal por el polo hegemónico".

Los jóvenes tienen ideas, proyectos, propuestas, lo cual implica que pretenden hacerse escuchar y no sólo obedecer a los "mandatos" por principio de autoridad, y esto implica un trabajo psíquico a enfrentar. En tanto el sujeto se encuentra atravesado por lo histórico-socio-cultural que lo determina a través de procesos identificatorios que se inician en el vínculo con el Otro familiar, la compleja tarea que supone construir y asumir un proyecto propio plantea doble trabajo: desasirse del deseo del otro que manifiesta o veladamente se desliza en decires respecto de qué sería lo mejor o lo más aconsejable para él y enfrentar una realidad del mercado o sistema productivo con escasas o mezquinas posibilidades para la juventud y para un cada vez mayor número de desempleados o despedidos.

Sostiene Silvia Bleichmar:

> "El aceleramiento en la pubertad de tareas vinculadas a la adolescencia, y en la adolescencia de propuestas que deberían ser patrimonio de los jóvenes, no es sino el efecto de la angustia que rige al conjunto, del temor a que los goces no alcanzados en el presente ya no tengan lugar en el futuro, y sería de un moralismo vaciado de contenido histórico acusar a nuestra sociedad de dejarse ganar por la falta de valores y el vacío con el cual algunos teóricos del primer mundo cualifican los fenómenos que observan, porque aquello que los determina en uno y otro caso responde a causas diversas y se rige por motivaciones de otro orden."[7]

7. Bleichmar, S.: "La identificación en la adolescencia. Tiempos difíciles". Publicado en Revista *Encrucijadas* de la Universidad de Buenos Aires, Año 2, Nº 15, enero 2002.

Por otro lado, es importante incluir en esta lectura la complejidad considerada inicialmente respecto de las condiciones de vida de la sociedad de consumo o del actual capitalismo que impone sus condiciones de vida. Lacan alude a esta compleja realidad cuando se refiere a lo que denomina "discurso del capitalismo"[8] como característico de una civilización como la nuestra que genera sus propios excluidos, siendo la segregación y el racismo expresiones de una violencia que acompaña a la libertad y al bienestar prometidos. Un capitalismo salvaje que impone el mandato incoercible de consumir porque "todos pueden", porque el goce supuestamente es para todos, produce de hecho sus propios excluidos, exige marginación y desocupación, siendo los jóvenes la franja etárea más vulnerable a la violencia que ello supone.

Volveremos sobre el tema después de detenernos en la consideración de la tarea propia de los jóvenes respecto de la elección de un camino propio a seguir, en cuanto a la construcción de un proyecto, en el escenario de la sociedad de consumo en que les toca vivir.

Cuando el trabajo de duelo que caracteriza al inicio de la adolescencia comienza a entrar en su fase final, o de elaboración propiamente dicha, se presenta otro duelo en puerta que reactiva el duelo por los padres infantiles que, recordémoslo, había conducido a un proceso de desasimiento en dos terrenos:

- Desasimiento de la autoridad y del ideal paterno.
- Desasimiento de los vínculos objetales de amor y de odio de la trama edípica.

La caída de la autoridad de los padres, decíamos, supone un duelo, y su elaboración se desarrolla con inicial reconocimiento-desautorización del juicio que decreta la pérdida, con posterior sobreinvestidura de recuerdos y nostalgia, y luego el momento de desasimiento propiamente dicho, lento y puntual en tanto la constitución del objeto fue producto de sucesivas inscripciones o puntos de enlace del sujeto con aquél. Implica dolor pues se debe renunciar

8. Lacan, J. (1977): *Radiofonía y Televisión*. Anagrama. Barcelona, 1977.

a una ilusión y afrontar el desamparo ante la desaparición, como "ideales", de aquellos que con su valer y su autoridad garantizaran la ilusión de la propia omnipotencia narcisista.

En un comienzo el niño coloca a su padre en el lugar desde el cual provienen sus propios pensamientos, como referente permanente, como garante de su ser. Luego, en la adolescencia, con la caída del padre del lugar omnipotente, una idea, una institución o un líder determinado, como subrogado paterno, en conjunción con la identidad sostenida por el grupo de pares, servirán de respaldo para la construcción de valores e ideales propios y toma de decisiones.

Freud da el nombre de "ambivalencia afectiva"[9] a la coexistencia de mociones cariñosas y hostiles hacia el padre, primero amado y admirado y luego reconocido como molesto perturbador de la propia vida pulsional, complejo que luego se desplaza hacia sustitutos o subrogados paternos, los profesores, a quienes el joven transfiere el respeto y la veneración sentidos "ante el omnisapiente padre de nuestros años infantiles", pero al mismo tiempo lucha contra ellos como lo había hecho contra aquel. Y también se presentará en la órbita del complejo fraterno hacia pares o figuras significativas en procesos identificatorios que se producen en la adolescencia y en la juventud. Complementariamente al trabajo de desprendimiento de lo familiar, la posibilidad de investir con libido narcisista a pares, o proceso identificatorio con un semejante, le permite desmentir diferencias a través de estados afectivos con un objeto que es amado porque tiene lo que a uno le falta o que desearía tener, como doble especular complementario, mientras que, como doble especular opuesto u hostil, otro es ubicado en el lugar de lo insignificante o despreciable, haciéndose depositario de lo expulsado de sí, lo cual permite al adolescente criticar o menospreciar lo que rechaza de sí mismo.

En espacio anterior nos referimos a la transversalidad marcada por el complejo fraterno, en una línea que coexiste y reemplaza en su importancia a la marcada por el complejo de Edipo como estructura inicial de construcción de identidad. Es esta labor, la de una relación

9. Freud, S. (1914b): "Sobre la psicología del colegial", *op. cit.*

dialéctica entre procesos identificatorios y esfuerzo de discriminación con otros significativos del complejo fraterno y la dinámica implícita en el eje del complejo de Edipo, lo que caracterizaría al trabajo de desasimiento de autoridad e ideal paternos en el tiempo de la juventud y las identificaciones con pares y figuras significativas exteriores al ámbito familiar. Aclaremos que los procesos identificatorios que unieron al sujeto con los padres de la infancia y de la adolescencia no desaparecen sino que forman parte constitutiva del carácter, tal como veremos en próximo espacio.

Ya en la juventud, la construcción de un lugar propio como sujeto, *ser*, ya no sólo como sinónimo de "hijo", tiene relación directa con la posibilidad de "pensar", como síntesis de lo personal y lo social, esencial en la posibilidad de toma de decisiones, en lo referente a la elaboración de un proyecto de vida. Y es en relación con este trabajo de toma de decisiones que se plantea un doble proceso de duelo:

- En cuanto al lugar del propio padre, cuya caída fuera enérgicamente desmentida o renegada, y que ahora queda nuevamente cuestionado cuando, en su búsqueda de un espacio propio en el aparato productivo de la sociedad, el joven entrevé la posibilidad de equipararse, e incluso llegar a superar, a quien fuera el "rey" inalcanzable, otrora, en sus años infantiles.
- En tanto al definirse por una dirección otros caminos deben quedar a sus espaldas, desechados, o bien ser definidos como secundarios, lo cual equivale a realizar el duelo por el reinado del mundo de fantasía que garantizaba la ilusión de la propia omnipotencia narcisística.

Freud plantea que "el hombre joven" debe aprender a reprimir el exceso de egoísmo infantil "...para lograr la inclusión en la sociedad, tan rica en individuos igualmente exigentes".[10] Remarcamos la expresión "hombre joven" que utiliza al referirse a la inclusión del

10. Freud, S. (1908b): "El poeta y los sueños diurnos". B. Nueva, p. 1345.

sujeto en su realidad socio-económica, en nuestros tiempos seguramente aún más exigente que en la época en que Freud viviera.

Con el correr de los años, y gracias a la experiencia adquirida, los proyectos comienzan a hacerse más realistas, progresivamente, quedando la dimensión de la fantasía como preparatoria para la acción, debiéndose elaborar en la juventud el duelo por aquello que se decide desechar en el momento de una elección.

Al respecto, como texto muy ilustrativo, transcribo unos párrafos de una carta de un joven Freud a su amigo Eduard Silberstein, en las que contrasta anhelos y temores infantiles y la construcción de proyectos en la juventud que ambos transitaban en momentos del diálogo espistolar:

> "Cuando era niño creía firmemente en la envidia de los llamados 'dioses' y me hubiera guardado mucho de hablar de la realización de un deseo que me importaba mucho para no provocar lo contrario. Hoy veo al mundo con más alegría y no temo considerar como posible una cosa que prometa darme la satisfacción de cumplirse."[11]

En esta carta escrita por Freud cuando tenía diecinueve años, comparte con su amigo un proyecto de inmediata ejecución. Y comenta en la misma:

> "Mi plan de estudios es bastante amplio, incluye durante dos años, éste y el siguiente, todas las ciencias naturales, hasta la astronomía, pero la mayor parte son, por supuesto, las biológicas u orgánicas."

Y señala que entre tantas buenas perspectivas tiene que destacar la presencia de una muerte: la un periódico o revista que habían proyectado ambos con otro amigo en común "...descansa en la paz del Señor", dice refiriéndose a dicha publicación pensada entre los adolescentes amigos que no llegó a concretarse. Agrega:

11. Freud, S. (1875): *Cartas de Juventud*. Gedisa. Barcelona, 1992.

> "Fui yo quien le dio el golpe mortal: hacía tiempo que estaba agonizando y me dio lástima verla sufrir. Le he dado la vida y se la he quitado. Mi nombre sea alabado eternamente, amén."

Es interesante remarcar la enunciación de la muerte de un proyecto adolescente al que Freud asesta un "golpe mortal" al considerar su inconsistencia o fragilidad observado esto desde la posición de un joven sujeto como lo era en ese momento quien fuera luego el creador del psicoanálisis.

La construcción de un proyecto de vida se realiza en un terreno de muertes, propias y ajenas, en una encrucijada angustiante ante lo irreductible de lo real representado por el futuro, debiéndose afrontar la tarea de destitución de viejas identificaciones, como proceso de desidentificación, y consolidación de nuevas identificaciones, en procura de una posición propia o personal, destacándose que además del duelo se debe considerar la fuerza, entusiasmo y disposición hacia el cambio que los jóvenes ponen en la tarea.

En otro espacio[12] proponía considerar que la construcción de proyectos en la vida de un sujeto estaba en directa relación con la solidez de su posición subjetiva, en tanto el proyecto es un escenario del fantasma, uno de sus tantos escenarios.

Elección de carrera u ocupación laboral

El trabajo de reposicionamiento subjetivo que supone la adolescencia se realiza en el contexto de una trama social a través de identificaciones con los otros significativos en el marco del Edipo y mediante procesos identificatorios en la dimensión del complejo fraterno, que tendrán su peso en la tarea de inserción laboral-estudio-profesional, articulándose con los modos y relaciones de producción y las particularidades histórico-económicas de un contexto

12. Vega, P. M., Barrionuevo, J. y Vega, V.: *Escritos psicoanalíticos sobre Adolescencia*. Eudeba. Buenos Aires, 2007.

socio-cultural particular que determinará las condiciones del mercado laboral-ocupacional.

Podemos sostener que la desorientación en cuanto a la elección vocacional sería un equivalente al desorden que en la adolescencia se produce en todo terreno y no entra por cierto en el campo de la patología, puesto que es consecuencia de la conmoción estructural que supone la adolescencia en su interrelación en lo social con las contradicciones supraestructurales que se presentan en el contexto en el cual el sujeto se halla inserto.

En relación con este trabajo de toma de decisiones respecto de elección de una carrera o en cuanto a una ocupación en un trabajo, se plantea doble proceso de duelo:

- En cuanto al lugar del propio padre, cuya caída fuera enérgicamente desmentida o renegada, y que ahora queda nuevamente cuestionado cuando, en su búsqueda de un espacio propio en el aparato productivo de la sociedad, el joven entrevé la posibilidad de equipararse, e incluso llegar a superar, a quien fuera el "rey" inalcanzable, otrora, en sus años infantiles.
- En tanto al definirse por una dirección otros caminos deben quedar a sus espaldas, desechados, o bien ser definidos como secundarios, lo cual equivale a realizar el duelo por el reinado del mundo de fantasía que garantizaba la ilusión de propia omnipotencia.

En el tiempo de la globalización de la sociedad de mercado la elección de una carrera o de una ocupación laboral enfrenta a lo incierto, con la inseguridad, a diferencia de lo que sucedía décadas atrás en las cuales la educación y el trabajo poseían y otorgaban estabilidad y regularidad tranquilizadoras. Por lo contrario, algo del orden de la violencia es la forma que adquiere uno de los malestares en la cultura según Freud, el producido por las condiciones de vida que ofrece *el mundo exterior* manifestándose en furia y poder destructivo con que cae sobre el sujeto y que hoy se expresa en las condiciones de maltrato y exclusión del tiempo del capitalismo tardío.

En lo referido a esta complejidad de la inserción laboral y de la elección vocacional como proyecto personal, Rodolfo Bohoslavsky afirmaba ya hace unos años, en la década de los setenta, que debía considerarse:

> "...el análisis de problemas de identidad, el de la articulación entre lo individual y lo social, el de la posibilidad de elección, el de las restricciones de la libertad de opción de carreras y/o trabajos diferentes... el de la problemática filosófica del 'proyecto personal'..."[13]

El joven se encuentra hoy ante un panorama socio-político-económico en el cual la incertidumbre y el azar se integran a las variables que el sujeto debe considerar para la contrucción de proyectos y elección de trabajo y o estudio. Sostiene Alicia Cibeira al respecto:

> "Estamos inmersos en los inicios de un nuevo paradigma, el paradigma de la complejidad (...) nos permite ver los hechos reales dentro de un contexto, de una globalidad, de una multidimensionalidad que evidencian la propia complejidad (...) Hay complejidad cuando son inseparables los elementos diferentes que constituyen un todo (como el económico, el político, el sociológico, el afectivo) y cuando la trama de este tejido muestra la interdependencia, la interactividad y la interrelación entre el objeto de conocimiento y su contexto. Por esto, la complejidad es la unión entre la unidad y la multiplicidad."[14]

No es sencillo por cierto elegir carrera u ocupación laboral y la desprotección se representifica ahora en el orden de lo social, así

13. Bohoslavsky, R.: "Vocación y alienación profesional", en *Psicología Argentina Hoy*. Búsqueda. Buenos Aires, 1973, p. 16.
14. Cibeira, A. y otros: *Jóvenes, crisis y saberes*. Noveduc. Buenos Aires, 2009, p. 28.

como en otro momento fuera ante la pérdida de los padres de la infancia. En relación a las condiciones con las que el joven se encuentra al salir del colegio secundario y al interrogarse sobre caminos futuros posibles, sostiene M. E. Jozami:

> "El Otro Social desfallece. ¿Qué le sucede a este joven-adolescente que termina una escuela secundaria en la que, obviamente, no cree, a la que subestima, pero a la vez le permite algún precario enmarcamiento? Trabaja, trabaja y estudia, estudia... ni trabaja ni estudia. ¿En qué lugar del mundo está parado? ¿Cuál es su lugar en el mundo? ¿Hay lugar para él?"[15]

Es en cuanto a dicho lugar en el mundo en el que la problemática de la juventud se centra, y la construcción de proyectos se orienta en dicha dirección.

Desde la perspectiva del psicoanálisis es posible considerar que el proyecto surge en lo esperable desde el propio joven, en el mejor de los casos, en tanto el deseo se ubica en relación a un futuro, al producirse la consolidación o fortalecimiento del fantasma. Comienza entonces el joven a re-considerar su posición en relación a los otros y en cuanto a un futuro en el contexto en el que le ha tocado vivir. Pero puede suceder en algunos casos que son los otros, padres, amigos o educadores, quienes se preocupan, y esperan o exigen dicha construcción. Pongamos como ejemplo de esta última situación una escena narrada desde el ámbito de la literatura, si bien en la clínica podríamos encontrar otros, tanto o más claros: en un libro que relata las aventuras y desventuras de un joven que abandona el colegio y muestra una actitud enlazada al principio del placer, al puro goce, oponiéndose a reconocer las exigencias que provienen de la realidad en la que vive, siendo un profesor de la secundaria quien se manifesta preocupado por su actitud y le

15. Jozami, M. E. (2003): "Violencia y subjetividad", en *Cuaderno de Trabajo del Departamento de Orientación Vocacional Nro. 1*. Ciclo Básico Común. UBA. Oficina de Publicaciones CBC/UBA. Buenos Aires, 2003, p. 62.

cuestiona la falta de intereses sólidos y la ausencia de metas u objetivos. Podemos leer en *El cazador oculto* los planteos de dicho profesor, casi un monólogo, ante Holden, un "desconcentrado" joven, protagonista de la novela:

> "–No quiero asustarte –me dijo después–. Pero puedo imaginarte muriendo noblemente, de una forma u otra por una causa que no vale la pena."
>
> .....
>
> "–Si te escribo algo, ¿lo vas a leer atentamente y guardarlo?
> –Sí claro –le dije.
> –Por extraño que te parezca, esto no lo escribió un poeta. Lo escribió un psicoanalista que se llamaba Wilhelm Shekel... ¿Me estás prestando atención?
> –Sí, claro que sí.
> –Esto es lo que dijo: 'El rasgo distintivo del hombre inmaduro es que quiere morir noblemente por una causa, mientras que el del hombre maduro es que quiere vivir humildemente por una'...
> Se inclinó hacia mí y me alcanzó el papel. Lo leí inmediatamente después de que me lo dio... La verdad es que fue muy amable de su parte tomarse todo ese trabajo. Lo único malo es que no me podía concentrar. ¡De repente me entró un cansancio terrible!"
>
> .....
>
> "–Creo que uno de estos días –me dijo– vas a tener que decidir hacia dónde quieres ir. Y después vas a tener que ponerte en movimiento. Pero inmediatamente. Ya no te puedes dar el lujo de perder ni un minuto.
> Asentí, porque me estaba mirando fijo, pero no estaba seguro de qué me estaba diciendo... Estaba demasiado cansado."[16]

"Desconcentrado" es un término que usa el autor para referirse al joven protagonista, "descentrado" y no pudiendo "concentrar" sus

16. Salinger, J. D.: *El cazador oculto*. Sudamericana. Buenos Aires, 1998.

fuerzas para enfrentar el enigma de un futuro, no pudiendo interrogarse acerca de su deseo en relación a un proyecto, en cuanto a la elección de una inserción laboral o profesional.

La metamorfosis en el "hallazgo de objeto"

Entre las metamorfosis que se producen a partir de la pubertad Freud incluye el "hallazgo de objeto", el establecimiento de un vínculo amoroso con cierta o relativa estabilidad luego de los intentos de acercamiento al otro sexuado en los primeros tiempos de la adolescencia. Debemos tener en claro, al decir de Freud, que:

> "El hallazgo (encuentro) de objeto es propiamente un reencuentro."[17]

Y aclara Freud a pie de página que existirían dos caminos para el hallazgo de objeto: el que se realiza por "apuntalamiento" en los modelos de la temprana infancia, y el "narcisista" que busca al yo propio y lo encuentra en otros, proponiendo el análisis del primero, por apuntalamiento, para estudiar lo que sucede en este terreno durante la adolescencia en tanto el otro corresponde a la patología.

En la construcción de proyectos para un futuro se incluye como posibilidad la *elección de partenaire*, o *pareja sexual*, a quien amar, aceptando las diferencias y las limitaciones o distancias respecto de ideales inalcanzables. Los jóvenes pueden llegar a amar realmente, claro está, siempre teniendo en cuenta cómo esto se da en cada quien según las vicisitudes de la vida que se presenten facilitando o dificultando el "hallazgo de objeto" de amor, en expresiones freudianas.

Detengámonos en la capacidad de amar, que se alcanza en la juventud, que posibilitará el reemplazo de la elección narcisista de objeto por el "hallazgo" de un objeto de amor exogámico.

17. Freud, S. (1905a): "Las metamorfosis de la pubertad", en *Tres ensayos de teoría sexual*. Amorrortu. Vol. VII. Buenos Aires, 2000, p. 203.

Freud propone el logro del amor y de una actividad laboral como indicios de una vida "saludable", aclaremos que no elude hablar de "salud", definiendo en *Conferencias de introducción al psicoanálisis*[18] con sencillez las "metas" posibles para todo análisis al sostener que éstas serían "amar" y "trabajar". Consideremos a qué se refiere el creador del psicoanálisis al respecto, pues habría que hacer algunas precisiones para no quedarnos con una visión superficial de ambos términos, si bien nos referiremos en este espacio sólo al primero de ellos: al amar. En lo referido al trabajo simplemente transcribiremos una clara cita de Freud a pie de página en *El malestar en la cultura*, en la cual destaca su importancia para la economía libidinal:

> "Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confiere un valor que no le va a la zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad."[19]

Es importante aclarar que "trabajar" supone el sostenimiento de una actividad con cierto grado de creatividad o productividad, y no una tarea alienante-alienada que empobrece al sujeto en lugar de enriquecerlo y afianzar su vida afectiva y social.

En lo concerniente al amor, precisemos, éste no es lo mismo que enamoramiento. Freud reserva la expresión *amor* para referirse al "genuino y verdadero"[20] amor, aunque hace la salvedad de que en el lenguaje usual se designan con ese término muy diversas relaciones

18. Freud, S. (1916a): "Conferencias de introducción al psicoanálisis". Amorrortu.
19. Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura*. Amorrortu. Buenos Aires, 1986, p. 80.
20. Freud, S. (1921a): *Psicología de las masas y análisis del yo*. B. Nueva.

afectivas. Amar verdaderamente implicaría poder aceptar al otro con sus virtudes y sus limitaciones, supone reconocer las diferencias entre el sujeto y el objeto de amor, confluyendo corrientes tierna y sensual en un vínculo que adquiere cierta permanencia o estabilidad, superando e integrando el propio narcisismo en un vínculo de amor con otro u otros.

Tomemos en cuenta otro aporte, también psicoanalítico y confluyente, que ubicamos en el escrito de Lacan que lleva como título "La juventud de Gide o la letra y el deseo", en el cual se encuentra una referencia a la fórmula del amor que reiterará en otros espacios. Refiriéndose al sentimiento de Gide por su prima lo define como:

> "…*el colmo* del amor, *si amar es dar lo que no se tiene* y si él le ha dado la inmortalidad."[21]

Lo reitera en otros lugares de su obra, en citas en las que resalto lo nuclear de sus expresiones en cuanto al tema que nos convoca:

> *"…el amor es dar lo que no se tiene*. Es incluso el principio del complejo de castración. *Para tener el falo, para poder usarlo, es preciso, precisamente, no serlo*."[22]

En cambio, cuando se da al otro lo que se tiene sería "dar mierda", sostiene en otro espacio:

> "No se trata jamás, *cuando se da lo que se tiene*, que de *dar mierda*. Es por eso que cuando intenté definir para ustedes el amor, es una especie así de flash, es que el amor era *dar lo que no se tiene*."[23]

21. Lacan, J. (1958c): "La juventud de Gide o la letra y el deseo". *Escritos II*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires, 1999, p. 734.
22. Lacan, J. (1962): Seminario 10. "La angustia". Paidós. Buenos Aires, 2006, p. 122.
23. Lacan, J. (1966b): Seminario 13. "El objeto del psicoanálisis". Publicación EFBA.

Y se refiere al amor, nuevamente, en uno de sus últimos seminarios:

> "Es lo que se llama el amor, es incluso la definición que he dado de él: *dar lo que no se tiene, es el amor.*"[24]

Considero que es posible pensar, siguiendo las ideas de Lacan en su escrito sobre "la juventud" de Gide, que en dicho momento lógico de la vida del sujeto, en la juventud, se produce una especial relación complejo de Edipo-complejo de castración, que permite que se pueda llegar a resignar ser el falo para poder tenerlo y por lo tanto "poder hacer con él"; de allí las expresiones que se encuentran en diversos escritos en cuanto a que al amar se da lo que no se tiene, teniendo en cuenta que el amor se enlaza con el deseo. Decíamos al proponer la definición de la adolescencia como reposicionamiento del sujeto en relación a la estructura opositiva falo-castración, que Lacan afirmaba respecto del falo que era preciso que el sujeto, sea éste hombre o mujer, acepte tenerlo y no tenerlo, a partir del descubrimiento de que no lo es.

Así pues, desde las expresiones de Freud respecto de que el sujeto debe reprimir adecuadamente el egoísmo infantil para insertarse en la sociedad, o según afirmaciones de Lacan, cuando realmente puede llegar a amar dando lo que no se tiene, podemos referirnos a juventud como el momento en que ello es posible en tanto la ilusión de ser el falo deja lugar a la posibilidad de tenerlo y no tenerlo y poder ofrecerlo al otro.

En términos freudianos, en la juventud se produciría, en lo esperable, el "hallazgo de objeto",[25] encuentro, aclararemos, que implica una elección de objeto sexual, exogámico, es decir, no familiar o incestuoso, sobre el cual confluyen corrientes tierna y sensual. De no confluir ambas corrientes, en el segundo tiempo de la elección de objeto que se produce en la juventud, no se podría

24. Lacan, J. (1974a): Seminario 22. "R.S.I.". Publicación EFBA.
25. Freud, S. (1905a): "Las metamorfosis de la pubertad", en *Tres ensayos de teoría sexual*. *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 2000, p. 202.

alcanzar el ideal de la vida sexual de "unificación de todos los anhelos"[26] en un objeto.

Propone Adrián Grassi el concepto de "alteridad" como categoría que se inscribe y permite la posibilidad de elección de objeto o pareja o compañero/a sexual. Sostiene:

> "Tanto en la inscripción del cuerpo genital como en este pasaje a elección de objeto hetero-familiar, 'el vínculo al otro' compañero-a sexual, sujeto de deseo, es máscara que funda e inaugura (...) en la inscripción del cuerpo genital coadyuva, y no es sin una profunda angustia, en la inscripción de la categoría misma de la alteridad del objeto."[27]

Junto con el amor y la elección de un partenaire, es decir, con el logro de una relación amorosa con relativa estabilidad, se presenta la posibilidad de concretar la maternidad o la paternidad inserta en un proyecto de vida. Ser padre o madre implica reconocer la inevitabilidad de la propia muerte al ubicar al hijo como continuidad de la vida en otro ser en el que se "introduce" el propio narcisismo, enfrentando al mismo tiempo el duelo por la muerte de los propios padres al desplazarlos hacia el lugar de abuelos. Deseo y prohibición nuevamente en pugna se presentan en nuevo escenario. El nacimiento de un hijo puede igualmente producir efectos desorganizadores en el psiquismo de los padres, tal como lo sostiene Piera Aulagnier,[28] provocando desintricación pulsional liberando pulsión de muerte que puede orientarse hacia la propia persona o hacia el nuevo ser, el bebé, que es inconscientemente es ubicado como culpable de los movimientos que se producen.

26. Freud, S. (1905c): "Las metamorfosis de la pubertad", en *La sexualidad infantil*, p. 182.
27. Grassi, A.: "Adolescencia, reorganización y nuevos modelos de subjetividad". Publicación interna de Psicología Evolutiva Adolescencia (Cat. 2). Facultad de Psicología, UBA.
28. Aulagnier, Piera: "Alguien ha matado algo", en *Un intérprete en búsqueda de sentido*. Siglo Veintiuno. México, 1994.

Poder llegar en la paternidad a igualar o a sobrepasar al propio padre puede llegar a provocar desde fuertes sentimientos inconscientes de culpa, como derivación de la "fantasía de asesinato" que describiera Winnicott como propia de la adolescencia, hasta difusa "moción de piedad" hacia el padre, al decir de Freud,[29] que puede empañar la alegría de ser padre ante el nacimiento del hijo en tanto está prohibido querer igualarlo o sobrepasarlo. Desde Lacan podríamos decir que ir más allá del padre está en la función paterna misma, en tanto triunfar es a partir de Edipo, del padre como prohibidor del goce, del padre muerto, pero es un lugar desde donde se puede construir una diferencia, con algo de piedad como lo sintiera Freud al visitar la Acrópolis, o llegar el sujeto a atormentarse y con sentimientos de culpa que pueden llevar a estados neuróticos de angustia y depresión. La clínica nos muestra la aparición de depresiones o de la "moderna" versión de los ataques de pánico en hombres y mujeres luego del nacimiento de un hijo, que se convierte en un problema que oscurece la concreción de un deseo que se despierta en cierto momento de la vida en una relación de pareja.

Es importante destacar que estamos hablando de "trabajos psíquicos" que el sujeto debe realizar: poder tener compañero o compañera sexual, tener un hijo, si bien pueden encontrarse en forma accidental o involuntariamente, sin elaboración alguna, tanto la concreción de "hallazgo de objeto" exogámico, una pareja o partenaire sexual, como la paternidad o la maternidad. Kafka escribía al respecto, con dureza, pero también con total claridad:

> "Casarse, formar una familia, aceptar todos los hijos que vengan, mantenerlos en este mundo inseguro y, más aún, hasta guiarlos un poco, es en mi opinión lo más que un hombre puede lograr en general. Esto no lo desmiente el hecho de que aparentemente lo logre con facilidad tanta gente, pues en primer lugar, de hecho no lo logran muchos

29. Freud, S. (1936): "Carta a Roman Rolland (Una perturbación del recuerdo de la Acrópolis)". *Obras completas*. Amorrortu. Tomo XXII. Buenos Aires, 1976.

> y, en segundo lugar, esos 'no muchos' por lo común no lo 'hacen' sino que meramente les 'sucede'."[30]

Específicamente en cuanto a la paternidad las consideraciones de Kafka son muy acertadas pues no es lo mismo ser "padre" que ser genitor. Sin encontrarse presente el deseo del hijo un hombre puede embarazar a una mujer, y esto puede derivar habitualmente en la ausencia total de voluntad y capacidad de asumir la función paterna, a menos que se produzcan movimientos en lo psíquico que lo hagan posible en tanto ser padre implica un complejo proceso simbólico que supera por cierto la dimensión de la acción de procrear.

Continuando con el detalle de los trabajos psíquicos que se producen en la juventud, diversos autores destacan la importancia de la consolidación del *carácter*, concepto freudiano este último, en tiempos conclusivos de la adolescencia, o "adolescencia tardía" tal como desde la psicología evolutiva se denomina, y que deberíamos tener en consideración para dar cuenta de movimientos libidinales e identificatorios que se consolidan en la juventud.

Carácter

En primera instancia es preciso aclarar que no hay que confundir *carácter* con *neurosis de carácter*.

Asimismo, el concepto no es tenido en consideración por posiciones extremas del psicoanálisis que descartan todo aquello que se refiere a la conformación del yo, corriendo el peligro de ser "acusado" de "psicólogo del yo" aquel que desde el psicoanálisis tome dicho concepto. Remarquemos que Freud aclara que "eso difícil de definir que se llama carácter es atribuible por entero al yo".[31]

El carácter sería la forma en que en el sujeto adquiere expresión en el yo la relación entre los sistemas yo-ello-superyó, como producto

30. Kafka, F.: *Carta al padre*. Edicomunicación. Barcelona, 1996.
31. Freud, S. (1932b): 32ª Conferencia de introducción al psicoanálisis. "Angustia y vida pulsional". Amorrortu. Buenos Aires, 1996, p. 84.

de identificaciones diversas que marcaron la historia de la constitución subjetiva en su conjunción con formaciones reactivas y sublimación. El carácter hace al sujeto reconocible a través de sus manifestaciones que le dan un "sello" o "marca" diferenciable, peculiar, en cuanto a su forma de "ser" en el mundo y en sus relaciones con los otros. El carácter se expresaría en el modo peculiar de ser y en un estilo que toma la "neurosis" de cada quien.

Sostiene Freud en una primera delimitación de la constitución del carácter:

> "Lo que llamamos el 'carácter' de un hombre está construido en buena parte con el material de las excitaciones sexuales, y se compone de pulsiones fijadas desde la infancia, de otras adquiridas por sublimación y de construcciones destinadas a sofrenar unas mociones perversas, reconocidas como inaplicables."[32]

Años más tarde Freud detalla con mayor detenimiento la conformación del carácter:

> "Sobre todo, la incorporación de la anterior instancia parental en calidad de superyó, sin duda el fragmento más importante y decisivo; luego, las identificaciones con ambos progenitores de época posterior, y con otras personas influyentes, al igual que similares identificaciones como precipitados de vínculos de objeto resignados. Agreguemos ahora, como un complemento que nunca falta a la formación del carácter, las formaciones reactivas que el yo adquiere primero en sus represiones y, más tarde, con medios más normales a raíz de los rechazos de mociones pulsionales indeseadas."[33]

32. Freud, S. (1905a): *Tres ensayos de teoría sexual*. Amorrortu. Buenos Aires, 2000, p. 218.
33. Freud, S. (1932b): 32ª Conferencia de introducción al psicoanálisis. "Angustia y vida pulsional". Amorrortu. Buenos Aires, 1996, p. 84.

Freud hace una aclaración respecto de un cambio en la consideración del desarrollo libidinal, en cuanto a las fases del mismo, y sostiene que cada fase perdura al lado y detrás de las estructuras anteriores y logra una representación permanente en la economía de la libido y en el carácter de la persona.[34]

En la segunda definición observamos la importancia que Freud otorga a los procesos identificatorios y a las formaciones reactivas en la formación del carácter. Identificaciones con figuras significativas de distintos momentos de la vida y también aquellas que se produjeron en vínculos que se rompieron o se disolvieron pero dejaron su marca, "como precipitados", en el carácter de un sujeto.

Si bien falta en la última definición la referencia al material adquirido por sublimación, que se incluía en la primera referencia, éste es un componente del carácter que adquiere especial dimensión en la juventud en cuanto a la elección de actividades laborales, artísticas y científicas, si bien está presente en el sujeto desde sus primeros pasos en experiencias de vida, y lo rescatamos de la primer definición que Freud proporcionara remarcando su importancia.

Veamos el concepto de *sublimación* para definir su presencia en la constitución subjetiva y especialmente en el tiempo lógico definido en este espacio como "juventud", para lo cual corresponde precisar el concepto de pulsión, en tanto, como una de las vicisitudes de la *pulsión*, a diferencia de los otros destinos, la sublimación es, según Freud, sin represión.

Consideremos el concepto de pulsión para poder luego abocarnos al estudio de la sublimación como uno de los destinos posibles de aquella.

Pulsión

Freud, en 1915, define el concepto de "pulsión" (*trieb*), que ubica como el núcleo de su teoría de la sexualidad, y plantea su

34. Freud, S. (1932b): 32ª Conferencia de introducción al psicoanálisis. "La angustia y la vida instintiva".

diferencia con "instinto", expresión esta última reservada para referirse al orden de lo biológico y que lleva implícita la idea de pauta heredada e invariable, mientras que el concepto de pulsión se utiliza en la dimensión de lo psíquico, como algo específicamente humano. Sostiene Freud:

> "...la pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal."[35]

Plantea en el anteriormente citado escrito que las pulsiones sexuales son numerosas y que al comienzo actúan independientemente para luego poder reunirse en síntesis más o menos acabada.

Define Freud los términos que están implicados con el concepto de pulsión:

Esfuerzo o empuje: es el factor motor de la pulsión, o la suma de fuerza o medida de exigencia de trabajo que ella representa.

Meta o fin: es la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión, aclarando que los caminos que llevan a ella pueden ser diversos.

Objeto: es aquello en o por lo cual la pulsión puede alcanzar su meta o la satisfacción pulsional.

Fuente: proceso somático, de un órgano o de una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión.

Respecto de la pulsión, en su estudio sobre las psiconeurosis Freud plantea que los síntomas se apoyan o se sostienen en la energía de la pulsión sexual, marcando de tal forma su importancia, y aclara que en realidad tendríamos que hablar de "pulsiones". Procedentes

35. Freud, S. (1915a): "Pulsiones y destinos de pulsión". *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1998.

de las fuentes de las pulsiones, que son parciales por definición, la propuesta es intentar interpretar la significación sexual o el lenguaje de los síntomas, procurar descifrar la significación fálica que presentan los mismos, aclarará años después.[36] Así pues, parciales, en tanto no pueden alcanzar la meta o finalidad de la sexualidad que es la reproducción, las pulsiones logran la satisfacción con la supresión del estímulo de la fuente pulsional.

La meta a la que aspiran las pulsiones es el *placer de órgano*, y es propiedad de la pulsión la posibilidad de intercambiar sus objetos, o sea que puede haber cambio de vía, pudiéndose realizar operaciones alejadas de sus acciones-meta originarias.

Por su parte, el objeto pulsional es lo más variable, lo cual supone afirmar que no hay "connaturalidad" pulsión-objeto y, si bien la pulsión necesita del objeto para su satisfacción, no se satisface en dicho objeto. El objeto de la pulsión puede ser parte del cuerpo o algo exterior al mismo, y puede haber cambios de vía o también suceder que un mismo objeto pueda satisfacer a varias pulsiones parciales. La pulsión necesita del objeto como condición pero no se satisface en dicho objeto sino que vuelve a la fuente para satisfacerse, por lo cual el objeto puede ser reemplazado por cualquier otro que ocupe el lugar vacío del objeto "perdido" de aquella primera mítica satisfacción que luego sólo puede ser alucinada.

Dice Freud que ciertas pulsiones pueden mostrarse, por sus metas o sus requerimientos, inconciliables con las restantes, siendo entonces segregadas por accionar de la represión, cortándoseles de tal forma la posibilidad de lograr su satisfacción.[37] Y agrega que la pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a la satisfacción plena, o vivencia primaria de satisfacción, y que todas las formaciones sustitutivas, reactivas o sublimaciones son insuficientes para cancelar su tensión acuciante.

Es importante aclarar que los objetos pulsionales pueden ser incontables, y el fin o meta puede ser alcanzado de manera provisoria,

36. Freud, S. (1923a): "La organización genital infantil". *Obras completas*, *op. cit.*
37. Freud, S. (1920): "Más allá del principio del placer". *Obras completas*, *op. cit.*

en tanto la tensión renace y se orienta la libido hacia un nuevo objeto, nunca totalmente adecuado tampoco.

Con la segunda tópica, considerando lo estudiado en lo referido a la repetición, Freud enuncia la hipótesis de que la pulsión de muerte se opone a la pulsión de vida, corroborando la importancia de la tendencia a volver a un estado primitivo, como expresión de la desorganización, retorno a la muerte, proponiendo en tal circunstancia el principio de Nirvana.[38]

Son destinos posibles de la pulsión:

- Trastorno hacia lo contrario.
- Vuelta hacia la propia persona.
- Represión.
- Sublimación.

En "Pulsiones y sus destinos" no se ocupa Freud del último de los mismos, el que nos interesa en esta oportunidad, la sublimación, sino que remite para su consideración a "Introducción del narcisismo",[39] donde define a la sublimación como proceso que atañe a la libido de objeto y que consistiría en que la pulsión se orienta hacia otra meta, distante de la satisfacción sexual originaria. Diferencia allí entre: idealización, que consistiría en la sobre-estimación del objeto, y la sublimación, que "describe algo que sucede con la pulsión". Si bien puede iniciarse motorizada por un ideal, marcando su relación con la idealización, la ejecución de la sublimación es independiente luego de tal incitación.

La pulsión, entonces, en uno de sus destinos: la sublimación, puede tener movimiento alejado de sus metas originarias obteniendo igualmente satisfacción, y esto sería sin represión.

Lacan, por su parte, remarca que el objeto pulsional no alcanza para lograr la satisfacción, por lo cual no se puede concretar el fin pulsional en tanto la pulsión es parcial, de allí su carácter incompleto o inacabado. Describe el trayecto de la pulsión como un bucle alrededor del objeto,

38. Freud, S. (1924). "El problema económico del masoquismo", *Obras completas*. Amorrortu.
39. Freud, S. (1914c): "Introducción del narcisismo", *op. cit*.

que no se puede alcanzar, reiniciándose el movimiento desde su origen mismo, reactivándose el movimiento pulsional.

Así pues, las pulsiones diferirían de las necesidades biológicas en que nunca pueden ser satisfechas, y no se alcanza un objeto sino que giran alrededor del mismo, lo cual lleva a plantear a Lacan que la meta o fin sería el camino mismo, el girar en torno del objeto y no llegar al destino final, remarcando que esto último sería imposible.

La diferencia con Freud se expresa en la afirmación lacaniana respecto de que la pulsión de muerte no sería pulsión separada o aislada, sino que operaría como un aspecto de todas las pulsiones. Así pues, "...toda pulsión es virtualmente pulsión de muerte", sostiene Lacan.[40]

Sublimación

En Laplanche y Pontalis[41] se define a la sublimación como el proceso postulado por Freud "para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual". Continúa el texto del *Diccionario de Psicoanálisis* afirmando que Freud describió como actividades de sublimación principalmente la actividad artística y la investigación intelectual. Y plantea textualmente:

> "Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados."[42]

El término evoca la palabra "sublime" usada en las artes para referirse a una producción que sugiere grandeza o elevación, y se utiliza en química la expresión sublimación para referirse al proceso de transformación de un cuerpo en estado sólido al estado gaseoso.

40. Lacan, J. (1964): "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Seminario 11. Paidós. Buenos Aires, 1985.
41. Laplanche, J. & Pontalis, J. B.: *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor. Buenos Aires, 1974.
42. Laplanche, J. & Pontalis, J. B.: *Diccionario de psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 436.

Según Freud sublimación es un proceso por el cual la libido es canalizada hacia actividades aparentemente no sexuales, tales como creación artística y trabajo intelectual. Se trata de un proceso inconsciente por el cual la pulsión reemplaza un objeto sexual por otro en apariencia no sexual, connotado con ciertos valores e ideales sociales, y además se cambia el fin por otro no sexual sin perder su intensidad.

Si el fin de la pulsión es la satisfacción, la capacidad de sublimar, que implica el cambio de objeto, permite el pasaje a otra satisfacción distinta de la satisfacción sexual pero igualmente emparentada psíquicamente con ella, siendo la satisfacción por sublimación comparable a la que se procura por ejercicio directo de la sexualidad.

Es habitual encontrarse con expresiones en las cuales "sublimar" hace alusión a un abandono de la pretensión de lograr la satisfacción buscada, es decir asociada, como un mecanismo, con el descarte de anhelos o expectativas, como equivalente a la represión. Así pues, se supone que de no poder triunfar en el propósito de obtener los favores de una dama, un caballero podría llegar a "resignarse" y no le quedaría más remedio que sublimar, dedicándose a otra cosa, a la actividad artística, por ejemplo, abandonando su inicial propósito de concretar o realizar sus aspiraciones. "Aguantátelas y sublimá" podría ser la forma que adquiriría el consejo ofrecido al frustrado caballero en tales circunstancias.

Es entonces entendible que pueda llegar a pensarse que el artista se encuentra alejado de los placeres terrenales y que se dedica a lo etéreo o a algo puro o elevado, y que no logre satisfacción alguna, o bien que halle escasa pero no mucha satisfacción en su actividad, pues lo que se supone es que el placer se encuentra en otro lugar.

Escribía Gustave Flaubert respecto del arte.[43]

> "¡El arte! ¡Qué bello es a pesar de su vanidad!"
> .....
> "¡Y qué pequeñez! Una piedra, una palabra, un sonido, la disposición de todo lo que llamamos lo sublime."

43. Flaubert, G.: *Memorias de un loco*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2005.

El poeta transmite en pocas palabras la admiración y el placer que lo embarga al tener en sus manos una piedra, o bien al detenerse ante la sonoridad de una palabra.

El impulso creador, el interés por lo bello en el arte y por la investigación, tienen su motor en lo sexual, lo cual lleva a Freud a afirmar:

> "Pone a la disposición de la labor cultural grandes magnitudes de energía, pues posee en alto grado la peculiaridad de poder desplazar su fin sin perder grandemente en intensidad."[44]

En *El malestar en la cultura*[45] Freud sostiene que ciertas pulsiones son llevadas a desplazar las condiciones de su satisfacción, dirigiéndose a la satisfacción, por otros caminos. Afirma Freud:

> "La sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado del desarrollo cultural: posibilita que actividades psíquicas superiores –científicas, artísticas, ideológicas– desempeñen un papel tan sustantivo en la vida cultural."

Propone Freud que si el fin de la pulsión es la satisfacción, la capacidad de sublimación, que implica el cambio de objeto, permite el pasaje a otra satisfacción, distinta a, o diferente de, la sexual pero satisfacción al fin. Ambas satisfacciones son comparables en el plano psíquico en tanto la que se obtiene por sublimación no deja de ser sexual porque se convierta en una satisfacción socialmente valorada.

> "¿Qué quiere decir la satisfacción de la pulsión...? Es muy sencillo, la satisfacción de la pulsión es llegar a su *Ziel*, a su meta. La fiera sale de su guarida *querens quem devoret* y cuando encuentra dónde hincar el diente, queda satisfecha, digiere...",

44. Freud, S. (1908a): "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna". *Obras completas*. Ed. B. Nueva, p. 1252.
45. Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura*. *Obras completas*. Ed. B. Nueva.

dice Lacan, al referirse al concepto de pulsión,[46] agregando más adelante respecto de la sublimación y deteniéndose en el enigma que ella supone:

> "...Freud dice que la sublimación es también satisfacción de la pulsión, a pesar de que está *zielgehemmt*, inhibida en cuanto a su meta –a pesar de que no la alcanza–. La sublimación no deja de ser por ello una satisfacción de la pulsión, y además sin represión."[47]

Según Lacan, la satisfacción que se obtiene con la sublimación es paradójica, pues entra allí en juego algo del orden de lo imposible, en tanto: así como la pulsión que no encuentra su objeto, en tanto perdido, y de tal forma colisiona o choca con lo imposible, con lo real, la sublimación también obtiene satisfacción paradójicamente como así lo hace la pulsión misma. El obstáculo que encuentra el principio del placer, el "tropiezo", el hecho de que no es fácil el logro de la satisfacción, marcaría que hay algo de lo real puesto en juego. Entonces, en tanto enlace de la satisfacción y lo real (este último como lo imposible), al decir de Lacan, la sublimación es goce.

Lacan entiende la sublimación en su relación con el padre simbólico, derivado del desarrollo freudiano de *Tótem y tabú*, del asesinato del padre, como condición de la cultura, de la legalidad y de las condiciones del intercambio amoroso. El asesinato del padre primitivo pone obstáculo al goce, cierra la vía de acceder al mismo, y de tal forma se consolida la prohibición.

La lectura de los últimos seminarios de Lacan ayuda a comprender aquello que parece contradictorio en las afirmaciones respecto del goce logrado en la sublimación y el hecho de que la prohibición pone límite al goce.

Lacan sugiere la existencia de un goce que no conviene, que impide al sujeto avanzar en su deseo. Acotar el goce no supone hacerlo

46. Lacan, J. (1964): Seminario 11. "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Paidós. Buenos Aires, 1987, p. 172.
47. Lacan, J. (1964) p.173.

con cualquier goce o con todo goce, sino que la prohibición se orientaría a poner freno a un goce "parasitario", autista, con la marca de la repetición, que está presente en el desenfrenado goce del comer bulímico o en el imparable apremio por beber del alcohólico o en la drogadicción, entre otros, de clara manifestación en la clínica.

Recordemos que, en cuanto al goce, Lacan no se refiere a un solo goce sino que habla de un goce del cuerpo, de un goce del ser, de un goce de saber producido, de un goce por sublimación... aunque algunas lecturas de la obra lacaniana llevan a equívocos al tomar al goce sólo ligado abierta o manifiestamente a pulsión de muerte, o sea, referido a la búsqueda de la autodestrucción o del masoquismo. Consideremos incluso que se pasa por alto la propuesta de Lacan cuando se refiere al goce que exige el superyó, y sus derivaciones posibles, como cuando en el Seminario 20 "Aun" reflexiona sobre aquella satisfacción cuyo soporte es el lenguaje, para luego afirmar textualmente: "El pensamiento es goce".[48] Por cierto que la relación de las distintas formas de goce con pulsión de muerte es indiscutible, si bien es diferente y peculiar la presencia de esta última en cada una de ellas.

Es posible pensar entonces que la sublimación implicaría reemplazo de un goce no conveniente, de un goce parasitario, por otro goce posible, acotado, vía emergencia de deseo.

Hay un punto en el cual Lacan no acuerda con Freud, específicamente en lo referido a la reorientación de la pulsión hacia un objeto diferente (no sexual). Para Lacan lo que cambiaría no es el objeto sino su posición en la estructura del fantasma. Es decir que cambia la naturaleza del objeto al que la pulsión se dirigía, un "cambio de objeto en sí", lo cual sería posible porque la pulsión estaría ya desde antes "profundamente marcada por la articulación del significante", sostiene.[49]

Lacan complejiza el concepto de sublimación, al relacionarlo con pulsión de muerte. En tanto esta última sería "voluntad de crear desde cero", y por cuanto el objeto sublime, llevado a la dignidad de

48. Lacan, J. (1972a): Seminario 20, *op. cit.*, p. 86.
49. Lacan, J. (1959): Seminario 7. "La Ética del Psicoanálisis". Paidós. Buenos Aires, 1997.

la Cosa, ejerce un poder de fascinación que conduce a la destrucción y a la muerte.

Sinthome

En su Seminario 23: "El *sinthome*"[50], dice Lacan que *sinthome* es una forma arcaica de escribir lo que luego fuera designado con el nombre de síntoma en psicoanálisis, y los diferencia, proponiendo un nuevo concepto.

Para entender la propuesta lacaniana del *sinthome* es importante recordar las consideraciones sobre el nudo borromeo, al que inevitablemente debe hacerse referencia, pues el cuarto anillo, que así es como Lacan lo presenta, garantiza la cohesión del nudo borromeo de los tres registros, *R*, *S* e *I*, los tres registros de la experiencia.

El sujeto, según plantea Lacan,[51] está triplemente determinado por lo real, lo simbólico y lo imaginario, y ninguno de los registros prevalece por sobre los otros, manteniendo en lo ideal una ubicación armónica entre sí, sin anularse, en tanto uno no es sin los otros. Los tres registros constituyen el nudo borromeo definido por Lacan en una interrelación que implica que si uno de ellos se desprende, en el acto se deshace el nudo, completamente.

En tanto lo imposible como tal, lo "real" es, decíamos, "lo" imposible, es aquello que escapa a las posibilidades de ser pensado, de ser puesto en palabras, que irrumpe de pronto y resiste a los esfuerzos del sujeto de tratar de asirlo, de ponerle significación, no puede ser representado o simbolizado. Y ante lo real el sujeto puede responder en lo real o en lo imaginario.

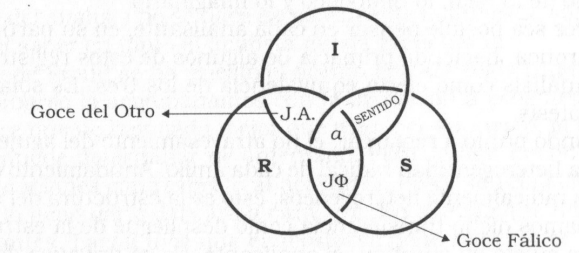
Lacan emplea el término "imaginario" para referirse a uno de los tres registros del nudo así como también al primer efecto de la estructuración del sujeto, en un proceso que describe en la "fase del espejo". Así pues, lo imaginario alude a la fascinación o captación

50. Lacan, J. (1975).
51. Lacan, J. (1974a): Seminario 22. "R.S.I.". Publicación E.F.B.A.

especular en el niño de la propia imagen como unificada, en el contexto de la experiencia del espejo, mientras que el registro imaginario en el nudo borromeo, como consecuencia de la citada fase estructural, correspondería a la dimensión de "ilusión" que caracteriza a la dialéctica de identificaciones que se producen en el yo.

El orden "simbólico" opera como determinante, como legalidad, en cuanto a la posición del sujeto en relación al Otro, y como consecuencia en cuanto a los otros, que está regulada o mediada por un código o sistema de reglas y convenciones del orden simbólico que permiten estructurar el intercambio en el lazo social a partir del lenguaje. Cuando leemos Otro, con mayúscula inicial, o discurso del Otro, nos referiremos al lugar de la convención significante que determina simbólicamente al sujeto.

Retomamos el nudo borromeo graficado páginas atrás para poder luego ubicar el cuarto nudo o *sinthome*. Y agregamos que a la primera representación del nudo como enlace de los tres registros, *R*, *S*, *I*, se agrega el detalle de las intersecciones donde se ubica el matema lacaniano de los goces (fálico, del Otro y de sentido). Asimismo, cada cuerda tiene en sí lo real, o sea que, además del registro real propiamente dicho, lo real está presente en cada uno de los registros como núcleo. En el centro del nudo, en el lugar donde se superponen los tres registros se ubica el objeto *a*, que es sobre lo que el fantasma escribe desde lo real, desde lo simbólico y desde lo imaginario, y desde allí sirve de respuesta al interrogante acerca del deseo del Otro. Volvemos al nudo borromeo que presentáramos en páginas iniciales:



Sinthome... que no es síntoma

Lacan se ocupa de diferenciar entre síntoma y *sinthome*, retomando las consideraciones freudianas respecto del primero de estos conceptos.

Freud define al *síntoma* como construcción o transacción entre el deseo y la prohibición, en la cual se desvía, se transforma y se deforma algo inquietante para el sujeto, pensamiento o fantasía, al mismo tiempo que en ese producto se devela lo ocultado como símbolo. Disfraz o máscara que no llega a hacer desaparecer aquello que como función debe ocultar, en tanto en el mismo encubrimiento se descubre o se denuncia lo encubierto. Se apoya en una operación que sintetiza la sustitución de la satisfacción y la transacción.[52]

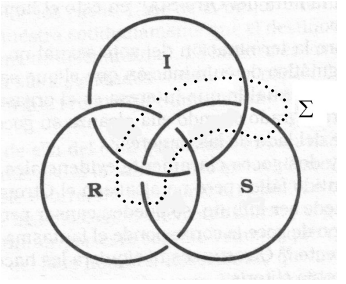
Según Lacan el síntoma funciona como una metáfora, o sea que opera como una complejidad de significantes que están en relación sustitutiva con algo. Sustitución que deja un resto no simbolizable que denominara objeto *a*, u objeto causa del deseo. Y en la figura del nudo borromeo el síntoma se encuentra en el lugar del intento de vérselas con lo real a través del registro simbólico, en un avance o desborde de este último sobre aquél con el empuje del goce fálico, como resultado de procurar procesar lo imposible de lo real a través de la dimensión simbólica.

La ubicación de la tríada freudiana "inhibición-síntoma-angustia" en el nudo borromeo de Lacan es un desarrollo que aporta a teoría y a clínica psicoanalíticas, tal como en otro espacio me detuviera brevemente a considerar.[53]

El cuarto anillo propuesto por Lacan, el *sinthome*, es lo que permite a lo simbólico, a lo imaginario y a lo real mantenerse unidos, garantiza la cohesión del nudo, a través de la compensación o suplencia de la falta o dimisión de la función paterna en el caso de las psicosis, o mediante el reforzamiento de la función del Nombre del Padre en las neurosis con rectificación o consolidación de la posición

52. Freud, S. (1926): "Inhibición, síntoma y angustia". *Obras completas*, *op. cit.*
53. Barrionuevo, J. y otros: *Temas básicos de psicopatología (Neurosis y perversiones)*. Gabas. Buenos Aires, 2007.

subjetiva. En la imagen graficamos el cuarto anillo con una línea de puntos y lo identificamos, tal como lo hiciera Lacan, con la letra griega S.



Refiriéndose a la función del arte, de la actividad artística, como *sinthome* en Joyce, decía Lacan:

> "...como él tenía el pito algo flojo, si puede decirse así, su arte suplió su firmeza fálica."

Es decir que el escribir, la escritura, habría sido garante de su falo en el caso de Joyce, como escritor; fue aquello que fortaleció su debilidad fálica.

Joyce gozaba al escribir, plantea Lacan en el Seminario 23,[54] y al hacerlo, con su actividad, entregándose a la escritura, el "ego" corregiría la relación faltante con la metáfora del Nombre del Padre. Se refiere y representa al ego como "corrector" de dicha relación ausente, y agrega en el seminario citado:

> "Por este artificio de escritura, se restituye, diré yo, el nudo borromeo."

En cuanto a la relación faltante, respecto del Nombre del Padre, dice Lacan que su función radical es "dar un nombre a las cosas" y que de estar forcluido, como en la psicosis, tendría consecuencias en grave

54. Lacan, J. (1975): Seminario 23. "El *sinthome*". Paidós. Buenos Aires, 2006.

déficit de la estructuración de la posición del sujeto. Y supliendo tal función de la metáfora paterna, por la nominación, a partir de la misma, se construye un nombre, un nombre propio, para sí, y se sostiene el yo. Nombrándose como escritor, gracias al *sinthome*, en Joyce se sostiene el nudo borromeo.

El *sinthome como "artificio"* dice Lacan, como arte-oficio, como suplencia, tiene por función reparar al nudo en el lugar de la falla.

Pero no toda "invención" o construcción con pretendida originalidad constituye *sinthome*. Así también, no toda sublimación constituye *sinthome*. Sólo un "saber hacer allí con" puede ser *sinthome* si cumple función de anudamiento en un lugar de falta, como Lacan lo propusiera en las psicosis, o como reforzamiento de la debilidad como podríamos considerarlo en las neurosis, en las perversiones o en las patologías del acto. Y, fundamentalmente, en tanto el sujeto pueda nombrarse como "siendo" por su quehacer "algo" que lo identifique, haciendo referencia al sentimiento de sí sostenido en el "ser" alguien que "sabe hacer con...", como producto de identificación simbólica.

La pregunta que los grandes hacen a los niños o a los adolescentes apunta a la dirección anteriormente sugerida: "¿Qué vas a ser cuando seas grande?, o "¿Qué querés ser cuando seas grande?". Y la respuesta "Voy a ser técnico en computación", o "Voy a ser médico", habla de una posición desiderativa futura en la cual la identidad se encuentra sostenida por una identificación que procura el oficio o la profesión elegida que en su momento se constituirá en lo esperable como *sinthome*.

Porque podemos decir, en sentido amplio, que nombrar, dar un nombre, "identifica", distingue y da existencia.

A partir del deseo de Joyce de escribir, de ser "escritor", éste se nombra de tal forma, "soy escritor" afirma, y hace compensación de la carencia paterna. El arte de Joyce es *sinthome* que se ubica en el lugar mismo donde el nudo falla, donde hay lapsus del nudo. Por lo tanto, el cuarto registro, el *sinthome*, dice Lacan, es también el padre, y reafirma que el cuarto elemento es el Nombre del Padre, que garantiza la cohesión del nudo.

Algunas reflexiones acerca del *sinthome* en la clínica

En la dirección de la cura, con cada sujeto y no en serie, no para todos lo mismo, se podrá ir descubriendo, en tarea artesanal, cómo y dónde podrá construirse un *sinthome* que sea propio, porque cada uno es "responsable de su saber hacer", como dijera Lacan. Un taller de creación puede ser lugar propicio en donde el decir, a través de diversas formas de expresión estética o de quehacer laboral, encuentre medios o caminos privilegiados para que un sujeto pueda ubicar un *sinthome* como artificio que refuerce la falla o la debilidad del nudo, debiéndose considerar las vicisitudes de la elección y de la construcción del mismo en el ámbito psicoterapéutico.

Cada quien, en lo esperable, ubicará una actividad, y un material que la sostenga, que provoque goce, y con esto, y una nominación para el sujeto como quien a aquella se dedica, y así se apuntala la estructura y se sostiene el yo. Es a esto a lo que se refería Lacan en cuanto a Joyce al afirmar que por la actividad, por el artificio de la escritura, se restituiría el nudo borromeo, corrigiendo el ego de tal manera la relación faltante en las psicosis y, podemos pensar, fortaleciendo el Nombre del Padre en las neurosis.

En un capítulo de un libro publicado hace algunos años,[55] refiriéndome a la dirección de la cura con patologías del acto, proponía considerar la importancia de espacios de creación de distinto tipo: de trabajo artesanal, de escritura, de jardinería, de carpintería, de música... entre otros, que podrían ser definidos desde una perspectiva psicoanalítica como lugares no de mero esparcimiento o de "recreación", tampoco sólo de socialización, aunque ello se encuentre también y se pueda valorar como objetivo secundario, sino, fundamentalmente, como ámbitos favorecedores del descubrimiento de potencialidades de creación en cada paciente en un quehacer que está sostenido por una legalidad que le es inherente.

Recalco un aspecto que es importante desde mi opinión: no es por cierto una labor anómica aquella en la que se basa la construcción de un *sinthome*, sino, de hecho, fundamentalmente, está marcada

55. Barrionuevo, J.: *Clínica psicoanalítica al límite*. Gabas. Buenos Aires, 2000.

por una normatividad o legalidad peculiar a la que el sujeto debe adecuarse y respetar, y de allí su importancia esencial en cuanto al refuerzo o fortalecimiento del significante del Nombre del Padre en la clínica, especialmente con pacientes así denominados "graves".

En muchas oportunidades se escucha decir, respecto de la cura de las patologías del acto, que el psicoanálisis debería complementarse con dispositivos terapéuticos orientados a lograr la reinserción social y familiar, o favorecedores de la socialización del paciente. En dicha dirección, coincidente, desde el psicoanálisis podemos proponer la tarea de construcción de un *sinthome* e identificación del sujeto con aquél, como una operación que se orienta al fortalecimiento de la Ley, del Nombre del Padre, en procura de un goce sublimatorio con el cual el sujeto pueda integrarse productiva y creativamente a la vida en sociedad. En esta operación será de suma importancia la estrecha relación entre profesionales: terapistas ocupacionales, musicoterapeutas, etc., y el psicoanalista, quienes co-laborarán, trabajarán en conjunto, entre sí y con el paciente en el descubrimiento y construcción de dicho *sinthome*, propio o peculiar para cada quien en tratamiento.

Desde la propuesta presentada en el citado escrito respecto de la clínica con patologías del acto, la articulación de las distintas áreas convergentes de abordaje, tomando y revalorizando aportes de Freud y de Lacan, constituye una línea posible en la dirección de la cura en una clínica orientada al reestablecimiento de la Ley y la palabra, con la intención de que el sujeto en tratamiento pueda llegar a destituir al acto de su lugar de privilegio y pueda trocar el goce a aquel ligado por un goce acotado, posible, sublimatorio. Y en la dirección de la cura el fin de análisis se podría definir, teniendo en cuenta la propuesta de Lacan del cuarto anillo, como identificación al *sinthome*.

Sin embargo, y más allá de cuestiones clínicas, la construcción y el fortalecimiento del *sinthome* están en relación con los avatares de la constitución subjetiva, por lo cual, en la adolescencia, algo referido a un replanteo o a la consolidación del *sinthome* está en juego.

Sublimación y *sinthome* en la adolescencia y en la juventud

La sublimación es uno de los destinos de la pulsión, un destino propio en cada sujeto y no de una particular fase vital o de desarrollo. Algunas lecturas de psicología evolutiva, pretendidamente psicoanalíticas, ubican a la sublimación como peculiar de un momento madurativo específico; así, en la "adolescencia tardía" podría reinstalarse la sublimación después de un inicial desorden pulsional que se produce en la pubertad con el resurgimiento del erotismo genital. Pasado éste se iniciaría el camino hacia el acatamiento de la normatividad de la moral y "las buenas costumbres" definidas desde lo cultural para el adulto, pero ausente inexplicablemente la investigación o el sublimar a través del pensar en un tiempo que dichas lecturas denominan "adolescencia temprana", como si durante los primeros tramos que siguen al desborde pulsional sólo existiera puro principio de placer, puro goce ligado al yo placer freudiano. Freud no piensa de esta manera en cuanto al interés por la investigación, o al "apetito de saber". Al respecto, considera que una enérgica represión sexual clausura el tiempo de la investigación sexual infantil, y a la pulsión de investigar se le abren tres posibilidades derivadas del temprano enlace con intereses sexuales:[56]

1. Inhibición del pensar, compartiendo el interés por la investigación el destino de la sexualidad.
2. Compulsión a cavilar, o compulsión neurótica del pensamiento, cuando la inteligencia se fortalece.
3. La libido escapa a la represión sublimándose desde el comienzo mismo en un "apetito de saber", dice Freud, reforzándose la pulsión de investigar hasta convertirse en cierta medida en un cierto goce ligado a la investigación y sustituto del quehacer sexual pero sin llegar a ser neurótico, en una placentera tarea de observar, de conocer, de construir hipótesis de variados órdenes.

56. Freud, S. (1910): "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci". *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1994.

En el escrito sobre Leonardo da Vinci analiza Freud la fuerza de la pulsión de ver y de saber que adquiere máxima intensidad de excitación durante la infancia, y luego será reprimida definiendo las predisposiciones que se evidenciarán en la pubertad. Con el despertar puberal la mayor parte de las necesidades de la pulsión sexual se habrían sublimado en Leonardo, "merced al temprano privilegio del apetito de saber sexual, en un esfuerzo de saber universal, escapando así de la represión".[57] Otra parte menor de la libido se volcaría hacia fines sexuales, expresándose en la forma que tomará la vida sexual madura del artista e investigador –aspecto que no abordaremos en este escrito–. Freud marca la cooperación entre represión, fijación y sublimación en la distribución de contribuciones que la pulsión sexual otorga a la vida anímica de Leonardo.

Proponía anteriormente considerar a la adolescencia como reposicionamiento subjetivo en relación a la estructura opositiva falo-castración, que se inicia con una contundente conmoción en la estructura en la pubertad. Falo y castración, omnipotencia o falicidad o por lo contrario impotencia o falta, es decir: castración simbólica, son conceptos derivados de la pulsión de investigar en el intento de dar respuesta a la diferencia sexual y construir teoría en cuanto a lo masculino y a lo femenino. Y, así como en la infancia, en la adolescencia y en la juventud, la investigación se orientará a considerar, entre otros temas, los enigmas de la vida, muerte y sexualidad, para los cuales el psicoanálisis aclara que no se puede encontrar "la" respuesta y, por lo tanto, en diferentes momentos de la vida los argumentos discursivos en relación a los mismos se construyen en procura de responder desde lo simbólico ante la angustia.

En la línea de pensamiento que propone Freud, considero que se debe estudiar la relación permanente entre los destinos de la pulsión en la adolescencia, analizando en cada caso el lugar que la sublimación, en tanto sin represión, posee desde la pleamar de la pubertad, en una interrelación que llevará, con la consolidación del reposicionamiento subjetivo, a la construcción de un *sinthome* en el cual se sostiene el sentimiento de sí del sujeto, lo cual se producirá en

57. Freud, S. (1910): "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci", *op. cit.*

los movimientos subjetivos que definimos en este espacio con el nombre de *juventud*.

Juventud en tiempos del capitalismo tardío

Las características del momento histórico-socio-económico en el que se encuentre el sujeto que transita su juventud son importantes en tanto influyen en expectativas y proyectos que se construyen y en las posibilidades de concreción de los mismos.

El tiempo del capitalismo tardío o de la globalización puede ser definido como un sistema económico que abre los mercados hacia todo el mundo con libre tránsito de capitales. Es un nuevo régimen de producción de espacios y de tiempos, como nueva realidad o imperio controlado monopólicamente por las grandes compañías, en un vertiginoso ritmo de vida que estimula el consumo.

Estimulándose el presente y la inmediatez, el sujeto alienado en un frenético universo de compra-venta y consumo, suele vivir expectante y ansioso, sin poder disfrutar de lo que logra en tanto al momento mismo de la compra ya se encuentra otro producto de "última generación" en puerta que debería adquirir para estar a ritmo o en concordancia con lo que la moda o la vida moderna exige. Este modelo económico genera exclusión y marginación que lo sufren especialmente quienes se encuentran en los extremos de la cadena productiva, en la entrada o en la salida, jóvenes por un lado y adultos de la así denominada tercera edad por otro, es decir: juventud y ancianidad.

El joven inserto en el mundo globalizado deberá atender a las condiciones de intercambio que la sociedad impone, conociéndolas y tratando de vérselas con las mismas, procurando sostener su deseo inmerso en un contexto que facilita el goce y jerarquiza el acto, el tener por sobre el ser, y que presenta condiciones de inseguridad que no permiten construir proyectos de largo alcance.

Con preocupación por la incertidumbre laboral, por la desocupación y por la corrupción derivada del sistema capitalista, los jóvenes saben que la estabilidad laboral no existe y que, en poco

tiempo, cualquiera puede ser reemplazado por otro, siendo despedidos con pobre indemnización o con ninguna si son contratados por un período de prueba, y son desplazados hacia la franja de desempleo, lo cual provoca consecuencias socio-económicas y psicológicas de importancia.

Son ampliamente conocidas las dificultades que tienen los jóvenes hoy en día para insertarse en el mercado laboral. Se les pide experiencia cuando se encuentran buscando tenerla, y pasados los veintisiete o veintiocho años saben que en poco tiempo más ya no se los tendrá en cuenta en tanto en los avisos pidiendo personal se aclara: "menor de treinta y cinco años", reflexiona Marta Piccini Vega.[58] Los jóvenes, como todos, saben que una vez logrado un trabajo, incluso en cargos jerárquicos y especialmente en estos últimos, se puede tener un tiempo de estabilidad de pocos años y que serán reemplazados por nuevos cuadros, debiendo ocuparse de anticipar la jugada de la empresa buscando otras alternativas laborales cuando el tiempo estimado se acerca. A diferencia de pasadas generaciones, e incluso a diferencia de lo que sucede a jóvenes en provincias en las cuales la cantidad de empleados estatales, con estabilidad en el cargo, es muy grande, el joven capitalino en especial enfrenta la inestabilidad laboral como variable permanente, lo cual no le permite construir fácilmente proyectos de vida a largo plazo.

Simultáneamente la sociedad de consumo ofrece al sujeto, junto a innegables beneficios, amplia gama de recursos que otorgan masivamente goce solitario, en encierro narcisístico que aísla y debilita o deteriora los lazos sociales. Y si esto sucede, en tanto ser vivo preso del lenguaje, el sujeto pierde parte de su identidad, de su ser. Se reenvía al sujeto a un goce autoerótico, consolidando una posición dependiente, mal llamada infantil o adolescente pues sería patologizar los términos niñez o adolescencia de tal forma.

Considero que más que una extensión de la adolescencia hasta los veintiocho o treinta años, o más, como algunos autores suponen, podríamos pensar en las peculiaridades de la subjetividad en la actual modernidad que hace que jóvenes y adultos no se diferencien en

58. Marta Piccini Vega: Comunicación personal. Agosto de 2006.

cuanto a su vínculo con los objetos que la economía del capitalismo propicia, sufriendo las consecuencias de vivir en una sociedad de consumo que debilita la posición del sujeto independientemente de su edad cronológica. Así pues, el límite entre juventud y adultez propiamente dichas se vuelve en apariencia difuso, pudiéndose en este aspecto considerar la existencia de un terreno común o compartido por sujetos que sucumben a la trampa del capitalismo que incrementa la neurosis. Franja o extensión que se amplía de acuerdo con las condiciones determinadas por el capitalismo tardío que estimulan las expectativas de los sujetos en procura de goce que termina reforzando la actitud desmentidora respecto del límite o de la castración.

Freud sostiene en un escrito dedicado a estudiar las perturbaciones de la convivencia que provienen de la pulsión de agresión y de autoaniquilamiento de nuestra época ocasionando "inquietud, infelicidad y talante angustiado", y agrega como palabras finales:

> "Y ahora cabe esperar que el otro de los dos 'poderes celestiales', el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal... ¿Pero quién puede prever el desenlace?"[59]

Las circunstancias en las que se vive, en un mundo transformado en un inmenso mercado que tiene como horizonte la producción de riqueza, otorgan gran fuerza a uno de los lugares desde donde el sufrimiento amenaza al hombre: el mundo exterior, "que puede abatir su furia sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras" al decir de Freud.[60]

Podemos agregar hoy a las condiciones descritas para su época por el creador del psicoanálisis, los peligros, las descarnadas e imponentes fuerzas del capitalismo salvaje que empujan hacia la destitución subjetiva, al debilitamiento del lazo social, al encierro narcisista,

59. Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura*. *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1986, p. 140.
60. Freud, S. (1930): *El malestar en la cultura*. *Obras completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1986, p. 76.

arrojando al sujeto de nuestra sociedad de consumo al lugar de objeto, en expresiones que grafican un panorama en el cual la adolescencia y la juventud transcurren, y cuya descripción en páginas iniciales podría haber parecido una exageración, o una intención de pretendido impacto literario.

Es esperable, para la conservación y el fortalecimiento de la cultura, que Eros pueda adquirir nueva envergadura y logre amortiguar el accionar de la pulsión de muerte en tiempos del capitalismo tardío que lleva al desvanecimiento del deseo y a la esclavitud del sujeto.

Bibliografía

Aberastury, A. y colaboradores (1973a). *Adolescencia*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman.

Aberastury, A. & Knobel, M. (1973b). *La adolescencia normal*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Amigo, S. (2001). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario: Homo Sapiens ediciones.

Augé, M. (1994). *Los no lugares*. Barcelona: Gedisa editorial.

Aulagnier, P. (1986). *El aprendiz de historiador y el mago brujo*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

— (1994). Alguien ha matado algo. En *Un intérprete en búsqueda de sentido*. México: Siglo Veintiuno editores.

Barrionuevo, J. (2000). *Juventud y actual modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.

— (comp.) (2008). *Temas básicos de Psicopatología (de psicosis a patologías del acto)*. *Buenos Aires*: Gabas editorial.

— (comp.) (2009). *Temas básicos de Psicopatología (de ataques de pánico a intentos de suicidio)*. Buenos Aires: Gabas editorial.

— (2010). *Drogadicción en la adolescencia.* Buenos Aires: Gabas editorial.

Baudrillard, J. y otros (1985). *La posmodernidad*. Barcelona: Editorial Kairós.

Bleichmar, S. (2002). *La identificación en la adolescencia. Tiempos difíciles*. En Revista Encrucijadas de la Universidad de Buenos Aires. Año 2. Nº 15.

Blos, P. (2003). *La transición adolescente*. Buenos Aires: Amorrortu editores - ASAPPIA.

Bohoslavsky, R. (1973). Vocación y alienación profesional. En *Psicología Argentina Hoy*. Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.

Cancina, P. (1992). *El dolor de existir…y la Melancolía*. Rosario: Homo Sapiens ediciones.

Casullo, N. y otros (1996). *Itinerarios de la modernidad. Buenos Aires*: Publicaciones del CBC Universidad de Buenos Aires.

Cibeira, A. y otros (2009). *Jóvenes, crisis y saberes*. Buenos Aires: Editorial Noveduc.

Dolto, F. (1989). *Palabras para adolescentes*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.

— (1990). *La causa de los adolescentes*. Buenos Aires: Editorial Seix Barral.

Evans, D. (1997). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Flaubert, G. (2005). *Memorias de un loco*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Freud, S. (1875). *Cartas de Juventud*. Barcelona: Gedisa. 1992.

— (1892). *Las primeras aportaciones a la teoría de las neurosis. La etiología de la histeria*. Madrid: Editorial B. Nueva. *Obras completas*. Tomo I. 1967.

— (1895). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. I. 1994.

— (1896a). *La etiología de la histeria*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. I. 1994.

— (1896b). Carta 52. En *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. I. 1994.

— (1899). *Sobre los recuerdos encubridores*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. III. 1994.

— (1905a). Las metamorfosis de la pubertad. En *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. VII. Buenos Aires 2000.

— (1905b). *Análisis fragmentario de una histeria*. Madrid: Editorial B. Nueva. *Obras completas*. 1967.

— (1905c). La sexualidad infantil. En *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol VII. Buenos Aires 2000.

— (1908a). *La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna*. Madrid. Editorial B. Nueva. 1967

— (1908b). *El poeta y los sueños diurnos*. Madrid: Editorial B. Nueva. 1967.

— (1909). *Análisis de una fobia de un niño de cinco años*. Buenos Aires: Amorrortu ediciones. *Obras completas*. Vol. X. 1992.

— (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XI. 1994

— (1914a). *Recordar, repetir y reelaborar*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol XII. 1993.

— (1914b). *Sobre la psicología del colegial*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIII. 1994.

— (1914c). *Introducción del narcisismo*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIV. 1998

— (1915a). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIV. 1998.

— (1915b). *Lo inconciente*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIV. 1998.

— (1915c). *Duelo y melancolía*. Madrid: Editorial B. Nueva. 1967.

— (1915d). *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Madrid: Editorial B. Nueva. 1967.

— (1916a). *Conferencia 20: La vida sexual de los seres humanos*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XVI. 1994.

— (1916b). *Conferencia 21: Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XVI. 1994.

— (1919). *Lo ominoso*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XVII. 1999.

— (1920). *Más allá del principio del placer*. Madrid: Editorial B. Nueva. 1967.

— (1921a). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XVIII. 1999.

— (1921b). *Algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*. Madrid: Editorial B. Nueva. *Obras completas*. 1967.

— (1923a). *La organización genital infantil*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIX. 1986.

— (1923b). *El yo y el ello*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIX. 1986.

— (1923c). *Doctor Sándor Ferenczi (en su 50º cumpleaños)*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIX. 1986.

— (1924). *El problema económico del masoquismo*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIX. 1986.

— (1925). *Las resistencias contra el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XIX. 1986.

— (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XX. 1986.

— (1927). *Fetichismo*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XXI. 1986.

— (1930). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XXI. 1983.

— (1932a): *Conferencia 31: La descomposición de la personalidad psíquica*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XXII. 1996.

— (1932b): *Conferencia 32: Angustia y vida pulsional*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XXII. 1996.

— (1936). *Carta a Roman Rolland (Una perturbación del recuerdo de la Acrópolis)*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XXII. 1976.

— (1939). *Moisés y la religión monoteísta*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XXIII. 1983.

— (1940). *Esquema del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores. *Obras completas*. Vol. XXIII. 1983.

Galende, E. (1992). *Historia y repetición. Temporalidad subjetiva y actual modernidad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Giberti, E. (2000). *Pacto y contrato*. En Causa Joven. Revista del Centro de Investigación y Estudio sobre Juventud.

Godino Cabas, A. (1980). *El narcisismo y sus destinos*. Buenos Aires: Editorial Trieb.

Goijman, L. & Kancyper, L. (1998). *Clínica psicoanalítica de niños y adolescentes*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

Goldstein, M. (2003). *Duelo y estructura. La posición del analista en la praxis con niños*. Buenos Aires: Actualidad Psicológica.

Grassi, A. (2008). *Adolescencia, reorganización y nuevos modelos de subjetividad*. Publicación interna de Psicología Evolutiva Adolescencia (Cat. 2). Facultad de Psicología. UBA.

Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Hesse, H. (2000). *Demian*. Buenos Aires: Bureau editor.

Jozami, M. E. (2003). *Violencia y subjetividad*, en Cuaderno de Trabajo del Departamento de Orientación Vocacional Nº 1. DOV. CBC. UBA. Oficina de Publicaciones.

Kafka, F. (1996). *Carta al padre*. Barcelona: Edicomunicación.

Kancyper, L. (2004). *El complejo fraterno*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen.

Kaplan, L. (2004). *Adolescencia. El adiós a la infancia.* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Editorial Fondo de Cultura Económico.

Lacan, J. (1938). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta. Biblioteca de Psicoanálisis. 1982.

— (1945). *El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*. Escritos I. México: Siglo Veintiuno editores. 1978.

— (1948). *La agresividad en psicoanálisis*. Escritos II. México: Siglo Veintiuno editores. 1975.

— (1949a). *El estadío del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Escritos I. México: Siglo Veintiuno editores. 1978.

— (1949b). *Acerca de la causalidad psíquica*. Escritos I. México: Siglo Veintiuno editores. 1978.

— (1953a). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. Escritos I. México: Siglo Veintiuno editores. 1978.

— (1953b). *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 1985.

— (1955). *El seminario sobre "la carta robada"*. Escritos II. México: Siglo Veintiuno editores. 1975.

— (1958a). *La significación del falo*. Escritos I. México: Siglo Veintiuno editores. 1971.

— (1958b). *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Escritos I. México: Siglo Veintiuno editores. 1971.

— (1958c). *La juventud de Gide o la letra y el deseo*. Escritos II. México: Siglo Veintiuno editores. 1999.

— (1959). Seminario 7. La Etica del Psicoanálisis. Buenos Aires: Editorial Paidós. 1997.

— (1962). *Seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 2006.

— (1963). *De los Nombres del Padre*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 2005.

— (1964). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 1987.

— (1966a). *Breve discurso en la O. R. T. F*. En Intervenciones y textos 2. Buenos Aires: Editorial Manantial. 2001.

— (1966b). *Seminario 13. El objeto del psicoanálisis*. Buenos Aires: Publicación E. F. B. A. sin fecha.

— (1967). *Seminario 14. La lógica del fantasma*. Buenos Aires: Publicación E. F. B. A. 2003.

— (1969). *Dos notas sobre el niño*. En Intervenciones y textos 2. Buenos Aires: Editorial Manantial. 2001.

— (1971). *De un discurso que no fuese del semblante*. Inédito.

— (1972a). *Seminario 20. Aun*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 1985.

— (1972b). *Conferencia en Milán*. Inédita.

— (1972c). *La tercera*. En Intervenciones y textos 2. Buenos Aires: Editorial Manantial. 1971.

— (1974a). *Seminario 22. RSI*. Buenos Aires Publicación E. F. B. A. 1989.

— (1974b). "El despertar de la primavera", en *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Editorial Manantial. 1971.

— (1975). *Seminario 23. El sinthome*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 2006.

— (1977). *Radiofonía & televisión*. Buenos Aires: Anagrama.

Laplanche, J. & Pontalis, J. B. (1971). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Labor.

Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Lombardi, G. (1993). *La clínica del psicoanálisis. 2: El síntoma y el acto*. Buenos Aires: Editorial Atuel.

Lyotard, J-F. (1991). *La condición postmoderna.* Buenos Aires: Editorial R.E.I.

Mannoni, O. y otros (1996). *La crisis de la adolescencia.* Barcelona: Gedisa editorial.

Margulis, M. (comp.) (1994). *La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Espasa-Calpe.

— (2000). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Mazzuca, R. (2006). *Psicoanálisis y psiquiatría: encuentros y desencuentros*. Buenos Aires: Berggasse 19 ediciones.

Miller, J. A. (1992). *Comentario del seminario inexistente*. Buenos Aires: Editorial Manantial.

Morin, E. (1997). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Obiols, G. & Obiols, S. (2001). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria.* Buenos Aires: Editorial Kapelusz.

Piaget, J. (1975). *El lenguaje y el pensamiento en el niño*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe.

Prigogine, I. (1996). *El fin de las certidumbres*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Quiroga, S. (1997). *Adolescencia. Del goce orgánico al hallazgo de objeto*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura. Facultad de Psicología – Publicaciones CBC. UBA.

Rifflet-Lemaire, A. (1986). *Lacan*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Rodulfo, R. (1986). *Clínica psicoanalítica en niños y adolescentes*. Buenos Aires: Lugar editorial.

— (2008). *Futuro porvenir. Ensayos sobre la actitud psicoanalítica en la clínica de la niñez y adolescencia*. Buenos Aires: Ediciones Noveduc.

Roudinesco, E. (2000). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Salinger, J. D. (1998). *El cazador oculto*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Urribarri, R. (2006). *Los adolescentes, hoy*. Buenos Aires: Cátedra Psicología Evolutiva Adolescencia II. Facultad de Psicología UBA.

Vega, P. M. (2007). "El Complejo de Edipo y el desasimiento de la autoridad de los padres", en *Escritos psicoanalíticos sobre Adolescencia*. Buenos Aires: Eudeba.

Vega P. M, Barrionuevo, J. & Vega, V. (2007). *Escritos psicoanalíticos sobre Adolescencia*. Buenos Aires: Eudeba.

Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Editorial Gedisa. Buenos Aires

— (1991). "Miedo al derrumbe", en *Exploraciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2011,
en los talleres de **GAMA Producción Gráfica SRL**,
Estanislao Zeballos 244 (1870), Avellaneda - Pcia. de Buenos Aires.
Tirada 1000 ejemplares.

psicología

Indagar sobre la complejidad de un determinado sujeto exige desde el comienzo una definición precisa de cómo se lo concibe y se lo entiende. En este caso, el análisis de la temática de la adolescencia es planteado *ab initio* a partir de una pregunta simple y elemental pero no por ello de fácil respuesta: ¿cuál es el adolescente del psicoanálisis?

Desde una perspectiva que supone la superación del criterio cronológico como parámetro de caracterización, este libro trabaja en profundidad los fenómenos de la adolescencia y la juventud a través de la articulación de conceptos fundamentales del psicoanálisis (Freud y Lacan) pero sin dejar de recurrir a perspectivas acuñadas en otras disciplinas que sirven para comprender mejor qué condiciones e influencias determinan la subjetividad en la modernidad actual.

Eudeba
www.eudeba.com.ar

ISBN 978-950-23-1774-8